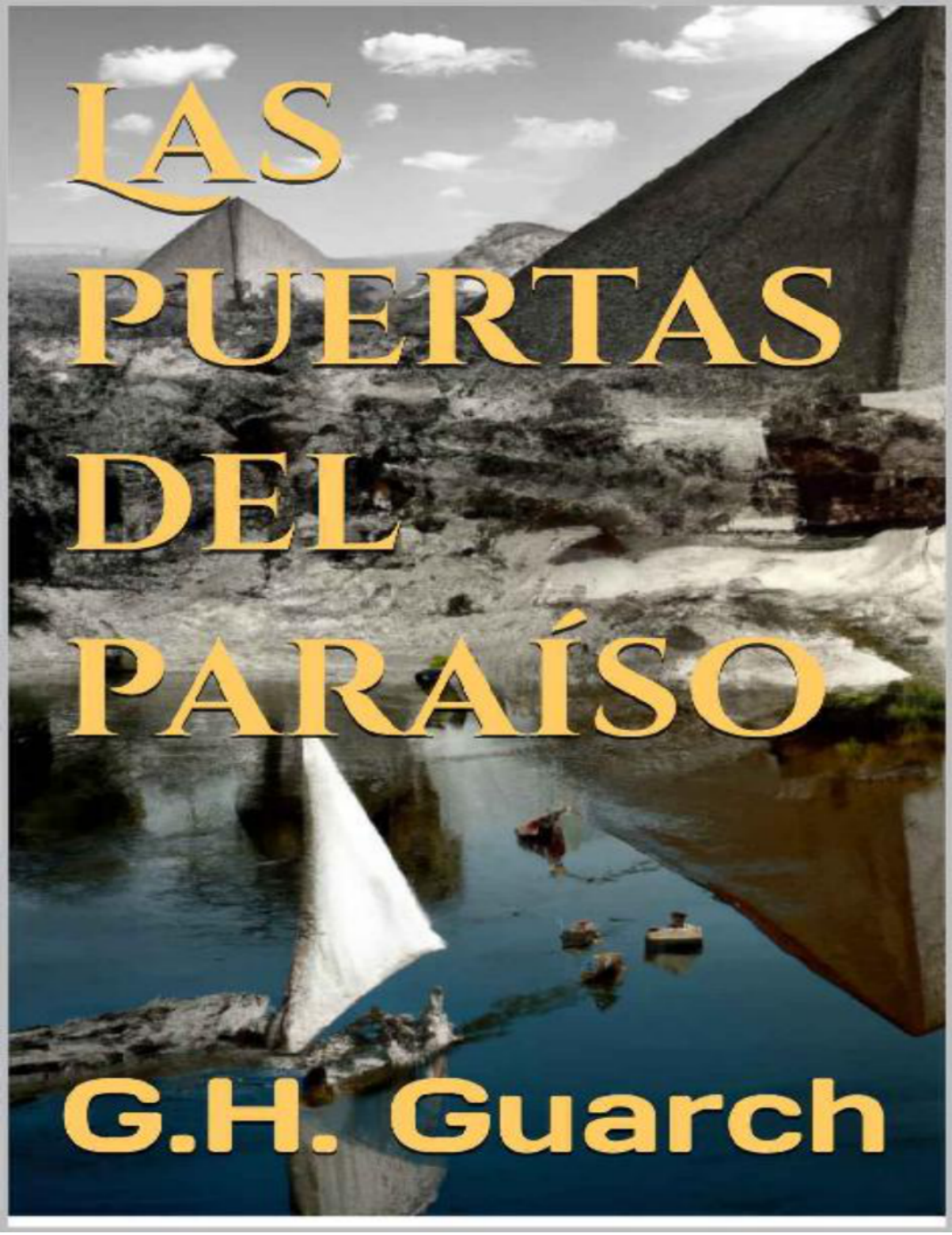
LAS
PUERTAS
DEL
PARAÍSO
G.H. Guarch

LAS PUERTAS DEL PARAÍSO

G. H. GUARCH

INDICE

1. EL DUELO, 4
2. UNA HISTORIA DE AMOR, 18
3. LA PRUEBA, 42
4. LA EXPLICACIÓN, 62
5. EL COMPLOT, 75
6. LA TORMENTA, 112
7. LA CONTRADICCIÓN, 125
8. EL APRENDIZ DE BRUJO, 145

1. EL DUELO

El telegrama llegó por la noche. Decía escuetamente que David Foreman Rodinson acababa de fallecer en París. Lo firmaba alguien utilizando sólo la inicial C. Estuve dudando sobre lo que debía hacer, hasta que finalmente tomé la decisión de volar hasta allí. Más tarde, reflexionando, no sabía si eso era lo más acertado porque había meditado tantas veces aquel asunto, que estaba convencido de que cuando ocurriese no me iba a afectar. Pero la realidad es distinta y no tiene mucho que ver con nuestros deseos.
Llamé por teléfono a SwissAir y a pesar de la hora, pude hacer una reserva. Luego, con la certeza de haber hecho lo correcto, preparé un bocadillo e intenté leer la prensa, tal y como hacía todos los días, pero no logré concentrarme y finalmente opté por ver la televisión. Por casualidad, haciendo "zapping" en un canal nacional estaban dando la noticia en aquel mismo momento y pensé en lo extraño que podía llegar a ser el azar.

David Foreman había sido mi mejor amigo. No es que haya tenido muchos, pero con seguridad, él lo fue durante un tiempo. Después nos vimos envueltos en extraños sucesos, ajenos quizás a nuestros deseos y voluntades y se convirtió, quizás debería decir se transformó, en alguien indiferente para mí.
Las imágenes que transmitía la televisión eran en blanco y negro, parecían antiguas, con interferencias, ligeramente movidas y como a cámara rápida y de repente comprendí que había pasado mucho tiempo desde aquellos lejanos días en que ambos habíamos empezado juntos, en un lugar tan conflictivo entonces como El Cairo. De pronto lo vi claramente, saludando a la cámara con la mano y me pareció volver a estar allí de nuevo y, como me ocurría cada vez más frecuentemente, me puse a recordar como lo había conocido, mientras las borrosas imágenes se confundían con las de mi mente.

David Foreman, aunque nacido en Egipto, era norteamericano. Nos conocimos casualmente en la embajada de Inglaterra, en una recepción donde debíamos estar todos los funcionarios extranjeros en El Cairo. Entonces él ocupaba el cargo de tercer secretario de la embajada de los Estados Unidos, al igual que yo en la embajada de Francia.

Recuerdo que aquella cálida noche, había tanta gente allí, que en un momento determinado, mientras deambulaba algo desorientado, por los salones y amplísimas terrazas de aquel espléndido edificio, con una copa de champagne en la mano, admirando de reojo a las escotadísimas damas, que parecían mirar a través mío como si fuese transparente. En un momento dado, me encontré, casi sin darme cuenta, delante de Nasser, al que sólo conocía por las fotografías de prensa y no supe hacer otra cosa que sonreírle. Él, condescendiente, me devolvió la sonrisa y en aquel momento lo que más me impresionó fue la blancura de sus dientes, que resaltaban en su piel cetrina.

David no me conocía entonces. Se encontraba apoyado en una columna del salón y al observar mi reacción, no pudo evitar sonreír con suficiencia. Me di perfecta cuenta de ello y me enfureció la mueca burlona de aquel desconocido, que apenas tendría mi edad y también su aspecto de petimetre disfrazado de diplomático. Aquello no podía ser otra cosa que un disfraz y ambos nos quedamos mirándonos fijamente, como retándonos. Él mantenía una mueca sardónica y yo, entonces, debía estar muy enfadado.

Sin embargo, no pareció molestarse por mi agria mirada y se acercó a mí y, con naturalidad, me preguntó si era francés. Me sorprendió que lo hubiera adivinado y sin saber que decir afirmé con la cabeza. No sabía que mi apariencia me delatase tanto. Muy al contrario, tenía la certeza de que todos parecíamos iguales. Luego con mucha más soltura que yo se presentó como David Foreman, recalcando que era tercer secretario de la embajada norteamericana. Aquello disipó mis complejos. Ocupábamos exactamente el mismo cargo en la embajada y aquella casualidad nos convirtió instantáneamente en camaradas. El enfado tampoco me duró mucho. Yo no conocía a nadie y él, sin

embargo, parecía conocer a todo el mundo. Luego, enseguida, me di cuenta de que aquel conocimiento, aquella apariencia de sentirse el centro de todo, era más que nada una forma de ser, audaz, casi atrevida. Quizás la definición exacta era osada. Cuando saludaba o incluso me presentaba a alguien, parecía encontrase siempre con un viejo amigo, aunque sólo lo conociese por referencias.

Al cabo de un rato, después de haberme visto casi obligado a beber tres o cuatro copas, yo tenía la misma sensación. Era como si conociese a David de toda la vida y comprendí entusiasmado que había encontrado a alguien que tenía todo lo que a mí me faltaba.

Desde aquel día, parecía que ya nada podría separarnos. Ambos éramos exactamente de la misma edad y eso nos pareció una increíble coincidencia, que nos unió aun más. A pesar de quejarnos amargamente del miserable sueldo que recibíamos como secretarios terceros en nuestras respectivas embajadas, los dos sabíamos también que teníamos todo el tiempo por delante. Algo así como la certeza de que éramos capaces de poseer el mundo.

En mil novecientos cincuenta y tres, se respiraba en todas partes un extraño ambiente de optimismo. A pesar de los problemas que comenzaban a aflorar en el sureste asiático, los franceses estábamos convencidos de que habíamos ganado algo más que una guerra. Nuestra generación había heredado una sólida posición en el mundo y sólo unos pequeños nubarrones aparecían intermitentemente en la política interior del país, que achacábamos, más que nada, a las desmedidas ambiciones de algunos políticos.

Fue más tarde, al madurar, cuando comprendí cuan equivocado estaba y valoré más a los que habían sabido reaccionar frente a la adversidad, en unos momentos en los que Francia estaba luchando por mantener su posición en el mundo.

En Egipto nuestra situación era ambigua, parecíamos los comparsas de la política británica, y esa sensación nos disgustaba a todos en la embajada.

En aquel país estaban ocurriendo muchas cosas y para un observador

objetivo, algunas de ellas eran trascendentes en cuanto a lo que iba a ocurrir en el futuro en el complicado porvenir del mundo árabe.

Por entonces, Nasser era ya el hombre fuerte de Egipto. Hacía prácticamente un año que había conseguido derrocar al rey Faruk. Como motor de la revolución, había demostrado su capacidad para liderar un país tan complejo interiormente, ocupando además una posición estratégica y al tiempo manteniendo un delicado equilibrio, aunque para ello había tenido que vencer a la facción moderada cuyo líder, Naguib, no había podido seguir el apasionado impulso de su antiguo compañero de armas.

A pesar de todo ello, en aquellos días era un verdadero placer pasear por el viejo Cairo, creyéndonos los herederos privilegiados del sistema que había impuesto sus valores, su forma de entender la vida. Éramos conscientes de que aunque estuviésemos perdiendo las colonias, los europeos habíamos impregnado, - más tarde comprendí de que nefasta manera -, las culturas de aquellos países. Incluso El Cairo se estaba transformando vertiginosamente, adaptando a su manera los modos y costumbres que el progreso imponía. Aquella gente aceptaba los cambios sin alterarse, con la cordialidad de la que ancestralmente habían hecho gala los cairotas.

David parecía comprender perfectamente el espíritu de aquella ciudad, de hecho, me repetía una y otra vez, incluso bromeando, que pensaba y soñaba en árabe. Había nacido en uno de los barrios cercanos a las embajadas y creo que en el fondo, se sentía mucho más cercano a aquel mundo, que al de Boston, de donde en definitiva provenía su familia y donde había estudiado la carrera. Entonces no llegué a comprender que aquellos sentimientos marcarían un día su vida, porque aquella extraña ambigüedad, la sensación de no pertenecer a ninguna parte, resultó dramáticamente decisiva.

Pero entonces mi admiración por él era ilimitada y sin dudarlo me declaré su discípulo y él se convirtió en mi maestro.

Con Nasser había llegado la revolución, pero a pesar de todo, ni los habitantes de El Cairo, ni siquiera los fellahs, los campesinos de los centenares de poblados junto al gran río, estaban convencidos de su nueva situación. Era un tipo de gente con demasiada experiencia a lo

largo de miles de años y su propio carácter les impedía terminar de creer en nada ni en nadie.

Fue al poco tiempo de conocernos cuando David Foreman me invitó a tomar el té en su embajada. Quería enseñarme su despacho, demostrarme que a pesar de ser, al igual que yo, sólo tercer secretario, era sin embargo alguien importante y respetado. Estaba convencido que en cualquier momento iba a llegar su ascenso. Pero también me comentó que no le interesaba que eso llegase a ocurrir, porque podría significar que le trasladasen y en modo alguno quería marcharse de El Cairo y de Egipto.

Era cierto que se movía allí como pez en el agua. Parecía conocer a todo el mundo. Incluso daba la impresión de que todo empezaba, como en una comedia, a suceder en el mismo instante en que él aparecía, como si fuese una especie de catalizador. Parecía estar cargado de energía vital, que era capaz de transmitir a todos los que le rodeaban. Nunca he conocido a nadie que tuviese ese extraño don. Una tarde sentados en la terraza del hotel tomando un whisky con hielo (eso era a lo que David llamaba tomar el té), me propuso ir esa misma noche a casa de una amiga suya, una anticuaria italiana que daba una pequeña fiesta. Una recepción íntima, precisó. Acepté eufórico, porque por entonces, no había sido capaz de hacer otra cosa que ir desde mi pequeño hotel, mucho más austero y barato del que David disfrutaba, a la embajada y volver de nuevo por la tarde, deshaciendo el camino y mi única distracción era observar a aquel abigarrado y exótico mundo tan diferente a todo lo que conocía, aunque que de alguna manera me aterrorizaba, porque me resultaba incomprensible, a pesar de la extraña atracción que por él sentía en mi interior.

Por eso, el hecho de conocer a Foreman y darme cuenta de que podía haber una forma de vida totalmente distinta, aparentemente mucho más interesante que la que yo tenía, fue una total sorpresa para mí.

Había tenido el privilegio de gozar de una excelente educación, siempre en los colegios de más renombre. Pero empezaba a darme cuenta de que mi formación había sido demasiado calvinista. Mi madre había sido una mujer más abierta, pero mi padre con su

carácter autoritario y posesivo había anulado su personalidad. Y de alguna manera, también la mía. Durante la guerra nos trasladamos a vivir a Ginebra, donde ella había nacido y por voluntad de mi padre, permanecí interno en un colegio privado, donde lo normal era la precisión en los horarios y la disciplina. A partir de entonces, siempre odié los relojes y los uniformes. Terminé la carrera de derecho internacional en la misma Ginebra. Mi padre iba y venía frecuentemente a París y parecían importarle mucho más sus negocios que su familia. Sin embargo, a pesar de que nunca nos faltó nada, porque debo reconocer que era un hombre generoso con el dinero, jamás vi sonreír a mi madre en su presencia. Creo que en mi fuero interno, terminé odiándolo.

Cuando finalmente gané las oposiciones a diplomático de carrera, de repente comprendí que podía disponer de mi vida y el mismo día solicité un destino lo más alejado posible de París, donde mi padre vivía permanentemente desde que mi madre había muerto. Fuí destinado, casi por azar a El Cairo, ya que debía haberme incorporado a Londres, pero algo debió ocurrir y me designaron a mí. Al principio aquello no me hizo ninguna gracia, tenía la esperanza de que todo se resolviera y poder marcharme. Era un mundo incomprensible para mi forma de pensar. Por ese motivo, conocer a David, un hombre radicalmente opuesto a todo lo que yo entendía, significó tanto para mí. Él era como a mí me hubiese gustado realmente ser y no podía evitar envidiarlo.

Era cierto que aturdido por su impetuoso carácter, apenas podía objetar nada de lo que me decía. Muy al contrario, estaba ávido de absorber sus experiencias, como si todo el bagaje cultural que yo poseía, sólo fuese un lastre que debía abandonar cuanto antes.

Cuando lo observaba contándome sus experiencias, incluso las más íntimas, sin ningún sentido del pudor, ni de lo que a mí me habían convencido que era la moral, sentía dentro de mí los agudos sentimientos de rabia, de envidia y de odio hacia los que me habían engañado hasta entonces. Aquel hombre había tenido la oportunidad de probar la fruta prohibida y de poder acceder al paraíso y sin embargo, yo estaba aún fuera.

Por eso, mientras David me explicaba lo terriblemente fácil que le resultaba la vida en El Cairo, comencé a vislumbrar que a pesar de todo, también podría haber lugar para mí en aquella ciudad. A partir de ese momento, estuve dispuesto a cambiar absolutamente mis hábitos y hacer exactamente lo mismo que aquel nuevo compañero, que parecía dotado de una especial capacidad para disfrutar de todo lo que le rodeaba. Lo que a mí hasta entonces me había parecido árido y monótono, el trabajo cotidiano en la embajada, como rellenar larguísimos formularios o atender las peticiones de visado de algunos hombres de negocios que pretendían establecer contactos comerciales con París y Londres, él lo transformaba cuando lo contaba en una especie de aventura ilimitada, mezcla de exotismo, sexo y placer, aprovechándose de su privilegiada situación, lo que indudablemente lo convertía en un ser distinto y para mí, envidiable.
Creo que durante un largo periodo solo escuché y observé detenidamente. Día a día David me había explicado todo lo que creía que yo debía saber, aplicando en su enseñanza una mezcla de paciencia y suave ironía, que no solo no me molestaba, sino que le agradecía infinitamente, porque comprendía que se había convertido en algo así como un médico para mí, casi un chaman, intentando curarme de una enfermedad que hasta entonces desconocía padecer, pero que por instantes se me hacía más y más evidente, cuyos síntomas eran una mediocre mezcla de vulgaridad, monotonía y aburrimiento, fruto de largos años de conformismo, falsa cultura e hipócrita puritanismo, que finalmente me habían convertido en alguien, a quien yo, en el fondo despreciaba.

Carla Mattei no sólo era anticuaria, tenía una fuerte personalidad y una gran cultura, fruto en parte de una ávida azarosa y aventurera que finalmente la había llevado hasta El Cairo. También le encantaba la política y daba, al menos una vez al mes, unas increíbles cenas a las que asistían embajadores, militares, aristócratas y políticos locales. Carla disfrutaba con aquellas reuniones y le encantaba hablar de todo, recordar los viejos tiempos y provocar a los que por primera vez

entraban en su casa.
Aquella noche, mientras nos dirigíamos a su casa, en una calesa de alquiler, tirada por un caballo que cojeaba ligeramente, David, que parecía una fuente de erudición inagotable me comentó, irónicamente, porque creo que no sabía hablar de otra manera, que a pesar del movimiento revolucionario de Gamal Abdel Nasser y del nuevo sentimiento nacionalista árabe, aquella situación no había hecho más que mejorar las posibilidades para gente como nosotros.
Lo que mi amigo afirmaba con tanta pasión me parecía cada vez más evidente, porque también mi euforia iba en aumento. Cuando nos bajamos del coche, pensé que aquel lugar era igual que tantos otros en El Cairo. La calle estaba mal iluminada y exteriormente la casa no era muy distinta de las otras que daban al mismo callejón. Sin embargo, David me guiñó un ojo significativamente, dándome a entender que tras aquella puerta íbamos a encontrar todos los placeres terrenales.
Estuvimos esperando unos minutos después de golpear con el llamador y cuando finalmente se abrió, cruzamos un oscuro zaguán que enfrió un tanto mis ilusiones, pero inmediatamente, accedimos a un patio lleno de buganvillas y jazmines que exhalaban un perfume denso y demasiado cargado. Tuvimos que cruzar una especie de pasadizo y llegamos a otra puerta, ésta ya de aspecto imponente, con unos gruesos clavos de bronce que además de darle un aire palaciego, parecían indicar su solidez, como queriendo expresar que allí sólo se podía entrar por voluntad de sus habitantes y nunca por la fuerza.
David dió varios golpes secos y rápidos, seguidos de otros más débiles, como una especie de clave. Mientras se iba abriendo lentamente, pude entender que los cuentos de las mil y una noches podrían llegar a hacerse realidad. Eran quizás entonces mi única cultura oriental, lo más próximo en mi comprensión intelectual a lo que me estaba ocurriendo y agradecí haberlos leído, porque al menos me permitían disimular ante mi amigo la tremenda sorpresa que en aquel momento sentía. De nuevo David parecía un experto, arrastrándome con él al lugar exacto, a lo que se me antojaba el paraíso, perdido para mí hasta aquel instante y que parecía estar esperándome desde siempre, porque en el mismo instante en que crucé el umbral, tuve la certeza que aquel

lugar iba a cambiar definitivamente mi vida.
Entramos en los salones de Carla Mattei. Seguía los pasos de David y me sentía avergonzado de que se notasen tanto las diferencias entre él y yo. Recordé entonces que me había parecido un petimetre el día que lo conocí, durante la recepción en la embajada de Inglaterra. Pero era evidente que el que estaba fuera de juego era yo. En aquellos instantes me percaté de que nunca había sabido lo que era la elegancia ni la moda. La austeridad que en Ginebra me habían imbuido, me parecía allí, en aquella ciudad donde todo era esencialmente exótico y barroco y aun más, en aquellos salones que estaba entonces conociendo, como un contraste excesivo que me hacía sentirme no sólo distinto, sino a partir de aquel mismo momento, casi humillado.
También comprendí que David no sólo era capaz de aparentar lo que no sentía, su habilidad para esconder los sentimientos, así como su especial afectación cuando se dirigía a todos aquellos que le rodeaban, demostrando por ellos y hacia ellos, unos sentimientos que ni por asomo experimentaba. También vestía como actuaba, disfrazándose elegantemente, según los criterios de la moda más audaz, pero al tiempo, siendo capaz de no caer en el amaneramiento, manteniendo siempre un increíble equilibrio.
Creo que en aquel momento, todo el mundo debió pensar que sólo entraba él, porque yo, a su lado, debía parecer sólo una sombra. Su propia e inevitable sombra.
David Foreman me llevó hasta Carla Mattei. Una mujer increíblemente obesa, prácticamente tumbada entre grandes almohadones de brillante seda, como si no pudiese ponerse en pie. Sin embargo, a pesar de todo, algo indefinible la hacía atractiva. Quizás sus ojos negrísimos que brillaban como piedras preciosas, realzando su rostro que sonreía abiertamente mientras me acercaba a ella.
David debía mantener una relación de vieja amistad y de confianza, se inclinó ante ella, esbozando un besamanos y la mujer comenzó a reírse a carcajadas, como si mi amigo hubiese hecho algo cómico. David la imitó y al instante todos los que la rodeaban reían con ella. Yo me quedé un poco perplejo. No sabía bien lo que debía hacer y como no era capaz de vencer mi timidez, me limité a inclinar

ligeramente la cabeza y ella imitó mi gesto, mientras seguía riendo. Aquel ambiente me recordó las pinturas de Delacroix. Una atmósfera cargada de hedonismo, como si el placer, la voluptuosidad que emanaban aquellos salones fuese lo único verdaderamente importante. Aquella reacción, inesperada y casi absurda, fue para mí como un shock, como una alucinación, porque en aquel mismo instante, por primera vez supe con certeza que había otro modo de vivir la vida, un modo radicalmente opuesto al concepto que yo había tenido hasta entonces.

Carla Mattei pareció olvidarse enseguida de mi presencia y siguió atendiendo a todos mientras seguía abanicándose con un gesto ritual y nervioso, como si estuviese esperando a alguien importante. Al cabo de unos instantes, David me tomó del brazo y me llevó hasta una gran estancia, escasamente iluminada por unos enormes candelabros de bronce y cristal, coronados por unas bombillas parpadeantes que arrojaban una mínima luz, la suficiente para no tropezar con los grandes sofás que amueblaban el sobrecargado salón.

En ella se encontraban varias jóvenes, algunas europeas, otras egipcias o quizás tunecinas. Me parecieron bellísimas y elegantemente ataviadas, pero en el estado de ánimo en que me encontraba en aquellos momentos, sabía que no podía ser ecuánime. Se encontraban casi todas sentadas o más bien reclinadas, algunas incluso fumaban desganadamente pipas de kif, lo que entonces era muy corriente en El Cairo. De nuevo me pareció haber retrocedido en el tiempo, porque todo el ambiente parecía sacado de un viejo grabado.

Pero prácticamente no tuve tiempo para pensar. Una sombra se acercó sin que me apercibiese, casi flotando y sin decir nada, me tomó de la mano. David me golpeó el hombro levemente, como animándome a seguirla, al tiempo que se alejaba de mí. Comprendí que me estaba poniendo a prueba y no se lo reproché. Él todavía no me conocía suficientemente y quería conocer mi reacción. Yo era incapaz de adoptar su aire de estar de vuelta de todo, pero no me gustaba nada la idea de quedar como un novato. Tampoco podría haber hecho otra cosa, pues me vi arrastrado de nuevo a una situación inesperada, que en aquel momento tampoco deseaba, porque más que cualquier otra

sensación, me sentía aturdido y fuera de lugar.
Debo decir que por unos segundos intenté resistirme, incluso hice el gesto vano de sentarme en la esquina de uno de los sofás aparentando normalidad, como si estuviese acostumbrado a todo aquello, pero la sombra que me acompañaba, y a la que prácticamente no era capaz aún de distinguir, me lo impidió tirando de mí y pensé que no podía negarme ante aquella insistente demanda sin hacer definitivamente el ridículo.
Antes de seguir, debo confesar algo que entonces me abrumaba constantemente y en lo que no quería pensar, porque sólo el hacerlo me avergonzaba. Tenía ya veintiséis años, pero nunca antes había estado con una mujer. Por supuesto que sabía lo que hay que saber, pero sólo eso. En aquel momento, pensar que David pudiese averiguarlo, era para mí una especie de tormento, mezcla de humillación y pánico. Cuando aquella mano femenina tiró de mi hacia afuera, como queriendo llevarme a algún lugar desconocido en todos los sentidos para mí, por una parte no era capaz de resistirme, pero por otra tampoco podía aceptar impunemente la realidad.
Me sentí arrastrado por una fuerza desconocida, aunque, bien es cierto que en mi interior más profundo no podía ni quería resistirme, como si quisiera romper definitivamente con el que hasta entonces había sido. Salimos al exterior y de pronto me encontré en un patio de apariencia andaluza, solado de antiguas piedras desgastadas. Todo él estaba formado por arcos que lo rodeaban, construidos con columnas de distintas formas y estilos, como si hubiesen sido arrancadas de viejas y lejanas ruinas y colocadas allí, cada piedra en un lugar predeterminado, después de permanecer cientos, incluso miles de años en otros lugares, aunque el conjunto resultaba perfecto. El murmullo del agua de la fuente central lo llenaba todo y de pronto fui consciente de que la desconocida que hasta allí me había arrastrado, me observaba detenidamente, quizás también sorprendida de mi triste aspecto. Pero aquella noche, allí, en aquel lugar, el único verdaderamente asombrado era yo. La joven, porque era muy joven, apenas tendría veinte años, me miraba curiosa e interrogante. Tenía unos rasgos bellísimos, mezcla de lo mejor de dos mundos y sus ojos

verdes, del color de las esmeraldas, recorrían mi rostro detenidamente con una curiosa y encantadora mirada, estudiándome a fondo. Entonces no pude por menos que sentir una gran timidez, porque por alguna extraña razón, estaba convencido de que aquella misteriosa joven podía leer dentro de mí, como en un libro abierto y esa sensación me hacía sentirme inerme.

Es difícil saber en que se basa la atracción mutua entre dos personas, pero mirándola me sentía increíblemente atraído por ella. Como si aquello hubiese tenido que ocurrir y todo lo demás fuesen sólo sucesos accesorios, sin mayor importancia, que habían sucedido en una larguísima cadena desde un instante inmemorial, únicamente para hacernos llegar hasta allí, hasta aquella increíble coincidencia.

Es cierto que nos rodeaba un ambiente exótico, distinto, al menos para mi concepto. El murmullo del agua se confundía con los lejanos acordes de la música barroca que parecía encantar a la dueña de la casa. Me sentí aturdido, casi mareado por el excesivo conjunto de sensaciones que me llegaban a oleadas como impulsos sucesivos, pero a pesar de todo, me convencí instantáneamente de que sentía un profundo amor por aquella mujer. Tenía de repente, la sensación de que había llegado en el momento preciso, para llenar aquel vacío que notaba permanentemente dentro de mí y que más tarde, descubrí que no era otra cosa que la falta de amor.

Estuvimos mirándonos fijamente durante un largo espacio de tiempo, como si cada uno quisiera grabar la imagen del otro. En aquel momento pensé, sin lógica alguna, que ella debía sentir por mí, el mismo, idéntico sentimiento.

De pronto, no podré olvidarlo nunca, alargó el brazo y me tocó levemente el rostro, como queriendo cerciorarse de que yo realmente estaba allí junto a ella y en un acto reflejo simétrico, repetí su gesto, acariciando la piel de su rostro, de su cuello, su cabello, sus hombros, sabiendo exactamente dentro de mí lo que tenía que hacer, mientras ella seguía observándome intensamente.

Ahora, después de tantos años, pienso que para cualquiera que nos

estuviese observando, sólo debíamos ser una pareja jugando a ese viejo y extraordinario juego que se llama enamorarse.

Si alguien hubiese podido leer entonces dentro de mí, habría comprobado estupefacto, como un hombre puede cambiar su vida, su criterio, su racionalidad en solo un instante, al igual que pasamos en una milésima de segundo de la vida a la muerte. Un cambio radical que suponía la existencia de algo nuevo, trascendente, que al menos para mí, era lo único importante que hasta aquel momento me había ocurrido.

2. UNA HISTORIA DE AMOR

Mientras subía, andando a buen paso por la avenida de las Naciones Unidas, iba pensando en todo lo que David y yo habíamos hecho juntos. Sentía como un nudo en la garganta. Una especie de opresión, de la que creía haberme librado para siempre, me envolvía. Crucé el parque de los Jardines de Trocadero caminando hacia el edificio neoclásico situado en la esquina de la Avenida de Iena, en donde David Foreman había vivido los años de su forzado retiro, convencido quizás de que nadie recordaba ya su nombre, o incluso con la esperanza de ser el último de los que allí estuvimos y que todo, finalmente, hubiese terminado para siempre.

Fuese quien fuese, el autor del telegrama me había avisado casi por compromiso. Era notorio entre los amigos y los conocidos comunes, que David y yo no manteníamos ninguna relación. Pero fui. A fin de cuentas, aquello era, al menos para mí, un asunto definitivamente terminado y no cabía mantener ningún rencor.

Aquella era una bella mañana. La primavera estaba comenzando, siempre me había gustado aquella época en París. Allí parecía como si el cambio de estación tuviera algo diferente. Los árboles del parque se estaban cubriendo rápidamente de mínimas manchas verde oscuro, e incluso por un instante me pareció oír el agudo canto de un mirlo.

Pensé por un momento que quizás a él no le gustaría verme allí, observando su cuerpo inmóvil por última vez. Probablemente, de poder hacerlo, pensaría que no iba más que a asegurarme de que había muerto. Como una especie de última y mínima venganza.

Me detuve un instante. Después de todo no tenía por qué hacerlo. Quizás lo más sensato sería dar la vuelta, deshacer los pasos y olvidarme de aquella noticia. Que más me daba si David Foreman estaba muerto o seguía viviendo. Nada.

Pero algo más fuerte que mi propia voluntad me impelía a seguir. En todo caso, me hallaba ya muy cerca. Antes incluso de cruzar la

Avenida Albert de Mun, vi el coche fúnebre aparcado frente al portal, esperando, como si alguien a quien yo no conocía, quisiera terminar aquello lo antes posible, para que todo pudiese seguir sin alterarse. A fin de cuentas David Foreman debía haber muerto hacía mucho tiempo y aquella situación ni siquiera debía haberse producido.

Entré en el portal seguido de la inquisitoria y curiosa mirada del portero. Odiaba a los porteros de París. Sintetizaban lo peor de nosotros, me parecían desconfiados, distantes y ruines. No había nadie más que él y yo en el enorme portal. Pensé que quizás era yo la primera persona que llegaba al duelo. Al pasar miré de soslayo la pequeña mesita de firmas; no habían depositado aún ninguna tarjeta. En aquel preciso instante vi como el ascensor de madera y cristal bajaba deslizándose silenciosamente y en el mismo momento en que iba a abrir la cancela de forja que lo rodeaba, una mujer cubierta con un elegante sombrero negro y el rostro apenas oculto con una gasa del mismo color, salió de él sin mirarme, dejando solo tras de ella un leve rastro de perfume de lilas, caminando decidida hacia la calle.

Mientras el ascensor subía lentamente hacia la cuarta planta, creí recordar aquel mismo aroma. Me resultó familiar, como una imprecisa evocación, pero no podía asociarlo con nadie en especial. Luego con un chasquido, se detuvo. Salí al rellano, mejor iluminado que el portal, gracias a unas impresionantes vidrieras de colores y vi que la puerta del piso estaba abierta de par en par, como invitando a entrar a los que quisieran decir el último adiós a aquel enigmático hombre.

Muy despacio, penetré en aquel oscuro y lujoso piso, recargado de muebles de época, de cuadros, de alfombras, de recuerdos de toda una existencia, pero al tiempo, emanando una atmósfera inmóvil, pesada, de museo, que contrastaba sorprendentemente con el carácter vitalista del que en un tiempo había influido tanto en mí y que no parecía tener nada que ver con aquel lugar.

Mientras andaba lentamente por el pasillo, casi a ciegas, aún deslumbrado por la luz del rellano, esperando encontrar a alguien que me recibiese, que me guiase hasta el lugar en el que se encontrase el cuerpo de David Foreman, seguía inevitablemente asociando todo aquello con los primeros días en que lo conocí y por un instante, a

pesar de todo, tuve una sensación de vacío, porque en mi subconsciente sabía que con la desaparición de aquel hombre lo hacía toda una época y también, inexorablemente, una parte importante de mí.

Notaba dentro de mí una extraña sensación. Por un momento llegué a creer que en aquel enorme piso sólo nos encontrábamos de nuevo él y yo. No me extrañó. Cuando todo aquello terminó, David cambió radicalmente de vida y decidió entonces encerrarse en sí mismo. Su máximo deseo fue durante un tiempo que lo olvidaran, que no se hablase más de él. Y a fé que lo había conseguido.

Me extrañó también el profundo silencio. No se oía nada. Sólo el ligero zumbido que siempre me acompañaba, como un recuerdo interior de mi vida en Africa; un acufeno provocado por la quinina para evitar la malaria, pero que finalmente no me había librado de ella ya que me proporcionaba un ingrato recuerdo periódicamente. Algo aturdido empujé una puerta convencido de que el cuerpo de David debería hallarse allí.

No me equivoqué. Sobre una especie de caballetes habían dispuesto el ataúd. El rostro inmóvil, amarfilado por la muerte, de un envejecido David Foreman, parecía contemplar fijamente una lámpara veneciana, recargada de colgantes de cristal con el borde azul, como si todavía pudiese mantener su enorme interés por todo lo que le rodeaba.

Durante unos instantes permanecí en pie, sin saber bien que debía hacer. Me extrañó no sentir nada por él. Había llegado hasta allí con el convencimiento de que cuando me cerciorase de su muerte, quizás fuese capaz de sentir algo. Pero no. Nos hallábamos frente a frente, con la única diferencia de que aquel no era ya David Foreman. Sólo un cuerpo vacío de toda sustancia vital y entonces supe con certeza, que en cualquier caso, aquel hombre había muerto en su interior hacía ya muchos años.

Dudé de nuevo si marcharme. De repente comprendí que no tenía ningún sentido permanecer allí, rindiendo una especie de homenaje al hombre que lo había traicionado todo. Pero me sentía demasiado cansado para irme y tomé la decisión de sentarme unos instantes. Casi resultaba absurdo aquello y me senté en una silla cercana a la puerta,

lejos del cuerpo, porque algo en él me repelía. Aquella gran sala se encontraba en una especie de penumbra y varios espejos devolvían y multiplicaban la imagen del ataúd, pero apenas me permitían adivinar el cuerpo.

A pesar de aquel morboso ambiente, no pude evitar sonreír. Sin hacer el más mínimo esfuerzo, por asociación de ideas, la tensión de la muerte, el cansancio espiritual que notaba, la mente me llevaba hacia atrás hacia una época más feliz, también más ingenua, donde todo había sido de otra manera y la vida nos parecía entonces a los tres, a Sarah, a David, incluso a mí, como un prometedor camino, que íbamos a poder recorrer juntos. ¡Qué maravillosos momentos! Sobre todo al principio, cuando pude comprender que yo también podía participar de aquel mundo.

Los recuerdos tan vívidos me habían hecho cerrar los ojos, cuando de pronto, alguien a quien no había oído entrar, carraspeó frente a mí, sobresaltándome, porque por un momento había llegado a creer que no había nadie más en el piso, ni tampoco que quisiese venir a aquel solitario duelo.

Me incorporé lo más ágilmente que pude ante la mujer que se acercaba. A pesar de la penumbra pude ver que era indudablemente la misma que se había cruzado conmigo en el portal. Debía haber vuelto y entrado de nuevo en la casa sin apercibirme de ello.

La desconocida me alargó la mano. No pude por menos que murmurar una frase hecha mientras se la estrechaba, expresándole unos sentimientos que en realidad no sentía, pero ella tiró ligeramente de mí, como indicándome que la acompañase afuera. Pensé que querría decirme algo y que preferiría hacerlo en otra parte, lo que me pareció natural. Salí tras ella, envuelto de nuevo en el leve aroma de lilas.

Cuando entramos en el salón anexo y pude apreciar con precisión sus rasgos, me eché hacia atrás abrumado por la sorpresa. Me pareció retroceder cuarenta años y ver de nuevo los ojos de un viejo y querido fantasma.

Eran las mismas verdes pupilas que aquella noche en el palacete oriental de Carla Mattei me habían abierto el camino del conocimiento. No entendía bien aquella nueva situación. Era como si

me hubiese sorprendido el destino. Había llegado hasta allí, convencido de que con el sepelio de David Foreman iba a terminar por enterrar también una gran parte de mi vida y de pronto me encontraba aquellos ojos tan queridos que parecían interrogarme, como queriendo a su vez que les explicase el por qué de mi extraño comportamiento.

Noté una ligera opresión en el pecho y tuve que sentarme; ya no podía jugar impunemente con los sentimientos. Siempre había gozado de una buena salud, pero los años no pasaban en balde y cada vez debía tener más cuidado. Mi madre tenía un dicho, heredado a su vez de su abuela, una inteligente italiana del Piamonte, que venía a decir que los mayores asesinos son las sorpresas.

Mientras la enigmática dama me observaba, quizás preocupada por mi reacción, dándose perfecta cuenta de que estaba pasando un mal rato. Casi mascullando le pedí un vaso de agua y ella, gentilmente, salió a buscarlo.

Mientras permanecía solo unos segundos, pude observar como me temblaban las manos. Nunca había tenido la habilidad, que tanto había admirado en David, de disimular los sentimientos. Siempre había pensado que eso no me había ayudado para nada en mi carrera.

Volvió inmediatamente, trayendo una bandeja con una copa de agua. Bebí ansiosamente, como si hubiese cruzado el desierto, porque notaba dentro de mi garganta un nudo imposible de deshacer. Después, haciendo un esfuerzo sobrehumano, intenté, sin conseguirlo apenas, preguntarle quien era, que hacia en aquel lugar. No sé como me hice comprender, pero la mujer se sentó frente a mi y con toda normalidad me cogió las manos entre las suyas, como queriendo transmitirme algo de su serenidad y de su fortaleza.

Se presentó tal y como estaba intuyendo. Camille era hija de David Foreman y de Sarah Khoury Mattei. Ella, sin embargo, parecía saber perfectamente quien era yo y repitió mi nombre un par de veces mientras apretaba fuertemente mi mano. También añadió hablando con un ligerísimo acento americano que sabía que iba a ir hasta allí y que me estaba esperando.

David había fallecido durante la madrugada y eso no fue una sorpresa

para nadie. Se había ido deteriorando a lo largo de los últimos años. Había sido una larguísima enfermedad que lo consumió lentamente, como una especie de penitencia que hubiese tenido que pagar por sus propios excesos, hasta que finalmente ocurrió lo irremediable.

No sé bien por qué, pero noté como sus ojos se empañaban mientras me explicaba todo aquello y su reacción me afectó profundamente. Quizás fuese porque otro de mis numerosos defectos, ha sido siempre que nunca he podido ver llorar a nadie sin sentirme a la vez emocionado.

Luego se puso en pié y ágilmente caminó hasta un pequeño buró, extrayendo de él una especie de pequeño cuaderno con el lomo de cuero muy gastado. Volvió lentamente hasta donde me hallaba y colocó el pequeño tomo delante mío, sin decir nada, invitándome con la mirada a que lo abriese.

En aquellos instantes todo me parecía irreal, sentía la sensación de hallarme flotando en un ambiente onírico. Permanecí aturdido durante unos segundos, hasta que me atreví a hacerlo. Ella debió notar como mis dedos temblaban, pero quizás lo achacó a mi edad. A fin de cuentas, para Camille, debía ser un anciano emocionado, lo quisiera o no, por la muerte de un viejo amigo o un enemigo. Qué podía importar ya.

El destino tuvo en aquel momento compasión de mí, porque ambos oímos un ligero rumor en el vestíbulo, como si alguien llamase desde allí y Camille se excusó con un gesto, disculpándose por dejarme solo.

Me quedé como hipnotizado mirando el cuaderno. Sabía perfectamente lo que estaba escrito en las primeras páginas de aquel diario, porque lo había escrito yo, al menos hasta el momento en que un día, David Foreman se lo llevó, junto a la mujer que yo amaba. A la única mujer a la que había querido en mi vida.

Mientras intentaba encontrar en los bolsillos las pequeñas gafas que utilizaba para leer, obsesionado por la situación no podía dejar de recordar el lejano día en El Cairo, cuando compré aquel cuaderno. Estaba convencido entonces de que merecía la pena iniciarlo, coincidiendo con el mismo momento en que creía haber comenzado realmente a vivir.

Todos los sucesos anteriores a los que figuraban en aquellas páginas no contaban, eran una parte de mi vida que había terminado definitivamente, igual que si en aquellos momentos hubiese muerto y vuelto a nacer. Recordé con nostalgia, que eso fue entonces lo que me decidió a entrar en una librería muy cercana al museo, donde también se vendían artículos de escritorio. En ella se formaban a veces tertulias entre los escritores y poetas que se encontraban atrapados entre dos mundos radicalmente distintos.
Allí lo compré, porque en modo alguno quería que se me olvidase nada de lo que me estaba comenzando a ocurrir. De hecho, lo comencé tan entusiasmado como el que desea cristalizar su amor. Entonces pensé que a Dante Alighieri le había tenido que ocurrir algo similar con Beatriz y aquellos pensamientos me exaltaban. Sabía que más que un diario, lo que pretendía hacer era salvaguardar mi pasión, intentando inmortalizarla para poder disfrutar de ella en cualquier momento, al igual que el avaro pretende atesorar su oro para contarlo noche tras noche.

Camille me había dejado solo con el diario y con mis recuerdos, pero no quería abrirlo allí. En aquel momento sólo me obsesionaba saber quien era realmente aquella mujer. El extraordinario parecido con Sarah me había hecho comprender que sólo podía ser su hija y obviamente David Foreman era el padre.
Sin embargo estaba sorprendido por aquella situación. Ignoraba que David y Sarah hubiesen tenido una hija y también me sentía como un extraño después de tantos años. Volver a reanudar el hilo de unos acontecimientos que ya parecían olvidados, me resultaba muy difícil, porque yo mismo durante algún tiempo, me había impuesto como disciplina mental olvidarlo todo. Ello me había resultado una dura penitencia. Pero era la única manera de acabar definitivamente con el suplicio de conocer que todo había terminado, a pesar de que sabía que el sujeto de mi amor existía, aunque más allá de mis posibilidades humanas.

Camille volvió a entrar, esta vez acompañada de otra mujer totalmente desconocida para mí. Me presentó como un viejo amigo de su padre, una mentira piadosa, porque ella sabía perfectamente que ninguno de los dos habíamos sentido por el otro la más mínima amistad, al menos durante los últimos cuarenta años.
Se trataba de alguien muy cercano a la familia y la familiaridad con la que trataba a Camille me lo demostró. Luego, ella misma me aclaró que se trataba de su prima Carlota, otra sobrina de Carla Mattei.
Pensé entonces que debía marcharme de allí, dejarlas solas para que pudiesen hablar tranquilamente sin la presencia de un extraño y así se lo expresé. Camille insistió en que me quedase un rato más, pero me excusé, diciéndole que debía resolver unos asuntos aquella misma mañana. Entonces me entregó una tarjeta con su dirección en Nueva York y escribió en ella el teléfono del piso donde en aquel momento nos encontrábamos, con el ruego de que la llamase lo antes posible. Me levanté, saludando con una inclinación de cabeza a la recién llegada y me dirigí a la puerta. Pero Camille recogió el diario que había dejado olvidado sobre la mesa y me lo entregó en la misma puerta insistiendo en que me lo llevara. De nuevo le estreché la mano, sintiendo dentro de mí la increíble sensación de estar tocando a Sarah a través del tiempo.

En la calle, un sol radiante me cegó. Había permanecido demasiado tiempo en aquel oscuro piso y mis ojos no eran ya capaces de adaptarse rápidamente. Sabía que el culpable era el luminoso y transparente cielo del norte de Africa, que a lo largo de mi estancia allí me había dañado la retina, pero no me quejaba ni me arrepentía de ello. Era el pago por los mejores años de mi vida.
Cogí el metro en la esquina de la Plaza de Trocadero y bajé en la parada de St. Germain de Pré. Era ya casi mediodía, pensé en dar una vuelta por aquel barrio que conocía tan bien mientras se hacía la hora de comer, aunque le estaba dando vueltas a la cabeza. Quizás no era el momento más apropiado, pero me hubiese gustado compartir la

comida con Camille. Porque si odiaba algo, era comer solo en un lugar desconocido. Además me sentía deprimido. Medité que debía dejar pasar unos días antes de intentar hablar de nuevo con Camille Foreman. Era consciente de que tenía muchas cosas que aclarar con ella y además aunque no quería reconocerlo, deseaba verla de nuevo cuanto antes.

Mientras comía, saqué el diario y lo puse sobre la mesa, con la duda de si debía abrirlo. Finalmente lo introduje de nuevo en el bolsillo de la chaqueta. No quería leerlo hasta encontrarme en casa. Había algo muy importante para mí, también muy doloroso en aquellas páginas y a fin de cuentas, no era imprescindible hacerlo. A pesar del tiempo pasado, me lo sabía de memoria, al menos la parte que yo mismo había escrito de puño y letra, porque me había apercibido de ello al hojearlo cuando me lo entregó Camille. También había comprobado que David también había querido participar, ya que no quedaba ni una página en blanco, ni tan siquiera en los márgenes ni en las contraportadas. Aquello me parecía algo así como una violación y me indignaba más el hecho de que él lo hubiese terminado, que incluso el hecho de que se lo hubiese apropiado.

Pero lo que allí escribí un día hacía ya tanto tiempo, estaba también en mi mente, como si se tratase de una más de las viejas piedras de Egipto grabadas en jeroglífico. Era como si milagrosamente pudiese volver a ver aquellas páginas en blanco y mi mano empuñando la vieja estilográfica que había pertenecido a mi madre y que todavía conservaba, rellenándolas, en el afán de no querer olvidar nada. Eso al menos, a mi pesar lo había conseguido.

Volví a Ginebra aquella misma tarde. Mientras volábamos sobre los Alpes, cubiertos prácticamente de nubes, medité en lo increíblemente rápido que había pasado el tiempo. Finalmente, contra todos mis pronósticos, porque siempre había dudado de mi longevidad, había sobrevivido a David, pero eso no era ningún triunfo, a fin de cuentas los dos habíamos salido perdiendo.

Llegué a Ginebra en medio de una tormenta espectacular que

contrastaba con el apacible tiempo que había tenido en París, como si la borrasca que se había iniciado en mi corazón aquella misma mañana, me hubiese acompañado de vuelta a casa.
Al entrar en casa, a pesar de encontrarme con la sonrisa de Louise y con la chimenea encendida, me sentí más solitario que nunca, con la sensación de que tampoco aquel era mi verdadero hogar, reflexionando que si alguna vez lo había poseído, ese debía haber sido un antiguo patio lleno de plantas, con una fuente de agua cantarina en el barrio de El Khalili en El Cairo.
Apenas pude probar la cena. Hacía tiempo que no me sentía tan deprimido y el hecho de encontrarme solo, sentado en la biblioteca oyendo caer monótonamente la lluvia, no me ayudaba a mejorar mi estado de ánimo.
Había colocado el diario en la mesa frente a mí y como siempre había puesto música. Una maravillosa sonata de violín de Beethoven. Al final no pude resistir más y alargué mis manos para cogerlo. El sólo hecho de tocar aquellas tapas de cuero duro, puso en marcha dentro de mí una especie de mecanismo en la memoria.

Mientras miraba el fuego de la chimenea, recordaba lo que todo aquello había significado. La inesperada entrada de David en mi vida significó entonces un cambio radical en mi existencia. Veía claramente que había un antes y un después. Era como si hubiese mudado mi piel, al igual que lo hacían las serpientes del desierto. Conocerlo me impactó tanto que quise copiar su forma de ver la vida, de reaccionar, de vestirse, incluso de hablar. Él debió darse cuenta de mi admiración, pero la situación le gustaba y además reafirmaba continuamente el extraordinario concepto que tenía de sí mismo.
Sonreí al recordar que abandoné incluso los trajes oscuros, las camisas de cuello duro, incluso dejé de ponerme un ridículo sombrero que había adquirido en Ginebra para proteger de alguna manera mi piel excesivamente blanca y en el que tenía puesta la esperanza de que además reafirmase una personalidad de la que carecía entonces absolutamente.

Mis compañeros de la embajada francesa observaban alucinados mi rápida metamorfosis, pero en aquellos momentos, poco me importaba lo que pudiesen pensar de mi; ni ellos, ni nadie. De hecho, la sensación de que me había encontrado finalmente, de que había conseguido hallar mi verdadera e ignota personalidad, era para mí lo único trascendente. Todo lo demás apenas me rozaba. Cuando caminaba por las callejuelas o paseaba por la Corniche, contemplando absorto el siempre cambiante Nilo, cuando entraba en la embajada, me sentía tan distinto, que me parecía ser otro, totalmente ajeno a aquel que empezaba a vislumbrar ya como a un fantasma.

El propio embajador alarmado, me hizo llamar a su despacho, interesándose por mi salud, convencido de que debía hallarme en la fase de euforia que esconde una inminente depresión. Tal vez debió creer que yo no había sido capaz de adaptarme a aquel clima, a aquel exótico ambiente tan diferente en todo, al igual que les había sucedido a otros antes que a mí. Porque era difícilmente creíble que alguien pudiese cambiar tanto en tan poco tiempo.

Era ciertamente un hombre comprensivo y después de una larga entrevista debió llegar a la conclusión más evidente. Que me había enamorado, por lo que al final, después de hacerme un par de preguntas intentando quizás averiguar algo más, se encogió de hombros, abandonándome a mi suerte en la vida. A fin de cuentas, por aquellas fechas el embajador de Francia en El Cairo debía tener muchas cosas en las que pensar. Porque fue justo a partir de entonces, cuando alguien llamado Gamal Abdel Nasser comenzó a complicarnos la vida a todos. El hijo de un humilde empleado de correos de la lejana provincia de Asiut que ya había llegado a coronel. Nasser tenía entonces unos quince años más que yo y era un hombre joven y fuerte, que parecía estar firmemente convencido de que Egipto debía volver a ser el centro del mundo árabe y por tanto, también del islamismo. Por ello, en aquellos días la emisora estatal comenzó a emitir un inflamado discurso anti sionista, algo que iba absolutamente en contra de la política del mundo occidental. Pero, por otra parte, todavía no parecía una amenaza real con su panarabismo y ni Francia, ni menos aún Inglaterra, parecían demasiado impresionadas. Quizás en el fondo

creían que de nuevo se trataba de otro efímero líder tribal, que no iba a durar más que otros similares y que en pocas semanas, con suerte para él algunos meses, caería irremisiblemente, desapareciendo después en el olvido.
Confidencialmente, con el dramatismo que solía poner en todo lo que decía, David me explicó, que muy al contrario en su embajada sí se lo estaban tomando en serio, porque por primera vez en la historia del mundo moderno, alguien pretendía ostentar el liderato en los países árabes. Era cierto que había cedido la presidencia de la república a Mohamed Naguib, que al igual que él, procedía de la organización secreta, autodenominada "Oficiales Libres". Pero todo el mundo sabía que quien mandaba realmente allí era Gamal Abdel Nasser.

En aquellos días, mi natural disposición a lo correcto se estaba diluyendo con rapidez, apareciendo un optimismo que comenzaba a irradiar por todos los poros de mi piel. Era la extraordinaria sensación de haber descubierto mi verdadera y hasta entonces oculta personalidad, sorprendiéndome a mí mismo el hecho de que no hubiese sido capaz de encontrarla antes. Me sentía tal y como debieron sentirse los hombres del Renacimiento, mirando hacia atrás con conmiseración, regodeándome, al igual que ellos por el hecho de haber comprendido finalmente cuál era mi posición en el universo. Por primera vez en toda mi vida me hallaba exultante.
Fue entonces cuando comprendí que El Cairo era un lugar maravilloso, perfecto para alguien como yo y no podía agradecerle bastante a David su colaboración en aquel descubrimiento. Por otra parte, también intuía que quizás él me veía más como su escudero que como un compañero, pero eso en aquellos momentos, me daba igual. De ninguna manera me hubiese gustado perder su amistad y sus favores y aceptaba sin dudarlo su superioridad y su experiencia.
Al principio David se sorprendió cuando se dió cuenta de mi verdadera relación con Sarah. Ella era sobrina de Carla Mattei y aquella mujer con su especial y epicúrea manera de entender la vida, no veía nada malo en que Sarah pudiese recibir los favores de

personas como nosotros. Mantenía una especial filosofía, mezcla de oriental y mediterránea, que con el tiempo llegué a comprender y casi a asimilar. Según ella, había que vivir intensamente cada momento, exprimirlo, como si fuese el último y también el mejor. No le avergonzaba su situación de aristócrata venida a menos, más tarde me contó que su familia la había repudiado, a causa de su carácter absolutamente liberal. Con el tiempo había sabido hacerse un privilegiado lugar entre los anticuarios, porque esa era su verdadera vocación. Decía que los muertos la permitían vivir y que los vivos la permitían gozar de la vida. Se refería a que tenía un productivo negocio de venta de antigüedades y de exportación de artículos, muchos de ellos procedentes de la expoliación de las todavía numerosas tumbas desconocidas oficialmente para los arqueólogos. No se sentía intranquila en su ética; sostenía la tesis de que todas aquellas piezas, joyas y estatuillas estaban mejor en un museo alemán o en las vitrinas de una elegante residencia en Estados Unidos, que perdidas bajo las inmensas y ardientes arenas del desierto. De hecho, fue ella misma, la que generosa e inesperadamente me regaló, cuando unos meses más tarde Sarah le comunicó que estábamos prometidos, un maravilloso anillo de oro con un escarabajo tallado en una piedra de lapislázuli, que aún conservo como uno de mis más preciados tesoros. Un regalo que me pareció entonces muy adecuado, porque hasta entonces había estado empujando mi vida como una bola de estiércol y percibí al colocármelo en el dedo, que aún tenía la oportunidad de redimirme.

Llegué a tener una intensa relación con Carla. Algo que trascendía la pura amistad. Me pareció encontrar en ella alguien diferente, como si hubiese sido capaz, quizás por su afición al Egipto antiguo, de comprender, mejor incluso que los arqueólogos, el verdadero significado del mensaje que los faraones habían dejado por doquier.

Una noche en la que por casualidad nos encontrábamos los tres solos, Sarah, ella y yo, sentados en la terraza superior observando las lejanas pirámides, Carla nos contó una preciosa historia. Unos recuerdos que

reflejaban la clase de mujer que era y la especial sensibilidad que sentía por el increíble ambiente que la rodeaba.
Carla tenía una preciosa voz y sabía narrar, interesando a los que la rodeaban. Sarah lo sabía y la incitó a ello, al tiempo que me hacía un leve gesto para que no distrajésemos a su tía, mientras ésta comenzaba a recordar con la mirada perdida en el horizonte recortado de las mezquitas y las pirámides.

En noviembre de mil novecientos veintidós tenía yo veintiocho años. Carla Mattei hablaba respirando profundamente, tendida como era su costumbre, en un diván de raso celeste.
No recuerdo bien - prosiguió - cuando oí hablar por primera vez de la hija de Lord Carnarvon, Evelyn. Ella, como su padre, no podía resistir el impulso de buscar antigüedades por todo Egipto, investigando cualquier pista, el mínimo indicio que les pudiese llevar a su sueño, encontrar una tumba intacta. Alguien les había dado mi dirección en el Khalili y aunque tenían la certeza de que allí sólo se encontraban baratijas, pensaron que no perdían nada dándose una vuelta por mi casa.
Lord Carnarvon, a pesar de su edad, era todavía un hombre alto, apuesto, de piel muy blanca, casi lechosa y ojos azules que contrastaban con su pelo oscuro. Evelyn era incluso más alta que su padre y aunque no se puede decir que fuese bella, su enorme personalidad, su vitalidad, la hacían muy atractiva, aunque algo distante y fría para los que no se encontraban en su círculo.
Vinieron una tarde acompañados de Callender, el famoso egiptólogo al que conocía de mis tiempos en Suiza. Mi criado, Mohamed Ali, les hizo pasar a la pequeña salita, contigua al almacén más privado donde guardaba todo lo que de verdadero valor caía en mis manos y que a fuerza de años y de pagar más que nadie en todo El Cairo, se había ido llenando de una manera tal, que me impedía prácticamente entrar.
Cuando penetré en la sala, tanto Carnarvon como Callender se pusieron en pie automáticamente.
Debo decir aunque peque de inmodestia, que entonces era yo muy

bella y que mi figura no desmerecía de ninguna de las más famosas bailarinas del país. Sin embargo, me sentí sobre todo fascinada por la mirada de Lady Evelyn. Cosa rara en mí, noté una inmediata simpatía por aquella joven que a su vez me observaba en silencio.

Callender me presentó a ambos y comprendí al instante que aquellas personas eran una clase de gente especial, muy distinta a la que normalmente pasaba por allí. No tenían nada que ver con los ricos americanos, ni con los pretenciosos franceses. Eran simplemente distintos, pero ambos me subyugaron, porque si echaba de menos algo en Egipto, era a gente como ellos, que por algún motivo me recordaban a mis padres, a mis hermanos, a algunos de mis parientes, como mi tío Henry o mi tía Berta, con los que había vivido en Lugano y más tarde en Suiza.

Callender era un hombre nervioso, impaciente, que de vez en cuando se dejaba caer por mi casa con la excusa de que no había ningún otro lugar en El Cairo donde se comiese mejor o se escuchase mejor música, tanto de los nuevos discos que me hacía traer de Londres o París, o incluso en directo, del famoso cuarteto andalusí, que también llamaba el rey a palacio en sus fiestas y que en algunos días señalados, venían a tocar para mí y para mis amigos la encantadora música tradicional, con aires de otros tiempos, con toda la nostalgia y la pasión que sólo ellos eran capaz de poner en ella.

Yo sabía que Howard Carter llevaba muchos años investigando en el Valle de los Reyes, un lugar situado frente a Luxor, al que se llega cruzando el Nilo. Carter también había pasado por mi casa hacía más de un año y en aquel momento me comentó que creía estar a punto de encontrar algo importante. Es cierto que no le hice mucho caso, porque eso les ocurría a todos los egiptólogos y ya me había acostumbrado a escuchar fantasías. Entonces, todos estaban convencidos de que la época de los grandes hallazgos se había terminado para siempre, pero ninguno renunciaba a seguir excavando y removiendo enormes montones de piedras bajo un sol abrasador. Era como si estuviesen drogados o poseídos por una fuerza interior que parecía proporcionarles una inacabada energía, soportando con frecuencia condiciones sobrehumanas, que otro cualquiera hubiese

considerado imposibles.
Callender me miró, haciendo casi un gesto de súplica. Yo sabía exactamente lo que deseaba; quería que les enseñase algo en concreto y aunque no era mi costumbre mostrar aquellos objetos verdaderamente valiosos, más que a personas muy cercanas a mí, no pude negarme, porque me sentía como hipnotizada por los profundísimos ojos de Evelyn.
Aunque en el fondo de mi alma no tenía el menor deseo de hacerlo, asentí con la cabeza, en aquel silencioso diálogo y me agaché al tiempo que corría la cortina de damasco. Allí escondía una caja fuerte, donde guardaba los pequeños objetos de verdadero valor. Notaba tras de mí la respiración entrecortada de Lord Carnarvon, lo que sin duda se debía no sólo al estado de sus pulmones, sino también a la emoción que en aquellos instantes le embargaba.
No era para menos. Cuando coloqué la pequeña caja de madera de sándalo sobre la mesa de camilla, el silencio era sepulcral. Miré de reojo a Evelyn, y a la luz de las amarillentas bombillas que parecían oscilar por la falta de potencia, observé como sus ojos no podían separarse de la caja.
Callender hizo con las manos un involuntario gesto de impaciencia, pero Lord Carnarvon era como otra efigie, impávido, sólo veía sus azules pupilas casi diluidas, atraídas irresistiblemente por la caja.
Insinué un ligero gesto como accediendo a que se abriese y Evelyn lo hizo lentamente, queriendo quizás prolongar aquel momento. El broche de oro y lapislázuli brillaba de una manera especial. Era una joya increíble, maravillosa. Horus y Anubis enmarcaban una piedra ovalada en la que con increíble minuciosidad, un lejanísimo artista había tallado un escarabeo. Jamás he visto nada más bello, ni creo que ya lo veré nunca.
Carnarvon no podía apartar los ojos de la joya y su hija lanzaba miradas alternativas a la pieza y al rostro de su padre. Tampoco Callender pudo reprimirse y se puso en pie comenzando a dar pequeños paseos por la sala, como si no pudiese contener su estado de emoción.
Yo creía conocer bien aquel broche, pero no podía evitar sentirme

hipnotizada por él. A veces prefería no abrir la caja, porque si lo hacía, podía permanecer obnubilada contemplándolo. En aquel tiempo siempre tenía muchas cosas que hacer y no podía permitirme el lujo de malgastarlo.

No fue sino al cabo de un largo rato, cuando con voz entrecortada, Carnarvon me preguntó si tenía conocimiento de donde lo habían encontrado. Aquella pregunta en El Cairo era casi absurda, pero por una rara casualidad lo sabía. Un nieto de Abd El Rasul la había hallado escondida dentro de una pequeña tinaja envuelta en trapos impregnados de una especie de betún. En uno de los pliegues se hallaba la joya. El lugar se hallaba en un punto muy cercano a donde Carter estaba realizando sus excavaciones en el mismo Valle de los Reyes.

Yo la había comprado, apenas hacía unos meses y había pagado una verdadera fortuna por ella. Pero a pesar de que había invertido gran parte de mis ahorros en adquirirla, estaba muy satisfecha de poseerla. No sólo tenía la certeza de saber que había hecho una buena inversión, sino de saber que poseía algo de un valor extraordinario, porque, con seguridad plena, había sido hecha para un rey.

Finalmente Carnarvon alargó su mano, ligeramente temblorosa. Antes me miró, como pidiéndome permiso. Se lo concedí con un ligero parpadeo. Entonces cogió el broche como si lo estuviese acariciando. En aquel instante parecía enajenado, transportado en el tiempo. Lo sé, porque a mí me ocurrió lo mismo cuando vi la joya por primera vez. Luego noté que se agitaba casi convulsivamente, mientras se la acercaba mucho a los ojos. Señaló un grabado minúsculo situado al pie de las figuras. Algo que apenas se veía a simple vista. Callender me pidió emocionado una lupa, mientras daba pequeños saltos que pretendían disimular su intensa emoción. Al examinarlo más detenidamente con la ayuda del instrumento, con voz inaudible mencionó que se trataba de un jeroglífico. También dijo que jamás había visto ninguno tan pequeño. Lord Carnarvon quiso observarlo y ambos se acercaron a la lámpara de cristal verdoso que yo utilizaba para leer.

Quise ayudarles a recobrar la serenidad y murmuré si deseaban tomar

el té. Como buenos británicos los tres asintieron al unísono y entonces aproveché el respiro para dirigirme a Evelyn y rogarle que me acompañara. Ella asintió, contenta de la oportunidad de relajarse y se levantó casi de un salto, mientras me lanzaba una mirada de complicidad.

Bajamos a las cocinas y le pedí a mi camarera que nos lo preparase al estilo egipcio que era como a mí más me gustaba.

Al notar su curiosidad, le pregunté a Evelyn si deseaba ver la casa y de nuevo asintió. Era evidente que nos habíamos caído bien mutuamente y la tomé de la mano, con toda confianza, porque quizás llevaba demasiados años en Egipto y había adoptado muchas de las costumbres del país, entre ellas la de expresar la simpatía y el aprecio con el contacto físico. Ella no se mostró sorprendida o al menos no lo demostró.

Yo estaba orgullosa de mi casa. Como veis, sigo viviendo en ella y creo que todos los que han pasado por aquí se han quedado sorprendidos. Desde fuera, es una más de las que componen el abigarrado barrio de El Khalili y no es fácil encontrarla, por eso mis tarjetas de visita llevan al dorso un pequeño esquema para que los visitantes no se pierdan. Pero una vez que se ha cruzado el amplio zaguán, cuando se ha atravesado el amplio patio de mármol del sur, cuando se ve caer el agua por la fuente, rodeada de una amplia columnata y se aprecian las ventanas superiores, protegidas por unas filigranas de madera tallada, se empieza a comprender que aquella no es una casa vulgar. Luego, cuando se cruza la galería, cuando se penetra en los salones, que a su vez se comunican con otros patios, es casi un palacio al menos para mí y entonces, sólo entonces, pienso que yo tampoco soy vulgar, por haber sido capaz de crear, de elegir vivir en un lugar tan admirablemente bello. Por eso sabía que Evelyn, acostumbrada sin duda a magníficos palacios, a ambientes de lujo, sería más capaz que nadie de valorar aquel ambiente.

Me sentía orgullosa. ¿Por qué no? Tenía allí una admirable colección de antigüedades, dignas del mejor museo. Cierto que las iba vendiendo poco a poco. Pero otras las reemplazaba a su vez y ello hacía que no sintiese el más mínimo dolor cuando alguien se las

llevaba muy lejos, aunque eso significase que nunca más volvería a verlas.

En aquellos momentos me sentía extrañamente atraída por Evelyn. Quiero aclarar que no era una atracción sexual, o al menos no lo sentía así, sino como algo casi químico, igual que si nos conociésemos desde hacía mucho tiempo y estoy convencida de que ella sentía lo mismo por mí. Sin embargo, apenas hacía unos minutos que había hablado con ella por primera vez.

Luego mi fiel Mohamed Ali, silencioso y discretamente, nos sirvió el té en la pequeña salita, donde Callender con la lupa seguía intentado descifrar aquellos minúsculos signos que ni siquiera yo, que había observado minuciosamente la joya muchas veces, había logrado ver más que como un mínimo adorno, quizás siempre sorprendida por el suave brillo del oro, por el maravilloso contraste con el lapislázuli, probablemente recogido en las mismas orillas del Nilo, traído por las aguas desde algún remotísimo lugar y destinado, sólo por el azar, para ser engarzado con el oro, formando un increíble contraste que sólo un verdadero artista pudo realizar, probablemente para mayor gloria de su faraón.

Lord Carnarvon había sacado su libreta de notas, de la que después supe que nunca se separaba y con un lápiz blando iba dibujando el jeroglífico que le dictaba y le explicaba su amigo Callender.

Los dos hombres estaban totalmente abstraídos con su tarea y ni siquiera levantaron la mirada cuando entramos, ni tampoco cuando Mohamed Ali sirvió el té.

El broche los había embrujado. Estaban como obsesionados, porque intuían que tras el enigmático y complicado jeroglífico, alguien había escrito un mensaje hacia el futuro. Después de miles de años, aquel sabio era capaz de extraerlo del oro que lo tenía atrapado y descifrarlo. Admiré a Callender, tenía dentro de él la facultad de comprender lo que para otros eran exclusivamente símbolos sin sentido. Yo no había sido capaz de aprender aquel arte, a pesar de que tenía a mi disposición la mejor escuela de egiptología del mundo. Pero eso era también una rara habilidad que no todo el mundo poseía.

Evelyn y yo saboreamos el exquisito te que nos habían preparado.

Ellos ni tan siquiera levantaron la mirada, totalmente abstraídos en descifrar el jeroglífico. Callender parecía haberse tranquilizado, absorto en lo que hacía, estudiaba con detenimiento a través de la lupa los mínimos signos, probablemente desgastados por el uso. Ambas éramos conscientes de que ya habían sido capaces de transcribir una parte, pero no nos atrevíamos a interrumpirlos, como si estuviesen realizando una sagrada tarea.

Allí no podíamos hacer nada, así que decidimos volver a salir a la terraza. Casi había oscurecido, pero aún se adivinaba un ligero resplandor hacia el oeste. Ra caminaba veloz hacia lejanas tierras para poder volver puntualmente y traernos un nuevo amanecer. Otro más entre los miles que habían transcurrido desde que alguien prendió aquel maravilloso broche en las ropas de su amada.

Nos tendimos en una especie de tumbonas que había en la terraza y observamos fascinadas como el cielo se cubría de millones de puntos luminosos que parecían a punto de desplomarse sobre nosotras.

Aquel anochecer era especial. Algo mágico flotaba en el ambiente. Le dije entonces a Evelyn, que en aquellos instantes creía comprender porque los antiguos egipcios habían sido el pueblo elegido para llevar a cabo todo lo que aún nos asombraba, como si se tratase de algo sobrehumano. Se habían visto casi obligados a hacerlo. Cada vez que ellos habían observado el firmamento durante la noche, veían insistente el mensaje del más allá.

Evelyn asintió. Murmuró que ella pensaba lo mismo. Lo había meditado muchas veces. Incluso cuando se hallaba en Inglaterra soñaba continuamente con el cielo de Egipto. En Londres la atmósfera era como una densa y viscosa mezcla de smog, niebla y lluvia. Allí las estrellas se veían sólo raramente. Ella soñaba con la diáfana y cristalina atmósfera de El Cairo y le parecía imposible que pudiese existir en realidad. La atracción que sentía por Egipto, se debía más que otra cosa a causa del firmamento. En ningún otro lugar del mundo existía algo semejante, la atmósfera sin el más mínimo vestigio de humedad, las estrellas fijas sin parpadear, lo que permitía su perfecta observación y las convertía en algo cercano y cotidiano.

Permanecimos allí un largo rato, intentando penetrar la oscuridad con

la vista, descubriendo más y más estrellas, hasta que de pronto comprendí que el firmamento no era más que una inconmensurable bóveda plateada y que era sólo la enorme distancia la que nos hacía ver la oscuridad. Me sentí más relajada que nunca y pensé que la presencia de aquellas personas allí conmigo, era de alguna manera el símbolo de aquella atracción.
De pronto oímos dentro de la habitación una exclamación. Callender había conseguido encajar la última pieza que faltaba para poder descifrar totalmente el jeroglífico.
Ambas nos pusimos de pie de un salto, como impulsadas por un resorte y penetramos corriendo en la sala donde se hallaban.
Lord Carnarvon me miró fijamente. Una leve sonrisa distendía su rostro. Era conocido que mantenía la tesis de que aquellos seres casi míticos, que hacía mas de cincuenta siglos habían conseguido realizar aquellas hazañas, eran por encima de todo, seres humanos, con las mismas virtudes e iguales defectos que nosotros.
Sin embargo, pude ver que se hallaba muy emocionado. Sus ojos brillaban de una manera especial. Callender permanecía callado, como estudiando el papel donde había dibujado los jeroglíficos.
Entonces Carnarvon, haciendo un verdadero esfuerzo para superar la emoción que le embargaba, leyó la frase completa. Una frase que no tenía edad, porque podría haber estado firmada por cualquier escritor contemporáneo. Decía exactamente “El verdadero amor no termina nunca”.

Carla Mattei terminó allí su narración. Nos dimos cuenta de que aquellos recuerdos seguían emocionándola.
Sarah me lanzó una intensa mirada y comprendí, que al menos en algo, podría emular a los faraones.

El fuego de la chimenea se había apagado. Sólo unas mínimas ascuas brillaban entre la ceniza. No pude evitar compararlas con mis recuerdos. Había pasado demasiado tiempo, pero aquella hoguera había sido tan intensa que muchos de los recuerdos no podían

apagarse, al menos mientras yo siguiera vivo.

La música de Beethoven seguía sonando en el tocadiscos. Era una sonata de violín “Primavera”. Me levanté y la apagué. La casa se quedó silenciosa y me dirigí al dormitorio con la certeza de que el tiempo no era más que una extraña paradoja.

3. LA PRUEBA

La aparición de Camille había alterado la serena vida que llevaba desde que me había retirado. Era perfectamente consciente de mi situación, de mi edad, de mis limitaciones. Pero la mente es libre y algunas veces pretende burlarnos, sometiéndonos a pruebas para las que no estamos capacitados.

Por primera vez en mucho tiempo, había comprobado la verdadera y terrible distancia que me separaba de mi juventud. El paso de los días, era algo así como una cruel trampa, de la que ya nunca podría escapar. Hasta entonces no lo había visto así. Sólo que había envejecido, que ni mi cuerpo ni mi mente eran ya las de antes y que delante mí, en algún lugar ignoto, pero quizás ya no lejano, existía una barrera infranqueable, donde todo terminaría definitivamente.

Pero de improviso había aparecido Camille y como en una larga cadena, David, Sarah, Carla, todos los personajes que un día fueron los protagonistas de aquel drama.

Había recuperado la memoria, porque quizás, conscientemente todo se había ido borrando, desapareciendo, aplacándose, hasta quedar sólo lo cotidiano, como si el espíritu, el alma, necesitase también un descanso.

Sin embargo, el pequeño cuaderno repleto de palabras, me atraía como el imán al hierro y me hacía volver atrás sin necesidad siquiera de leerlo.

Solía sentarme en el jardín para aprovechar el calor del sol, cierto que otro sol que el de Egipto, pero al que también necesitaba para consolar mis huesos que con los años se habían visto afectados por la humedad de Ginebra.

Allí, descansando en la butaca de mimbre, no veía los tilos ni los olmos. Sólo era capaz de ver la sutil calima de microscópica arena del desierto que de nuevo me envolvía haciéndome volver atrás vertiginosamente en el tiempo.

Quizás fuese el espíritu del cambio. Por entonces, Nasser estaba luchando denodadamente por imbuir a su pueblo de un nuevo sentido de la dignidad. De hecho, mucho antes de la nueva constitución, casi un lustro antes, escuché un día por la radio unas declaraciones suyas, donde ya mantenía en un exigente e inflamado discurso, que Egipto era un estado democrático, independiente y soberano. Era evidente que aquel hombre especial había terminado con una larguísima era, a lo largo de la cual, todos nosotros habíamos ido dominando sucesivamente a los egipcios, o mejor expresado, creyendo que los habíamos dominado, porque aquellos humildes fellahs habían pasado por todas las invasiones posibles y seguían allí serenos e inmutables, atentos únicamente a las variaciones anuales del enorme río, que era en realidad el verdadero y único centro de su vida, convencidos de que finalmente un día cualquiera nos iríamos de allí para siempre, pero que el agua del Nilo seguiría fluyendo desde unas remotísimas y míticas fuentes.

Al igual pues que Nasser, que su pueblo, que el mundo, yo también había decidido hacer mi propia revolución y sabía que para ello debía comenzar por cambiar mi propio espíritu. Estaba convencido de que aún no poseía verdaderamente aquel sentido de lo inmaterial, de lo que nos hace verdaderamente humanos, pero si sabía que debía imbuirme de él, porque de alguna manera, primero David, después Carla y finalmente Sarah, me habían demostrado que no se podía vivir sin él.

Pero enseguida aprendí que era mucho más fácil aparentar tenerlo, que estar poseído realmente de él. Tenía que mantener constantemente una lucha conmigo mismo, con una parte importante de mí que aún se resistía a cambiar. Comprendí que esa era la verdadera y primordial diferencia entre lo que llamábamos Oriente y Occidente. El espíritu. Nosotros, los occidentales, habíamos creído que se podía prescindir de él impunemente, que sólo valían las cosas materiales, tangibles, permanentes. Eso no era así. El Nilo me ayudó a comprenderlo. Alguien me había explicado que aquel río nacía en un lugar casi inalcanzable llamado las Montañas de la Luna, donde millones y millones de gotas de agua caían del cielo, como si allí se

vertiesen todas las lágrimas de las estrellas. Cada una de ellas tenía un alma y el gran río las transportaba de nuevo al mar, anegando cada año las tierras de Egipto, regadas de los lejanos espíritus que las hacían fértiles.
Carla, que era una persona culta y que amaba la filosofía por encima de todas las otras ciencias, me explicaba que los egipcios eran el primer pueblo que había comprendido la verdadera importancia del espíritu. Eso les habían hecho diferentes, audaces, gente cercana a los dioses.

Recuerdo que una noche Carla me invitó a cenar. Mohamed Ali, su criado, trajo a la embajada un sobre de color crema. En su interior con la pulcra letra de Carla decía que me esperaba a cenar. No era el mejor momento, pero no podía dejar de ir.
Debo reconocer que tenía hasta entonces un falso concepto de Carla Mattei. Al principio no me fijé mucho en ella porque Sarah absorbió todo mi interés. Más tarde cuando la fui conociendo, pude comprender que se trataba de alguien especial. Era una mujer que a primera vista parecía ser ante todo pragmática. Sabía lo que era comerciar y eso en El Cairo tiene la categoría de arte. Y además no era, según decían los egipcios, propio de mujeres. Pero a pesar de ello todos la respetaban, porque había sabido demostrar que podía hacerlo como el mejor de ellos. Mis amigos cairotas estaban de acuerdo conmigo en que Carla era alguien especial.
Nos hallábamos cenando a la luz de unos candelabros en la terraza. Odiaba las bombillas, decía que a su edad no podía permitirse la luz eléctrica. Era mejor la suave y cambiante penumbra de las velas, hechas con cera de abeja recogida por los agricultores de Aswan. Yo también lo prefería, aquella luz me encantaba porque filtraba las emociones. A pesar de su edad, Carla tenía unos ojos preciosos, de un verde claro que contrastaba con el kajal como que se los perfilaba.
Le pregunté por que estaba allí. ¿Qué hacía allí una mujer como ella? ¿Por qué no había vuelto a Europa?
Empezó a hablar. tenía una voz clara, melodiosa, que invitaba a

escuchar, hablaba fluidamente, como si hubiese estado esperando mi pregunta.

No es fácil comprender este país. Mi padre lo había intentado, pero estoy convencida de que murió sin conseguirlo. Sin embargo, era gente sencilla. Los fellahin. Un solo río. El Nilo. Un clima casi constante. Una filosofía vital. Pero tenía que haber algo más, porque yo también lo intenté y sólo conseguí ver que todo era apariencia. Es el país de la simulación. Detrás de la sonrisa, perenne sonrisa, hay un alma compleja, que no confía en el extranjero, en el extraño. Por otra parte, en muchas partes el Nilo es turbulento, peligroso. Es imposible confiar en él. ¿Y el clima? Tampoco. De repente el simún, la terrible e inesperada tormenta del desierto, que entierra incluso a caravanas enteras, que te ahoga, sin permitirte respirar. Millones de minúsculos granos de arena forman un sudario que debe ocultar muchos misterios. Ruinas, quizás ciudades enteras, oasis tragados en pocos días. Lagos enormes llenos de vida, convertidos en desmesuradas dunas.

Aquí nada es lo que parece. Y los seres que habitan los márgenes del río son en eso maestros. Increíbles actores que viven en el mayor escenario del mundo. El Cairo.

Porque incluso en algo que debería ser definitivo, como es la religión, tampoco es así. Efectivamente los musulmanes son enorme mayoría. Aunque también hay coptos. Cristianos antiquísimos que siguen aferrados a esos extraños ritos. También muchos aunque no lo dicen, no hacen ostentación de ello, aun creen en los antiguos dioses. Ra, Ka, Amon, Anubis. Esas deidades todavía no han muerto, siguen entrando y saliendo, casi siempre al atardecer desde las profundidades del río. Hay lugares donde el Nilo es abismal. Lo sabe mucha gente. También hay animistas. Desde el Sudán, desde Omdurmán, una especie de savia negra de ébano, de marfil tallado en extravagantes figuras. Todo se mezcla, como en un almirez gigante. Los islámicos no son todos iguales. Muchos de ellos se odian. Sunnitas, hachemitas, malikitas, decenas de sectas. ¡Qué difícil!

Luego el caos. Esta excéntrica ciudad, tan agobiante, llena de calima, ese polvillo del desierto que se posa en todas partes, que flota en todos los ambientes, que llena de minúsculas partículas los rayos de sol que se filtran desde los techos. Miles de mendigos, pedigüeños, busca fortunas, engañabobos, contadores de cuentos, saltimbanquis. La verdad es que los prefiero a esos imanes fanáticos que convencidos de estar en posesión de la verdad, recorren las callejuelas, las plazas, las mezquitas, con el ceño fruncido, gritando que la maldad se está apoderando del mundo. Eso quizás sea verdad, pero no los justifica. Hay mercaderes, tratantes de ganado, vendedores de falsas antiguallas, alquimistas, incluso poetas.

A esta ciudad la salvan los cafés, las terrazas, las pipas de narguilé, las bailarinas y los viajeros. Siempre hay gentes que vienen a ver, a intentar comprender los secretos. El por qué de esas maravillas semienterradas que asombran al que se acerca a ellas. Porque no sólo son las pirámides, esas escalofriantes montañas de piedra y voluntad, también y sobre todo, esos diminutos aderezos de oro, de lapislázuli, de ágata, de turquesa, de piedras preciosas arrastradas por los ríos y por la historia.

El mayor asombro es intentar comprender como aquellas gentes, sólo hace de ello cinco mil años, eran ya cultos, refinados estetas, epicúreos, amantes de la vida. ¿Cómo lo habían comprendido? ¿Quién se lo enseñó? Todo el resto era lo ignoto, lo bárbaro, todo lo más un neolítico avanzado, sólo eso. Pero allí, junto al inconmensurable río, en los pantanos creados por las inundaciones anuales, donde proliferaban los hipopótamos, los cocodrilos, los gansos salvajes, los leones del desierto que bajaban a beber cada noche, los leopardos. Allí, por alguna extraña razón, unos seres distintos comprendieron.

Un país singular. No cabe duda. Único. No lo cambiaría por ningún otro. ¿Por cuál? No es comparable. Por eso están en él las ruinas de lo mítico. Más que en ninguna otra parte.

Llegué hasta aquí porque también comprendí algo. Huía de un concepto equivocado, de ciudades llenas de hierro, de asfalto, de gentes de mirada huidiza ¿Has visto como mira aquí la gente? Mantiene la mirada. Son casi insolentes. Pero a mí me gusta, creo que

eso demuestra que están vivos, no como nosotros. Allí, en Europa, la gente tiene el temor de que la descubran. De que vean su interior donde anida el miedo, la depresión, la falta de esperanza, de alegría. Aquí no. La gente sale temprano a la calle, ama la vida, el bullicio, quieren participar de todo. Tampoco hay prisa. ¿Para qué? La vida fluye como el Nilo. No hay pausas, lugares muertos. Todo es continuo y uno se puede subir en cualquier momento a ese fluido, sabiendo que siempre es bien venido. Hasta donde le lleve. El Nilo les ha enseñado ese aspecto vital. Es como la vida misma. Viene de algún lugar remoto, demasiado lejano para comprenderlo, para acceder a él, pero que existe y que proporciona ese constante río de vida. Cruza las ardientes arenas, las fertiliza, permite las cosechas. Año tras año, desde siempre. Ese ritmo periódico, anual, les enseñó que también se podían cultivar constantemente los mismos campos. Aprendieron que el limo negro de la crecida era mejor que el brillante oro. Tenía dentro de él las semillas que permitían seguir, procrear, asentarse, gozar de la vida. Por eso los escribas. Hasta aquí es tuyo. Desde el cañaveral hasta la acequia es mío. Era mejor dejarlo escrito. Mejor en piedra. Eso era civilización. Cultura, cultivo, tiempo para pensar, para la mente.

No fue en ningún otro lugar. Tenía forzosamente que ser aquí. A lo largo de esa larguísima franja de color verde esmeralda. El margen del río. El largo valle.

Había agua, también piedras. Algunas extraordinarias. Ágatas, cuarcitas, mármoles, granito rosa. El sol que cruzaba el río, siempre en el mismo sentido. Que mejor que construir las moradas de los dioses allí, en aquel paraíso escogido por ellos. Así nunca lo abandonarían. El más sabio eligió el lugar, las piedras, explicó como debían colocarse. Y aún siguen allí, después de miles de crecidas, de cientos de miles de soles cruzando el cielo. Allí están.

No es tan sencillo. No es tan fácil. Pero lo amo. Tanto que si por algún motivo tuviera que dejarlo todo, marcharme definitivamente, no lo haría. Esperaría al atardecer, saldría a la terraza. Cuando de nuevo estuvieran allí, sobre mí todas aquellas viejas conocidas, brillando otra vez, me cortaría las venas.

Luego me enterrarían en la arena. Tan reseca, tan falta de humedad

que absorbería inmediatamente mis fluidos vitales. Y me transformaría en otra momia más. Con la piel curtida y brillante por el roce continuo de la arena. Siempre se mueve. Un grano sobre otro, sin cesar. Prefería hacerlo así, elegir el lugar, el momento, la forma. No esperaría la vuelta a un lugar del que no participo. Creo que has comprendido lo que siento por él.

Me quedé observando a Carla Mattei. Era ya alguien por la que sentía un afecto especial. Cuando hablaba decía algo con sentido. No le importaban las formas sociales. Detestaba las conversaciones triviales. Mantenía que la trivialidad pretende esconder la estupidez.

Yo estaba acostumbrado a otra cosa. Hipocresía, convencionalismos, puritanismo. Pero al menos, tenía la suerte de poder comprender todo aquello. Y Carla me había ayudado. Tenía la sensación de que le debía la vida.

Luego aprendí mucho más sobre lo que aquel país había significado en el mundo, porque también fue Carla Mattei quien me proporcionó un viejo y gastado ejemplar de la Filosofía de la Historia de Hegel, en él se explicaba con precisión el concepto del espíritu en el antiguo Egipcio.

Carla nos ayudó a comprender todo eso y muchas otras cosas. Creo que lo hizo porque amaba con pasión a su sobrina Sarah y por algún extraño motivo que aún hoy no alcanzo a comprender, le encantó que nos conociésemos. Ella me lo dijo directamente y nunca he entendido lo que vió en mí, pero supe que aquella mujer era especial y que tenía una sensibilidad y una cultura increíbles. Unas semanas más tarde, exactamente el día en que me regaló el anillo, me dijo emocionada, que su sobrina era un ser especial y que debía amarla siempre.

No tuvo que insistirme mucho, porque Sarah fue para mí como una revelación. Nunca había creído que enamorarse significase aquel cúmulo de sensaciones. De hecho, hasta entonces, la palabra “sublime” no tenía sentido para mí. Finalmente fui capaz de comprender lo que era la religión y la fé, porque desde que apareció en mi vida, se transformó en lo único en que creía y que adoraba.

Literalmente me volví loco por ella. Nunca antes había tenido aquellos sentimientos, ni había sabido comprender eso que los ingleses definen perfectamente como caer en el amor. Me sentía flotar de felicidad, algo que hasta aquellos instantes no había conocido. Tampoco entendía como había sido capaz de vivir, de respirar, de disfrutar de la vida, antes de conocer a Sarah.

Fue para mí por tanto como un golpe de fortuna. Encontrar, casi al mismo tiempo a David y a Sarah me convirtió en un hombre distinto. Era lógico que me sintiese agradecido, satisfecho con lo que el destino me había deparado. Por un lado un verdadero amigo, alguien que como el doctor Faustus, había cambiado mi vida con su varita mágica y una mujer incomparable, bellísima, que además increíblemente, me amaba.

Sólo una leve punzada de celos me hacía volver a la realidad. Los celos. También eran para mí una nueva sensación, pero esa, insoportable. Siempre me había considerado generoso, dispuesto a compartir lo que tenía. Pero cuando apareció Sarah, todo cambió. Comenzamos a ir juntos los tres a todas partes y cada vez que David con su especial encanto, con su facilidad para lograr lo que se proponía, con su arrebatadora personalidad, la sonreía, me parecía notar que Sarah le devolvía la sonrisa de una manera especial.

Un día, un amigo egipcio, nos presentó a un escritor llamado Naguib Mahfuz. El hombre vivía en una antigua casa de pisos, cerca de donde Carla tenía su palacete. Unos días más tarde fuimos a verlo, habíamos quedado en ir a visitarlo para tomar el té. Era entonces un hombre joven de rasgos angulosos que le hacían parecer mayor. Comprendí al oírlo que me hallaba ante el hombre más lúcido que había escuchado en mi vida y me sentí fascinado por él. Nos leyó en inglés traducido directamente del árabe, unos pasajes de un libro que estaba escribiendo, lo había titulado “Palacio del deseo”. Me pareció que describía a la perfección el mundo que nos rodeaba, pero sobre todo se percibía en su relato una extraordinaria sensibilidad. Aquel hombre que fumaba como un poseso, soñaba con un Egipto verdaderamente democrático. Nos explicó como veía él lo que iba a ocurrir en los tiempos que se avecinaban, pero David no se mostró muy de acuerdo.

Al salir, comentó que Mahfuz era demasiado socialista para él, porque había hablado con excitación de la revolución de los “fellahin”.
Comencé a descubrir un mundo que hasta entonces me había pasado desapercibido. Comparaba aquel mundo con el ambiente de Ginebra, de París y veía tal diferencia entre ambos, que se me figuraban universos diferentes. Uno sumergido en un estrecho corsé social, gris, silencioso, lleno de absurdas convenciones. El otro exótico, palpitante, lleno de vida, de luz, de sonidos, igual que Mahfuz nos lo había descrito.
También comencé a darle más importancia al tiempo libre que al trabajo. Eso era algo que nunca hubiese podido creer que llegase a ocurrirme. Me habían imbuido desde la infancia, de un extraño sentido del deber, rígido, exacto, monótono. Después de conocer a David y a Sarah, notaba que me iba desprendiendo uno a uno de esos conceptos que me ataban a un estrecho mundo, igual que una oruga sufre la metamorfosis y luego, cuando se desprende del reseco capullo, comienza a volar para ver el mundo realmente tal y como es desde su nueva perspectiva.
Un día, Carla Mattei, me comentó complacida, refiriéndose a mi nueva postura vital, que me estaba transformando en otro egipcio más. Eso era posible, porque no podía evitar percibir continuamente una nueva manera de comportarse ante la vida a mi alrededor. Ciertamente, para los cairotas, el tiempo que pasaban en apariencia sin hacer absolutamente nada, sentados en las amplias terrazas de los cafés, era lo único importante. Tuve la sensación de que el destino se había fijado en mí a tiempo, como advirtiéndome que no debía seguir por aquel sendero equivocado, que realmente no me conducía a ninguna parte.

Mientras tanto, en Egipto estaban ocurriendo muchas cosas. La política del país se encontraba en un periodo de efervescencia. Nasser, frecuentemente parecía querer empujar el carro más deprisa que los caballos y poco a poco comenzó a aparecer un estado de fuerte tensión en la gente, sobre todo contra nosotros, los europeos. Fue como si de

repente aquel pueblo tranquilo, afable, aparentemente acostumbrado a ser sometido, hubiese encontrado un motivo para mirarnos de otra manera. Sobre todo en El Cairo, porque los campesinos de las riberas seguían igual que siempre, como si nada ni nadie pudiese alterar su ritmo.

Recuerdo que a final de abril de mil novecientos cincuenta y tres, decidimos los tres tomarnos unos días de vacaciones. Un mercader, viejo amigo de tía Carla, como empezábamos a llamarla, se prestó a llevarnos río arriba hasta Luxor en una faluca, un tipo de barco de vela tradicional de unos quince metros de eslora, muy frecuente en el Nilo, que parecía poder remontar la corriente con facilidad. La tripulación estaba compuesta por un patrón y dos ayudantes que vestían una especie de túnicas de rayas azules y blancas. Eran una gente encantadora y apenas subimos a bordo nos sentimos en aquel pequeño velero como en casa. Teníamos a nuestra disposición dos mínimos espacios, a los que no me atrevería a llamarlos camarotes, pero suficientes para poder dejar las mochilas o tendernos a dormir un rato al mediodía, cuando el calor comenzaba a apretar a pesar de la suave brisa del río.

David seguía igual que siempre, hablando en árabe con asombrosa facilidad, haciendo irónicos comentarios sobre todo lo que veía e intentando convertirse en el líder.

No podía evitarlo. Su carácter era complejo. A veces aparentaba una exquisita sensibilidad y al segundo siguiente aparecía alguien opuesto a todo, incluso brutal.

En aquella tranquila travesía estuvo a punto de que aquella fuerte personalidad le costase cara. A la altura de El Faijum, a unas veinticinco millas al sur de El Cairo, una imprevista ráfaga de brisa hizo volar el sombrero de paja que protegía la cabeza de Sarah. Fue sólo un instante, pero el sombrero flotó río abajo a casi cincuenta metros de la faluca. De repente, sin pensarlo, irreflexivamente, David se lanzó al río y comenzó a dar fuertes brazadas de “crawl” a favor de la corriente. En pocos segundos se había alejado una distancia

considerable del velero.
Sarah y yo nos quedamos estupefactos. No terminábamos de asombrarnos de sus imprevisibles reacciones, pero también pudimos observar la alarma en nuestra tripulación. El patrón, Mustaphá, con una enorme habilidad y dando pruebas de unos reflejos impensables en un hombre aparentemente tan tranquilo, hizo virar la embarcación en redondo. Tanto, que también estuve a punto de irme al agua, arrastrando incluso a Sarah que se encontraba junto a mí. Pero enseguida maniobró las velas y la faluca ganó velocidad, dirigiéndose río abajo a favor de la corriente, hacia el pequeño punto en que en apenas unos instantes se había convertido la cabeza de David.
Sarah me apretaba con fuerza el brazo. A pesar de la terrible tensión del momento, no pude por menos que fijarme en lo bella que era. Una ligera túnica blanca permitía adivinar sus formas recortadas contra el sol y me sentí excitado. Eso me hizo avergonzarme de mí mismo. Nuestro amigo estaba a punto de ahogarse y sin embargo yo no podía evitar desear a Sarah con todas mis fuerzas.
Pero era realmente una aterradora situación y ambos nos sentíamos angustiados, porque de improviso, entrevimos una nueva imagen del plácido río. Parecía de pronto inmenso, desproporcionado, oscuro y amenazador, capaz de devorar a quien lo retase.
Sin embargo David era indiscutiblemente un hombre afortunado. En unos minutos que se hicieron eternos, Mustapha maniobró con gran habilidad y consiguió acercarse a él, mientras Kamal y Tadj le lanzaban una gruesa cuerda de cáñamo, a la que con un último esfuerzo pudo asirse.
Increíblemente, había sido capaz de recuperar el sombrero de Sarah. Cuando pudo subir a bordo lo llevaba asido a la boca mordiendo el ala y a pesar del terrible esfuerzo realizado, aun pudo ofrecérselo, al tiempo que hacía una galante reverencia, como quitándole importancia a su gesto, mientras se derrumbaba agotado sobre la cubierta.
No quiero decir que aquella exhibición me molestó, pero de nuevo sentí una irreprimible punzada de celos, porque comprendí que él era otra clase de hombre y que yo jamás podría hacer algo semejante,

aunque sólo se tratase de una estupidez y una locura como la que él acababa de cometer.

David me observaba, empapado, respirando fatigosamente, con sus brillantes ojos castaños mirándome fijamente, como queriendo estudiar mi reacción. En aquel mismo momento me pareció evidente que ambos, casi sin saberlo, estábamos inmersos en una competición por Sarah. Ella seguía mirando imperturbable hacia el sur, como un bello mascarón de proa, ajena aparentemente a la nueva situación que de pronto se había creado entre nosotros.

Aquel mismo atardecer tuve una buena prueba de ello. Amarramos la faluca a un minúsculo embarcadero que se utilizaba para suministrar víveres y mercancías a las aldeas cercanas, dispuestos a pasar allí la noche. Sabía que cerca de allí se encontraba la casi desconocida pirámide de Maidum. Además Mustapha, en un deplorable inglés, me explicó que aquel lugar era una maravilla, e insistió en que nadie debería pasar por allí sin contemplarla. Me empeñé entonces en ir hasta ella, aunque ni Sarah ni David parecían querer acompañarme. Era algo pueril, pero estaba obcecado y decidí ir solo, tenía que demostrarme a mí mismo que tenía plena confianza en ellos y también en mí. Me despedí y sin coger más que una pequeña cantimplora de agua bajé del velero, intentando expresar una seguridad y una decisión que en modo alguno sentía. Crucé a buen paso la pequeña aldea y un grupo de chiquillos que jugaban me siguió un largo trecho hablándome en árabe y riéndose de mí, imitando burlonamente mi forma de andar, lo que me hizo sonreír a pesar de todo. Luego, de repente, mientras gritaban algo incomprensible me abandonaron. La tarde estaba cayendo rápidamente y antes de darme cuenta, en apenas unos minutos se había convertido en noche, pero la luna brillaba de tal manera que me permitía ver bastante bien. Pensé que las estrellas parecían cercanas luciérnagas.

Me sentí satisfecho de haber tomado aquella decisión. Tenía necesidad de estar solo y podía disfrutar de mi propia soledad, mientras caminaba a buen paso por un polvoriento y estrecho camino entre cañaverales y palmeras. De pronto, sin apenas darme cuenta, me encontré andando entre enormes piedras. Me asombró un cambio tan

radical, pero adiviné a lo lejos, en una especie de pequeña meseta rodeada de desnudas montañas de roca viva, la silueta de la pirámide que me pareció enorme y en aquella extraña penumbra, incluso amenazadora.

Quería llegar hasta ella por encima de todo. Algo me impulsaba a hacerlo, porque lo que David había hecho aquella misma mañana me obsesionaba. Recordaba su mirada de triunfo, como si quisiera expresarme con ella, que había cosas que yo nunca podría hacer. De alguna forma era como si a pesar de todo, Sarah hubiese sido suya desde aquel momento.

De pronto comprendí que me estaba portando como un chiquillo enfadado y sentí ganas de abandonar y regresar junto a ellos. Pero veía ya tan cerca la pirámide, que no podía hacer otra cosa que llegar hasta ella. Por alguna razón eché a correr hacia ella, como si sintiese en mi interior el extraño magnetismo que emitía. Sin embargo, estaba mucho más lejos de lo que aparentaba y a pesar de correr durante un largo rato, parecía burlarse de mí, manteniéndose siempre a la misma distancia. Seguí corriendo como un poseso a la luz de la luna notando una extraña y creciente sensación de temor en mi interior, convencido de que la locura de David se me había contagiado, porque no tenía sentido nada de lo que últimamente estaba haciendo. El hecho de sentirme enamorado de Sarah tampoco justificaba aquello. Pero a pesar de todo, incluso siendo consciente de ello, me sentía extrañamente feliz, como si finalmente hubiese podido liberarme de los absurdos prejuicios que siempre me habían obsesionado y que me habían impedido llegar a serlo.

Creo que debí pasar mucho tiempo corriendo antes de llegar hasta la pirámide. Me sentía eufórico, pero también totalmente agotado y me senté en una de las grandes piedras de su base. Miré hacia arriba y vi una increíble altura de roca recortándose contra el cielo. Entonces, respirando fatigosamente, me tendí en la lisa piedra y miré hacia el firmamento. De nuevo me sorprendió la enorme cantidad de estrellas que parecían querer desplomarse sobre mí.

Para cuando quise darme cuenta, sentí frío. Era un inexperto en aquellos parajes y desconocía la radical diferencia entre la

temperatura del día y de la noche en el desierto. Sin embargo, era consciente de que me encontraba muy alejado del río y comprendí lo que aquella mañana había debido sentir David al hallarse solo, nadando en el centro del Nilo, sabiendo que se encontraba al límite de sus fuerzas y de que tal y como nos había explicado a Sarah y a mí, con aquel sentido dramático y cínico al tiempo, como notaba que los seres mágicos que existen dentro de los ríos, tiraban de él hacia abajo invitándole a dejarse arrastrar, lo que, confesó sonriendo, había estado a punto de aceptar.

Fue entonces cuando por primera vez en toda mi vida, comprendí la fragilidad del ser humano frente a la naturaleza. Aquella noche, tendido en una piedra, colocada alguna vez allí por alguien tan lejano para mí como aquellas remotas estrellas, sintiendo en mi espalda el calor almacenado del sol a lo largo del día y en mi pecho el frío de la noche, pude entender muchas cosas. Hacía miles de años, gente como nosotros se afanó duramente por construir el paraíso. No había ningún lugar en la tierra como aquel. No sólo para mí. Había sido la elección de unos seres míticos, casi sobrehumanos, capaces de crear las mayores maravillas, en una época tan lejana que desaparecía en la noche de los tiempos.

Allí en la absoluta, terrible soledad, en la que me encontraba, tomé la decisión irrevocable de permanecer en Egipto todo el tiempo que pudiese, porque Europa, la avanzada y culta civilización a la que se suponía pertenecía, me parecía muy distante no sólo en el tiempo y el espacio. Sentía la sensación de llevar allí toda la vida.

Más tarde retorné por el mismo camino andando lentamente. Escuché varias veces la melancólica llamada de los chacales a lo lejos. Adivinaba un lejano horizonte, como una línea fluorescente que recortaba las montañas. Aquello sólo podía ser el Nilo. La línea de la vida. Paradójicamente, no sentía miedo alguno a aquella tremenda soledad; muy al contrario, era quizás la primera vez en mi vida en que realmente “sentía”. Notaba vibrar hasta la última fibra de mi ser.

Después de caminar casi dos horas volví a cruzar la invisible frontera entre el desierto y el edén lujuriante de verdor que anunciaba ya la cercanía del gran río.

Estaba deseando contarles a Sarah y a David mis sensaciones, porque sentía dentro de mí una rara inspiración, algo que me hacía comprender los sentimientos de los que una vez, hacia muchos siglos, habían elegido aquellos lugares para crear una civilización impresionante, siendo plenamente conscientes del sentido de la vida y de la muerte. Reflexioné, convencido, que en Ginebra, en París, en Londres la gente alienada, privada del verdadero conocimiento, pasaba su vida sin entender nada acerca del auténtico sentido de la vida.

Al cabo de unas horas, muy cansado por el esfuerzo y las emociones, crucé de nuevo la aldea, para entonces en absoluto silencio. Sólo una pareja de pequeños perros de color blanco, como dos amistosos fantasmas, vinieron a recibirme, olisqueándome, reconociendo al mismo que había pasado aquella tarde por allí.

Mustapha y sus dos marineros habían decidido pernoctar en tierra firme. Los restos de una pequeña hoguera, todavía humeante, se encontraban formando un vivac y los tres se encontraban durmiendo a pierna suelta, envueltos en unas viejas mantas de color de arena, tejidas probablemente con lana de camello. Aquellos hombres pertenecían a un mundo concreto en el que tenían plena confianza. A diferencia de otros que como yo dudábamos permanentemente, sin saber en realidad cual era nuestro lugar en el mundo. Al pasar junto a ellos, miré los bultos arrebujados y sentí envidia.

La embarcación se hallaba a oscuras y silenciosa, las velas recogidas parecían larguísimos dedos señalando al cielo que lentamente giraba sobre nosotros, mostrándonos, como una vez lo debían haber percibido los antiguos egipcios, el equilibrio entre el cielo y la tierra, como si ésta fuese también una descomunal barcaza que nos transportaba, no sabíamos adonde, ni por qué.

Cuando salté a bordo y me asomé a través de una pequeña escotilla, encontré en uno de los pequeños camarotes a David y a Sarah abrazados, totalmente desnudos, abandonados el uno al otro, como si nada más les importase, durmiendo plácidamente. Comprendí en aquel mismo instante que la gesta de David había marcado definitivamente la diferencia. Una especie de pequeño ventanuco

permitía entrar la claridad de la luna y dibujaba sus cuerpos en la penumbra, recortándolos y haciéndolos hermosos en su absoluta entrega.
Cerré despacio la pequeña trampilla, pero al hacerlo, no pude evitar que chirriase ligeramente y en el último instante, creí ver el destello de una fugaz mirada de David, que parecía expresarme su inequívoco triunfo.

Aun después de haber comprobado que David había conseguido a Sarah, no me rendí. Estaba por entonces lleno de buenas intenciones y paradójicamente, tener la certeza de aquel hecho hizo desaparecer definitivamente mis celos.
La mañana siguiente amaneció como todas las anteriores, radiante. El disco solar asomó por el este haciendo renacer el largo paraíso a ambos lados del río. La faluca seguía imperturbable río arriba, la enorme masa de agua bajaba hacia el Mediterráneo, arrastrando trozos desgajados de plantas acuáticas, troncos de palmera sobre los que se posaban exóticas aves, cañas y también muchas otras embarcaciones que seguían el curso fluvial, el viejo camino conocido, que como una arteria llevaba los fluidos vitales a las plantaciones de algodón, cáñamo, lentejas y a los pequeños huertos familiares donde veíamos a las mujeres afanándose en sus tareas, recogiendo gran parte del sustento cotidiano.
En la faluca íbamos todos silenciosos. David seguía durmiendo bajo cubierta, agotado aún por el increíble esfuerzo y sobre todo por lo que una vez Ovidio había definido como “Ars Amandi”. Sarah estática en la proa observaba la ribera occidental, ya que navegábamos apenas a cincuenta yardas de ella y no parecía importarle ninguna otra cosa. Mustapha llevaba asida la larguísima caña del timón y los marineros parecían también adormilados. Era un buen momento para meditar y por alguna razón no podía dejar de mirar atrás en mi vida.
Nunca había sido demasiado liberal o al menos eso era lo que siempre había creído, convencido de que el rígido esquema en que se había desarrollado mi niñez, mi juventud, toda mi existencia hasta entonces,

me impedía llegar a comprender siquiera lo que era el verdadero sentido de la libertad. Sin embargo, de aquella extraña forma lo estaba descubriendo y notaba con euforia que sin saberlo, sin apercibirme de ello, de alguna manera también lo poseía.
Era por esa causa, por lo que en mi nuevo "rol" no quería sentirme afectado por la situación. Reflexioné que quizás en otro momento de mi vida, cuando aún no había comprendido el nuevo sentido que las cosas y circunstancias tenían para mí, no hubiese sido capaz de reaccionar.
Pero aparentemente Sarah me sonreía exactamente igual que antes y reflexioné con una cierta tristeza, que ni ella ni David sentían el más mínimo arrepentimiento por lo sucedido aquella misma noche, porque según su criterio y su moral, su comportamiento era normal y ético. Era yo el que me engañaba creyendo que podría poseerla totalmente, sin contar siquiera con ella.
Mientras la cálida brisa me acariciaba el rostro, comprendí de pronto como una especie de iluminación, que no se podía poseer el viento, ni la lluvia, ni contar todos los granos de arena del desierto y con un poso de amargura, de la que todavía no había conseguido librarme definitivamente, supe que Sarah nunca sería exclusivamente mía y que todo lo más podría quizás poseerla un solo instante, para ver luego como se alejaba sin poder retenerla. Pero al menos, durante ese breve lapso, ese momento, por mínimo que fuese la habría tenido entera para mí y podría conservar dentro ese recuerdo como una preciosa joya para siempre.

Después de aquel arriesgado crucero, volvimos los tres al Cairo y al menos por lo que a mí concernía, aceptando la nueva situación, porque a pesar de todo, quería seguir con ambos y no aventurarme a perder a ninguno de los dos. A fin de cuentas, tenía la impresión de que David simplemente había llegado antes a la meta.
Al pasar los días, a pesar de mi voluntad de aparentar que nada había ocurrido, noté como la relación entre los tres se enfriaba. Luego reflexioné que no eran ellos, pues su comportamiento para conmigo

no se modificó en lo más mínimo. Intenté entonces apartarme, no ser obstáculo para la relación entre Sarah y David. Pero no era eso lo que ellos esperaban de mí y debo decir que se quedaron tan sorprendidos como yo. No percibían nada extraordinario en su actitud y tuve que reflexionar que debía adaptarme a un nuevo sistema de entender y gozar de la vida. El problema seguía siendo mi dificultad de comprender simplemente que podía disfrutar o no de cada momento, esa era mi elección, como la de ellos era elegirme como su amigo, o como en el caso de Sarah, su amante.

Me encantaba permanecer en el jardín. Siempre había amado el aire libre y aquello era ya lo más cercano a la libertad que podía permitirme en Ginebra. Reconocía que no era un mal lugar para vivir, allí tenía todas las comodidades, pero notaba algo parecido a la asfixia. Sabía que era algo psicológico, pero no podía vencerlo.
Me levanté y comencé a pasear por el sendero de gravilla. El viejo mirlo que también compartía un retiro conmigo, comía frente a mí, agachándose, como queriendo pasar desapercibido. Él también debía de echar de menos otros lugares.
Luego me introduje en el porche. El débil sol había dejado de brillar y noté una terrible sensación de soledad.

4. LA EXPLICACIÓN

Ginebra no era el lugar donde prefería vivir. Pero aún así algo en ella me atraía. Quizás era algo morboso, como si tuviese conciencia de que aquel lugar y probablemente toda Suiza, eran algo así como las antípodas del Norte de Africa. Sólo nos separaban tres mil kilómetros, una distancia cada vez más pequeña, pero me daba la impresión de encontrarme en otra galaxia. Tendría mucho que ver en ello la comparación de mi actual torpeza, con el recuerdo de una época de mi vida en la que sentía la plenitud. La sensación de ir perdiendo las facultades era lo que más me había hecho sufrir a lo largo de todos aquellos años. Ver aparecer, una tras otra, las manchas oscuras en la piel de mis manos, de mi rostro, como antiguos tatuajes de aquel sol increíble, radiante, que una vez me había acariciado.

Ahora todo aquello no era más que un recuerdo. A lo largo del tiempo me había ido transformando paulatinamente en un hombre tranquilo, que sólo aspiraba a recordar una parte de su vida. Ese era mi mayor tesoro y también mi mayor preocupación. Pensar que todo aquello pudiese llegar a borrarse de mi mente, con el inexorable paso de los días, al igual que los minúsculos granos de arena arrastrados por el viento terminan por pulir las duras piedras grabadas, de tal manera que lo que allí está escrito va desapareciendo, haciéndose poco a poco incomprensible, hasta que un día, el simple roce de un último y minúsculo trozo de cuarzo de apenas unas décimas de milímetro, termina por borrar definitivamente todo lo que una vez estuvo grabado.

Esos pensamientos me obsesionaban y me impedían pesar en otra cosa, no permitiéndome ni tan siquiera escribir. Para evitarlos, me refugiaba en la biblioteca, contemplando la dramática vista desde la ventana.

Desde allí veía el Ródano saliendo rugiente, encajonado, del lago y no podía evitar compararlo con el Nilo, más tranquilo, pero aquel enorme, como a otra escala.

Mucho más tarde, cuando me retiré, comprendí que la decisión de vivir en Ginebra no había sido una buena idea. Mis pulmones se habían habituado a otros climas más cálidos y no me sentía bien allí. Aunque sabía que en el fondo, todo lo que me ocurría no eran más que excusas y que mi inquietud la producía sólo la vejez y la convicción de que ya nunca más podría volver a vivir, en el pleno sentido de la palabra, como lo había hecho en Egipto primero y luego en Túnez, Argelia y Marruecos, antes de retornar a El Cairo. Me sentía en deuda con la vida. Durante aquellos años, aún a costa del terrible esfuerzo que constantemente tenía que realizar para intentar quitarme a Sarah de la cabeza, había tenido extraordinarias vivencias y emociones, lo que probablemente no habría sucedido si mi vida hubiese transcurrido plácidamente en París o en Ginebra, quizás como profesor de historia en la universidad, una profesión para la que en mi primera juventud creía estar destinado. A pesar de haber vivido una época de guerras, revueltas, golpes de estado, revoluciones, el hecho de conocer a fondo aquellos países había significado tanto para mí que no podía dejar de pensar y recordar lo maravillosa que había sido mi vida allí.

El diario seguía sobre la mesa del comedor, tal y como lo había dejado a mi vuelta de París. Me parecía imposible que en aquel pequeño cuaderno se encontrase concentrada una parte tan importante de mi vida. Probablemente la más transcendente para mí. Tenía la absurda impresión de que no debía abrirlo aún, como si estuviese esperando a alguien para hacerlo. Por otra parte, recordaba todo lo que yo había escrito en él, sin forzar para nada la memoria, lo que era paradójico porque últimamente se me olvidaban las cosas, incluso los nombres de las personas a las que había visto apenas hacía unas horas. Sin embargo, increíblemente, podía llegar a recordar página a página, renglón a renglón, todo lo que allí estaba escrito, como si estuviese grabado en mi mente con un escoplo, una herramienta similar a los que alguien remoto había utilizado para grabar las piedras.

Era una especie de temor por abrirlo el que sentía. Algo estúpido y sin embargo real, porque presentía que si lo hacía podrían escaparse de él los viejos espectros que una vez habían significado tanto para mí y si lo lograban, podrían alterar definitivamente el resto de mi vida.

Nunca he creído en fantasmas. Pero no podía evitar relacionar el diario con la muerte de David, como si se tratase de un mensaje del más allá. Algo así como una especie de llamada que yo estaba desatendiendo al obrar de aquella manera.

Unos días más tarde vi que Louise, mi ama de llaves, lo había colocado en la librería junto a otros diarios posteriores. No había podido librarme de esa parte de mi educación. Me habían impregnado de método y eso había hecho que me gustase llevar siempre un diario, aunque en el fondo de mi corazón estaba convencido de que nunca más iba a leerlos. Louise era una mujer terriblemente ordenada, casi neurótica y no le gustaba mi afición por ir dejando las mesas cubiertas de libros, revistas y cuartillas a medio escribir. Aliviado al verlo entre otros similares, dejé de pensar en él por una temporada.

Intenté olvidarme de él. Fue un acto consciente y voluntario, como si algo me impidiese seguir ahondando en todos aquellos recuerdos. Pero a pesar de ello pensaba constantemente en Egipto, en mi vida allí y sobre todo en una mujer como no había conocido ninguna otra.

Las experiencias de aquellos lejanos días me habían cambiado rápidamente, pero por encima de cualquier otra, recordaba permanentemente la noche en que entré arrastrado por Sarah en aquel patio andalusí, en el abigarrado palacete de Carla Mattei. Verla por primera vez junto a mí, fue como una revelación, como si en aquel mismo momento se hubiesen abierto para mí las puertas del paraíso.

Pero en quien no podía dejar de pensar era en Camille. Había tenido la certeza de que con la desaparición de David Foreman, también iba a terminar definitivamente el acto final de un largo drama. Sin embargo no era así. Había aparecido Camille, un personaje fundamental con el que hasta entonces no contaba.

Llamó una mañana cuando yo no estaba en casa. Me había ido a la

Biblioteca Municipal como otros muchos días. Allí en aquel remanso de paz, rodeado de libros encontraba toda la información que necesitaba para el ensayo sobre Nasser que estaba preparando, pero ante todo hallaba la serenidad que últimamente no tenía.

Cuando llegué, Louise me explicó excitada que había llamado una señora. Para ella se trataba de un verdadero acontecimiento, porque hacía demasiado tiempo que no llamaba nadie. Mencionó que había dejado un nombre y un teléfono. Era Camille. La llamé inmediatamente y al hacerlo sentí dentro de mí algo parecido a una inyección de adrenalina. Eso ya no me ocurría casi nunca y me sentí casi avergonzado, porque sólo yo sabía que en el fondo de mi corazón, aún seguía enamorado de Sarah y su hija era una reedición exacta de ella. Una voz contestó por el auricular, era ella. Estaba en Ginebra, en el hotel Rex, muy cerca de mi casa. Dijo que quería verme cuanto antes y apenas pude tartamudear que iría inmediatamente.

Cuando colgué el aparato me quedé algo aturdido. Recordé el diario que ella me había entregado y que aun no había leído. No sabía que podía pretender de mí con tanta urgencia, aunque la verdad era que me moría de ganas de volver a verla. Éramos unos extraños desconocidos. Quizás su madre le había hablado de mí, como de alguien a quien una vez conoció en Egipto. En cambio yo seguía absolutamente marcado por aquella lejana relación. Toda mi vida había girado alrededor de Sarah. En el instante en que apareció Camille sentí dentro de mí como si algo hubiese culminado.

La llamada había reavivado los recuerdos y eso me afectó de una manera especial. Pero reaccioné enseguida, llamé un taxi, ya que era muy difícil encontrar aparcamiento en aquella zona y mientras lo esperaba, me cambié de chaqueta y me lavé la cara con agua fría en un gesto compulsivo. ¿Qué podía querer Camille de un viejo como yo?

Me bajé del taxi en la misma puerta del hotel. Había dejado de llover y a través de los cristales del vestíbulo la vi sentada en el salón junto a recepción. Me pareció todavía más joven que el día en que la conocí. Me detuve con el corazón golpeándome el pecho, emocionado. Me pareció bellísima, tenía el perfil clásico de una virgen italiana del “cuatrocento”. Me aparté de la cristalera antes de que ella me viese;

pensé que había algo que hacía diferente a aquella mujer de todas las demás. De nuevo, como sumergido en una paradoja temporal, me pareció estar viendo a Sarah.

Al acercarme a ella, me miró sin evidenciar sorpresa alguna, se puso en pie con un elegante gesto, se acercó y me besó ambas mejillas. Era la segunda vez que la veía, pero tenía la impresión de que nos conocíamos profundamente. Algo así como una intensa empatía nos envolvía. Luego, durante unos segundos nos quedamos mirándonos, observándonos en silencio en aquel bullicioso salón lleno de gente que entraba y salía.

Era igual, idéntica, como si se tratase de un clon de Sarah. Tenerla tan próxima me hizo pensar que realmente no habían pasado cuarenta años. Sólo apenas un instante y que Sarah seguía allí, manteniendo conmigo una larga conversación inacabada sobre el tema que a ambos nos apasionaba entonces. Egipto.

Camille hizo un leve y gracioso gesto con las manos. Allí no podíamos hablar, había demasiada gente. Le propuse entonces ir a comer a un pequeño restaurante cercano, en una ladera a la orilla del lago. Asintió aliviada y salimos de allí mientras ella se cogía naturalmente de mi brazo.

En el taxi apenas si pronunciamos palabra. Al menos yo no podía ni articularlas. Me sentía embargado de una profunda emoción, porque recordaba exactamente, como si me sintiese transportado en el tiempo y en el espacio, la última vez que Sarah y yo habíamos ido juntos en su vehículo, por supuesto mucho más antiguo que aquel, atravesando El Cairo. La visión de mis manos llenas de venas, arrugadas, me devolvió a la realidad, aunque cada vez estaba más convencido de que la realidad tampoco existía. Sólo un instante vertiginoso, tremendamente largo, que comenzaba exactamente en el mismo momento en que tomábamos conciencia de ello.

En pocos minutos llegamos hasta el lugar en el que le había propuesto almorzar. Era un sitio precioso y acogedor, parecido a un refugio de montaña, con enormes vigas de madera y una gran chimenea de piedra al fondo del salón. Toda la fachada que daba al lago era una gran cristalera y a través de ella, muy a lo lejos, se adivinaba el geiser.

Estábamos solos; aquel restaurante se llenaba por la noche, pero a mediodía nunca había nadie. Eso era exactamente lo que me más gustaba. André, el propietario se acercó sonriendo; hacía ya demasiado tiempo que nos conocíamos. De mutuo acuerdo nos pusimos en sus manos. Era muy difícil elegir, porque toda la carta era exquisita.

Mientras nos servían, tomamos una copa de jerez. A pesar de mi edad y de toda mi experiencia, me sentía nervioso, porque Camille me observaba con detenimiento, como intentando descifrar algo particular en mis rasgos.

Tuve que rogarle que no me mirase de aquella manera. Me pidió disculpas sonriendo y me sentí culpable. En modo alguno quería enturbiar aquella relación. Tenía miedo de que todo terminase de nuevo, porque sentía una extraña atracción por aquella mujer.

Camille alargó la mano por encima de la pequeña mesa y tomó la mía. Su piel era suave, tersa, joven. Sus dedos nerviosos se entrelazaron con los míos en un gesto de cariño. No terminaba de comprender, terminé la copa de un trago, como queriendo coger fuerzas y entonces fui yo el que se quedó mirándola fijamente.

El tiempo había cambiado en pocos minutos y comenzó a llover, mientras unas ráfagas de viento impulsaban las gotas de lluvia contra los cristales. Eso ocurría con bastante frecuencia en Ginebra, pero me pareció algo así como una premonición y a pesar de que estaba a punto de comenzar el verano, sentí un escalofrío y me apresuré a llenar de nuevo las copas, mientras André encendía la chimenea a pesar de que le insistí en que no lo hiciera.

Permanecimos en el restaurante hasta media tarde. Después de comer, Camille me habló largamente del padre de David, John Foreman. De un hombre al que yo no había conocido, porque había fallecido apenas unos meses antes de mi primer encuentro con su hijo en la embajada inglesa.

Pero sí sabía que aquel hombre había tenido mucha influencia en la forma de ser de David. También, que gracias a él, se le abrieron muchas de las herméticas puertas de El Cairo en aquella época. Quizás Camille quería explicarme el por qué de algunas cosas que no

comprendí entonces. No tanto como justificarlas, como sí al menos para que las pudiese entender desde su origen.

Mientras ella hablaba, no podía por menos que pensar en su madre. Me la recordaba con tanta precisión, hasta el menor detalle, que hubo un instante en que casi tuve que pellizcarme. Por otra parte era plenamente consciente de que todo aquello me estaba cogiendo en un momento de mi vida, en donde las cosas no tenían ya la importancia ni la transcendencia que parecían haber tenido alguna vez. Sólo me quedaba el recuerdo agridulce de unos tiempos pasados, con la triste sensación del que ha malgastado su único patrimonio, sin haber sido capaz de exprimir hasta la última gota de todas y cada una de las sensaciones vitales que una vez ha tenido

Por eso, el hecho de tener de nuevo a Camille, de alguna manera era como haber recuperado a Sarah. Algo que el tiempo implacable casi me había hecho perder, difuminarse, volvía con una fuerza que creía perdida, haciéndome encontrar, muy dentro de mí, los mismos sentimientos que una vez me poseyeron. Era como si mi mente fuese un viejo y polvoriento almacén y en él hubiese cajas intactas, selladas hasta entonces, pero que al abrirlas se encontraban llenas de memoria tan real que a mí mismo me asombraba el poseerla.

Salimos de allí a media tarde. Nunca me habían gustado las largas sobremesas, pero en honor a la verdad, el tiempo había pasado volando mientras escuchaba y observaba a Camille.

Le ofrecí de nuevo el brazo. Un gesto quizás pasado de moda, pero que ella aceptó. Pensé que quizás aún después de haber desaparecido definitivamente, David seguía influyendo en todos nosotros, como si su espíritu burlón y cínico, quisiese alterar nuestras burguesas vidas.

Para mí al menos, Camille era con absoluta certeza hija de Sarah y de David. Últimamente había pensado mucho en ello, lo había reflexionado hasta la saciedad, sin ser capaz de comprender por qué me había ocurrido aquello. Por qué habían tenido que ocurrir todos aquellos absurdos acontecimientos. Por qué David no había sido menos ambicioso, más humano, más parecido al joven que yo un día conocí. Entonces, durante un tiempo, me pareció noble y desinteresado. Después, por alguna razón, los mismos que me habían

mostrado las puertas del paraíso, se habían negado a dejarme entrar acompañándolos.
Debo reconocer que hubo un momento en que hubiese sido capaz de compartir a Sarah con David. Todo antes que perderla totalmente. Incluso hubiese sido generoso con ellos, porque era plenamente consciente que era preferible un trozo del Edén, que nada.

Mientras caminábamos por el sendero que nos llevaba hasta la carretera situada un poco más arriba, podíamos ver como caía rápidamente la tarde, para ocultarse tras las enormes montañas que asomaban entre las nubes. Camille iba silenciosa a mi lado. No podía adivinar sus sentimientos, pero mi experiencia me decía que se hallaba muy emocionada y no me atrevía a romper aquel momento.
De nuevo cogimos un taxi que nos llevó a mi casa. Allí podríamos seguir hablando con tranquilidad. Quería saber más sobre ella. Lo único verdaderamente importante era que estaba conmigo y que parecía demostrarme un especial cariño, como si hubiésemos sido viejos amigos que volvían a encontrarse después de una larga ausencia.
Nos sentamos en la biblioteca. Había anochecido y de nuevo llovía muy intensamente sobre Ginebra. La tenue luz de una lámpara de lectura nos iluminaba y el ligero reflejo dorado sobre el rostro de Camille, me hacía recordar el tono de piel de Sarah.
Sin pensarlo, me dirigí a la estantería y extraje el diario que Camille me había entregado en París y que aún no había querido leer, porque prefería recordar las cosas de una determinada manera, aún siendo consciente de que el tiempo y las circunstancias podían haberlo deformado todo. Pero eran en definitiva mis recuerdos y pensaba que no quería verlos alterados por una realidad escrita hacía ya demasiado tiempo.
Ambos nos quedamos mirando hipnotizados el viejo cuaderno. Tuve que poner una expresión muy rara, porque Camille comenzó a sonreír y me di cuenta de que no sólo era el increíble parecido con su madre, sino que también las reacciones y el sentido del humor eran idénticos.

Me sentí intrigado. Quería que me explicase su punto de vista sobre la personalidad de aquel hombre al que yo no había conocido más que por referencias, pero que parecía haber tenido una gran importancia en el desarrollo de David.
La animé a seguir su narración. Parecía tener un profundo conocimiento de las circunstancias y a pesar de que yo había vivido alguna de ellas casi como protagonista, quería llegar a saber más porque cada vez me daba más cuenta de que nunca pude llegar a conocerlo realmente y de que él jamás me dijo todo lo que sabía.
Camille me pidió permiso para fumar. Hice un leve gesto, como queriendo decirle que podía hacer lo que deseara. Dejándome llevar por los sentimientos añadí que se hallaba en su casa, que me gustaría que dejase el hotel y viniese a ocupar una de las muchas habitaciones que estaban vacías. Era una casa grande, demasiado grande para Louise, mi ama de llaves y para mí. Los días en que eventualmente había tenido invitados habían terminado, pero me alegraba pensar que ella pudiese permanecer allí, aunque fuese sólo por un corto espacio de tiempo. Me hacía la ilusión de que aceptase y ella, al ver mi expresión afirmó con la cabeza, aunque comentó que sólo podía quedarse un par de días. Luego, cuando ya ambos nos encontrábamos más relajados, prosiguió con su narración; parecía querer descargarse de todos aquellos recuerdos, como si el hecho de compartirlos conmigo significase mucho para ella. Hablaba con una voz dulce pero melancólica al tiempo y yo la escuchaba hipnotizado, al ver pasar de nuevo por mi mente como en una película, aquellos tiempos que tanto habían significado para mí.

David Foreman apenas había tenido relación con Camille. Se había separado de Sarah a los pocos meses de nacer la niña. Luego sólo la vió una vez, al cabo de muchos años, poco antes de que Sarah muriese en un sanatorio privado en Houston.
Entonces, me explicó Camille, nadie había llamado a David, ni tampoco se explicaba como él se había enterado de la situación, pero a pesar de todo, en los últimos momentos apareció de repente en la

clínica y se quedó allí hasta que Sarah murió. Más tarde, cuando la ceremonia terminó, habló largamente con Camille y le pidió seriamente que se fuese a vivir con él. Ella no aceptó el ofrecimiento, pero se dió cuenta de que aquel hombre quería demostrarle un afecto quizás tardío. Le contestó casi por compasión que iría de vez en cuando a París y que no tendría inconveniente en visitarlo.

Ese solo gesto pareció consolarlo. Era un hombre mayor, David tenía por entonces cerca de sesenta y cinco años y fue en aquel mismo momento cuando él le comunicó, aclarándole que lo había hecho por su propia voluntad, que la había designado como su heredera universal.

Camille se mostró sorprendida. En modo alguno se esperaba aquello y se lo agradeció. Pero a pesar de todo, había una gran distancia entre ellos y cuando terminó el duelo, ambos volvieron a sus respectivos destinos. Aquella misma tarde, ella cogió un vuelo a Nueva York, donde estaba trabajando como traductora de árabe para las Naciones Unidas.

David Foreman volvió a París. Cuando Camille le había preguntado sobre su vida, él mencionó que ya no hacía nada en especial. Le había explicado que se dedicaba a leer y a pensar. Eso era todo. Comentó que hacía tiempo que le habían jubilado anticipadamente, alegando razones de salud. Aunque en los círculos diplomáticos, que Camille compartía por su trabajo, todo el mundo creía saber que habían otras importantes razones por las que se había visto obligado a retirarse del mundo diplomático.

Luego permanecieron muchos meses, años sin verse. Camille recibía cartas mensuales, unos sobres largos, de color crema, escritos a mano, con una letra pequeña y pulcra. Pero no los abrió, simplemente los dejó formar un pequeño montón encima de una mesa auxiliar. Un día, al verlos pensó que en el fondo de su alma odiaba a aquel hombre que nunca le había dado cariño, ni un hogar, ni se había preocupado realmente de su madre hasta el día en que murió.

Pero inmediatamente se arrepintió de aquel sentimiento y reflexionó que quizás se estaba equivocando. A fin de cuentas, David Foreman era ya sólo un hombre frustrado, en el declive de su vida y no podía ni

debía comportarse así con él. Esa misma noche tuvo una llamada telefónica. Era de su padre desde París. Le confesó que no se sentía bien y que quería verla. Ella le interrogó sobre lo que estaba sucediendo y David le dijo con una voz muy tenue y frágil que los médicos le habían desahuciado. Tenía un cáncer terminal.

Al colgar el teléfono, Camille comprobó sorprendida que estaba llorando. No por David Foreman, un hombre al que apenas conocía, sino por ella misma, por una vida frustrada por las consecuencias de todo aquello y sintió de pronto como una pesada losa la soledad.

Por algún motivo, eso la hizo reaccionar y se decidió a abrir las cartas. Aquella misma noche las leyó todas; treinta y seis cartas. Tres años exactos. Fue consciente de que hacía ya bastante tiempo que su madre había muerto y que quizás había sido egoísta y rencorosa al no contestar, aunque hubiese sido sólo por cortesía, las cartas que aquel hombre, viejo y enfermo, le enviaba sin perder la fé, desde París.

A medida que las iba leyendo, vió con sorpresa que eran algo así como un diario, una especie de larga crónica narrada en primera persona, escrita por un testigo presencial de los importantes acontecimientos que entonces habían ocurrido en Egipto. Incluso alguno de ellos habían comenzado a gestarse teniendo como testigo a su propio abuelo, John Foreman Collins, durante mucho tiempo corresponsal del New York Tribune en Oriente Medio.

Eran narraciones largas, densas y se enfrascó en su lectura. Le parecieron muy interesantes, incluso escritas con un considerable estilo literario. Pero no era eso lo más importante, sino la sensación que la embargó al leerlas que ella, a su vez, de aquella melodramática manera, estaba convirtiéndose en el único testigo de una historia increíble, como si David Foreman quisiese descargar su conciencia antes de morir.

5. EL COMPLOT

Durante los días que Camille permaneció en Ginebra me di cuenta que era una mujer maravillosa. Hablaba de una manera que me recordaba constantemente a Sarah. Cuando se lo dije, sonrió y me contestó que eso era lo normal. A fin de cuentas había vivido con ella muchos años y su relación había sido muy íntima. Curiosamente, al igual que David, la había convertido en una especie de albacea de sus memorias y también le habló muchas veces de su niñez en Egipto.

Me dijo que también su madre había llevado un diario. Eso era algo totalmente desconocido para mí y le pregunté emocionado, si aún existía.

Me contestó que no. Se había quedado en El Cairo cuando Sarah tuvo que marcharse de allí, quizás se encontraría traspapelado en alguna de las cajas del almacén de Carla Mattei. Sonriendo me dijo que cuando algo se perdía, comentaban entre ellas, como en una frase hecha, que estaría en ese almacén, como queriendo decir que sería imposible que apareciese.

El paso de Camille por mi casa fue una fresca brisa que arrastró con ella la inmóvil y pesada atmósfera que últimamente notaba. Algunos momentos, cuando yo permanecía escribiendo en la biblioteca y ella aprovechaba para trabajar, siempre me recordaba que le encantaba su trabajo, la observaba, viéndola relajada trabajando concentrada bajo una de los grandes ventanales y sentía nostalgia por un tiempo que pudo haber sido y que nunca fue.

Entonces no podía evitar pensar en lo distinta que hubiese sido mi vida si Sarah hubiese participado en ella. Por las noches esa añoranza me vencía, como una obsesión y me sentía desarmado, inerme frente al cruel destino que me había privado de una vida completa.

Pero no me quejaba de los tiempos pasados. Había tenido una existencia interesante, exótica incluso, aunque siempre había echado en falta un verdadero hogar.

Luego Camille partió. Le insistí para que se quedase más tiempo, pero no pude evitar su marcha. Sabía que ella tenía su vida, su trabajo y

que debía volver a él.
Cuando volví a quedarme solo, no podía dejar de pensar en aquellos lejanos días. En todo lo que había ocurrido entonces.

Recordaba los acontecimientos de aquellos meses decisivos, en lo que entonces estaba ocurriendo en El Cairo, en la figura de Nasser que se había agigantando por días y en Faruk, que había pretendido convertirse en el último faraón, desapareciendo definitivamente de la escena, empujado por la férrea mano de aquel audaz coronel.
Sarah a la que le encantaba la política, nos explicaba la buena relación que siempre había existido entre el rey y Carla Mattei. Faruk había sido elevado al trono muy joven, con apenas dieciséis años, a la muerte de su padre, el rey Fuad. Su carácter débil y disoluto le había impulsado a frecuentar todos los lugares donde podía llevar a cabo el tipo de cosas que le gustaban. Gastar dinero, flirtear con hermosas mujeres, jugar a la ruleta. Carla sabía mucho de todo ello y el rey, al que le encantaba todo lo europeo y en especial lo italiano, enseguida simpatizó con ella.
Curiosamente, Faruk tenía suerte con el juego. Una buena racha en los casinos le convenció que era un ganador. Creyó finalmente que era un hombre afortunado, tocado de la “baraka”. Mal aconsejado, pretendió jugar entonces a otro juego más complicado, la política, esta vez con Inglaterra. Incluso había intentado alinearse con el Eje durante la guerra. Pero su falta de carácter, lo inestable de su personalidad, le habían de llevar finalmente al exilio.
Nasser por el contrario, era un pragmático antes que un idealista o un revolucionario. Pensó que si quería derrocar definitivamente a la monarquía no debía empaparse las manos con la sangre de aquel débil rey. El tiempo le dió la razón, al menos en aquello.
Eran días de cambios. Los líderes árabes adivinaban un horizonte muy diferente al que las potencias coloniales les conducían. No sólo era el paso del colonialismo a la independencia. Era algo mucho más profundo que todo eso. Dejando aparte Turquía, un país islámico que estaba intentando modernizarse, el resto vivía inmerso en una

profunda herencia tribal, sin el más mínimo sentido de pertenecer a verdaderas naciones.
Nasser comprendió que eran los años críticos y que tenía la posibilidad de moldear el barro del que disponía. Sabía que "la umma", la única nación islámica que los verdaderos creyentes propugnaban, siguiendo los dictados de El Corán, no era la solución a los profundos problemas que en el mundo árabe existían. Entonces creó el panarabismo, creyendo que esa filosofía política iba a ser el verdadero cambio que las masas anhelaban.
Pero Egipto había cambiado también en otras muchas cosas. La aparición de Masr Al Fatah, una organización ultranacionalista, de carácter fascista, por analogía con la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini, o la más radical Hermandad Musulmana fundada en mil novecientos veintiocho y dirigida por Hassan Al Banna, que pretendía purificar el Islam y que prácticamente en la clandestinidad se había ido haciendo un hueco entre los adversarios políticos del gobierno, habían cambiado definitivamente el escenario, transformando una pugna colonial, donde el adversario principal era Occidente, Inglaterra, también Francia, en un drama interior donde nuevos factores como el integrismo, el socialismo, el nacionalismo, eran las coartadas de una lucha abierta por el poder.

David me había explicado, que el movimiento de Oficiales Libres que encabezaba Nasser, había estado durante largo tiempo manteniendo unas extrañas relaciones "contra natura" con la también ilegal Hermandad Musulmana.
El padre de David, John Foreman, había sido corresponsal de prensa en El Cairo durante aquellos años y también casualmente, testigo presencial del asesinato del primer ministro, el Bajá Noqrashy en diciembre del cuarenta y ocho, cuando David tenía veintidós años. A pesar de su juventud, recordaba las feroces represalias por aquel atentado y también la muerte de Al Banna, el fundador de la Hermandad Musulmana. Una organización que se había ido convirtiendo en algo imparable; había que reconocer que al menos

una parte importante del pueblo estaba con ella y que sus líderes parecían gozar del apoyo popular.

John Foreman conoció a Al Banna a través de un amigo común, Ali Hussein, profesor de la Universidad de Al Azhar, la más prestigiosa del mundo islámico. Estaba empeñado en aprender el árabe, porque mantenía la tesis de que no se podía comprender a un pueblo si no se conocía su idioma. Él era plenamente consciente de que necesitaba hablarlo, incluso dominarlo y no era hombre que se echase para atrás por el esfuerzo, ya que si tenía algo que le hacía diferente, era una voluntad de hierro.

Una tarde John Foreman quedó citado con Ali Hussein en uno de los numerosos cafés cercanos a la universidad. Sentía una enorme curiosidad por conocer a aquel hombre del que tanto había oído hablar.

Hussein estaba algo nervioso y Foreman lo notó. La policía estaba tras la pista de Al Banna por expreso interés del rey. Al Banna había hablado en público recientemente y había hablado duramente sobre los defraudadores y los libertinos. Mencionó que los que figuraban en El Sichin arderían en el infierno. Todo el mundo entendió que se refería al rey, aunque no lo mencionó expresamente.

Los dos hombres tomaron un café apresuradamente y salieron por la puerta de atrás que daba a un callejón de la laberíntica medina.

Ali Hussein caminaba tan deprisa que Foreman apenas podía seguirlo, pero como estaba advertido que la policía política podía seguirlos, aceleró el paso intentando no quedarse atrás.

Las estrechas calles estaban repletas de puestos de frutas, verduras, especies, era casi imposible no tropezar con la gente y la rapidez con la que andaban complicaba las cosas.

Ali Hussein torció una última esquina y se introdujo en una especie de pasadizo. Foreman le siguió respirando fatigosamente, pensando que no podía seguirle el paso. Subieron una escalera y se encontraron en una terraza que daba acceso a una gran habitación a través de una puerta cristalera.

Allí, rodeado de libros y papeles, sentado en el suelo al estilo tradicional, se hallaba Al Banna. Foreman pensó que parecía un

hombre normal, casi vulgar, si no hubiese sido por sus ojos. Unos ojos profundos, negrísimos, que parecían querer taladrarle.

Durante unos minutos ninguno de los tres hombres dijo nada. En aquella habitación abierta a la azotea sólo se percibía un ligero murmullo que subía desde las callejuelas.

Luego Foreman, que sobre todo era un periodista, hizo una sola pregunta. ¿Por qué?

Al Banna habló en inglés, contestándole indirectamente. Sin mirarlo de frente explicó, como si se dirigiese a los alumnos de la universidad, que en contra de todo lo que se podía pensar, los verdaderos problemas de los musulmanes, eran exclusivamente espirituales. Luego puso un ejemplo clásico. Cuando Mahoma vió llegar a sus seguidores del campo de batalla, donde habían vencido a sus enemigos, les gritó "¡Regresáis de la lucha pequeña para librar una lucha mayor a partir de ahora!" Ellos le preguntaron: "¿Cuál es esa lucha mayor, profeta?. Mahoma les respondió: "La lucha interna".

Foreman comprendió perfectamente lo que aquel hombre quería decir. Estaba asistiendo a algunas clases en la universidad y allí vivía la terrible lucha entre los que propugnaban un socialismo ateo y los que creían que sólo se podía vivir dentro de El Corán.

Al Banna habló largamente. La monarquía, títere de los ingleses, iba a terminar pronto, pero el socialismo, el comunismo, incluso el nacionalismo, no iban a arreglar nada. Sólo se podía vivir siguiendo los dictados del profeta. Cualquier otro camino conduciría sólo a un terrible fracaso.

Añadió que había una manera de impedirlo, aunque sabía que era a costa de una increíble lucha. Esa vía aunque complicada y difícil era la que estaba proponiendo la organización que acababa de fundar. La Hermandad Musulmana.

John Foreman era un hombre íntegro. Un puritano en lo ideológico y un liberal en lo económico. Intimo amigo de los hermanos Foster Dulles, sobre todo de Allan, hacía con frecuencia las veces de enviado especial de los Estados Unidos en la zona, actuando directamente, por encima incluso del propio embajador, al que se confiaban las

funciones más representativas.
Foreman se dió cuenta de que aquel era el momento clave. Sabía que confiaban en él. Quizás era el único occidental que gozaba de verdadero prestigio. El hecho de encontrarse allí, lo probaba. Se arriesgó. Mencionó cautelosamente, deseando ser entendido, que a pesar de la enorme distancia que los separaba en todos los sentidos, los Estados Unidos, o al menos gente muy importante e influyente del gobierno, estaría dispuesta a ayudar a aquella nueva organización.
Dijo convencido que el cristianismo y el islam, tenían una raiz común. Podían intentar mantener un diálogo basado en el mutuo respeto. El verdadero enemigo era otro más cercano. El comunismo, la monarquía corrupta. Ninguno de los dos mencionó a otra nueva organización. Los Jóvenes Oficiales, donde un nuevo líder parecía despuntar sobre los demás. Un hombre llamado Gamal Abdel Nasser.
Hablaron largo rato. El profesor que le había llevado hasta allí, Ali Hussein, no abrió la boca. Parecía sentir un enorme respeto por el líder. También Foreman pensó que Al Banna era alguien especial.
Cuando abandonaron la casa, mientras caminaban de vuelta a su oficina, John Foreman meditó que aquel día había hecho algo importante para el futuro y se sintió satisfecho por ello.

Reflexioné que ese contacto de John Foreman con los Hermanos Musulmanes, había sido probablemente el germen de la extraña y ambigua relación que los Estados Unidos habían mantenido con los integristas en los últimos años. También, en un plano particular, años más tarde David Foreman se había visto condicionado por ella.
La personalidad de David estaba muy vinculada al mundo árabe. El hecho de haber nacido en El Cairo - su madre estaba a punto de viajar en un paquebote inglés a Italia, pero el parto se adelantó y finalmente nació en el Hospital Militar Británico, - le había convertido en un niño cairota a pesar de su pasaporte americano. De alguna manera, eso le proporcionaba no sólo una visión muy cercana del universo cotidiano musulmán, sino que realmente conocía bien ese mundo, ya que al igual que su padre, también había querido estudiar un curso en la

Universidad de Al-Azhar. Su dominio del árabe era perfecto, incluso con las inflexiones populares, lo que siempre le había envidiado.

Recuerdo que le encantaba disfrazarse como un egipcio más. Quizás sería una premonición de lo que estaba por ocurrir, pero se había aficionado a mantener una doble o incluso triple personalidad. Decía que eso le permitía entenderlos mejor y quizás fuese verdad, pero cuando una noche lo observé, discutiendo con otros árabes en la puerta de la Mezquita Verde, sentí miedo por él, aunque parecía el más violento y agresivo de todos.

Unos días más tarde me contó con aire de misterio que tenía una amante egipcia. Una bailarina de café. Se empeñó en que la conociera y no se como pudo convencerme para que yo también me disfrazase, haciéndome además pasar por mudo. Ambos salimos por la puerta de atrás del edificio donde vivía dispuestos a divertirnos. Caminábamos juntos y yo intentaba imitar sus movimientos, su forma de andar, sus gestos.

Entramos en la gran medina. Allí era muy fácil perderse, pero David conocía hasta el más escondido rincón. Finalmente llegamos a una calle sin salida, sólo un pequeño pasadizo que conducía a un patio. Aquel lugar me pareció una ratonera y asustado le dije cuchicheando que debíamos irnos de allí cuanto antes.

Precisamente, hacía muy pocos días que unos árabes habían apuñalado a unos soldados ingleses y había mucha tensión en toda la ciudad. De pronto fuí consciente de que no habíamos elegido el mejor momento para aquella especie de broma y le insistí para que nos fuésemos. Pero David, sin escucharme, había subido a una especie de terraza y desde ella me hizo gestos con la mano indicando que le siguiese. No vi otra solución que hacerlo y subí tras él con el único ánimo de disuadirle.

Llamó, golpeando con el puño una pequeña puerta. Para nuestra sorpresa nos contestó la voz de un hombre. No era aquello lo que esperábamos y David sorprendido, me apretó el brazo, al tiempo que me indicaba que bajásemos lo antes posible.

Apenas tuvimos tiempo de bajar las escaleras, cuando alguien se asomó a la terraza. Era un militar, vestido sólo con los pantalones y

las botas. En cuanto nos vió comenzó a increparnos. David se volvió hacía él y le debió insultar, diciéndole algo en árabe.
Entonces el militar, que empuñaba un revólver que ninguno de los dos habíamos visto, disparó hacia nosotros sin que por fortuna nos alcanzase, al tiempo que comenzaba a llamar a alguien que debía estar haciéndole la guardia.
Salimos corriendo como alma que lleva al diablo, mientras pensaba que nos habíamos metido en un buen lío.
David corría más que yo, pero tuvo la deferencia de esperarme, a pesar de que al menos tres soldados nos perseguían.
Finalmente tropecé; no estaba acostumbrado a correr con aquellas vestiduras, David volvió sobre sus pasos para ayudarme, mientras los soldados se nos echaban encima. No se bien como, a duras penas, logramos escapar después de una violenta pelea y casi a costa de perder la vida absurdamente.
No quiero ni pensar lo que hubiese podido ocurrir si nos hubiesen descubierto. Probablemente nos habrían linchando y eso quizás hubiese sido mejor que acusarnos de espías, pues en ese caso, con certeza nos habrían expulsado del cuerpo diplomático.
Cuando al día siguiente los diarios mencionaban que el coronel Abdullah Ben Kassar, había sufrido un atentado terrorista mientras realizaba una misión en la medina, David se retorcía de risa. Yo no le veía la gracia al asunto que tan caro podía habernos costado.
Así era David entonces. Arriesgado y audaz, siempre pretendía dominar los acontecimientos.
A finales del cincuenta y uno David se mudó al Hotel Shepeard, abandonando el pequeño apartamento que le había legado su padre, recientemente fallecido. El hotel se hallaba muy cercano a la embajada americana y le permitía unas comodidades que no tenía en el apartamento.
Me decía convencido, que tenía el don de la oportunidad. Efectivamente, a los pocos días, los grandes disturbios de El Cairo, como protesta por las actuaciones de los ingleses, habían llegado hasta el mismo hotel, convirtiendo a David en protagonista de aquel terrible “sábado negro”. Él, en un nuevo alarde de audacia, pudo escapar

mezclándose con los alborotadores, de nuevo disfrazado. En cuanto al resto del personal de los embajadores extranjeros que también residía en el hotel, había tenido que huir protegido por los soldados de guardia en las embajadas para refugiarse en los acuartelamientos de los ingleses cerca de Heliópolis, porque lo que comenzó como una protesta terminó transformándose en una amenazadora turba. Me confesó que aquella había sido la primera vez que había sentido verdaderamente miedo. Era evidente que algo estaba cambiando rápidamente en aquel mundo hasta entonces aparentemente inmutable.

Creo que más que cualquier otra cosa, lo que David tenía era una enorme intuición. Parecía como si de antemano fuese capaz de saber lo que iba a ocurrir y eso lo demostró muchas veces a lo largo de su vida. Decía satisfecho, que sólo se trataba del temperamento mediterráneo que había adquirido en Egipto. Lo verdaderamente cierto era que David tenía ese escaso don de los elegidos que le hacía convertirse en el centro de todo.

En cuanto a mí, empezaba a darme cuenta de mi verdadera situación, de hecho, últimamente Sarah apenas me dirigía alguna que otra mirada, quizás para comprobar que aún seguía allí. Era evidente que mi amor por Sarah no era correspondido, ella obviamente estaba enamorada de David y David lo estaba de si mismo.

Pero a pesar de esa absurda situación y de mis celos que de nuevo me obsesionaban, no me hubiese cambiado por nadie. Aunque lentamente, veía alejarse de mí una débil sombra, la del que había sido yo mismo apenas hacía unos meses. Y ese cambio, lo quisiera aceptar o no, se lo debía exclusivamente a David Foreman.

Un día, sin poder vencer ya la curiosidad, le pregunté a que se debía su especial relación con Nasser. No comprendía como podía existir aquella extraña amistad entre personas tan esencialmente diferentes.

David me explicó arrogante como esa anómala relación había podido llegar a suceder. Por una serie de circunstancias, a pesar de ser norteamericano, periodista y puritano, John Foreman era amigo de

Nasser. Era ese tipo de relación que sobre todo se basa en la química de la naturaleza humana. En mil novecientos cuarenta y cinco, fue el primer extranjero en saber del movimiento de los "Oficiales Libres". Alguien tenía que darlo a conocer y Nasser lo eligió personalmente a él entre todos los corresponsales extranjeros. Foreman fue honesto y su crónica sobre los hechos resultó del agrado de los líderes del movimiento. A partir de ahí sirvió de enlace entre la organización clandestina y las potencias: Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Por su especial carácter, también por sus circunstancias personales, tenía abiertas las puertas de uno y otro lado y al cabo de los años, después de muchas y largas entrevistas, Nasser comenzó a confiar en él, en aquel hombre que increíblemente sabía mantener un criterio ético, e incluso ser discreto cuando así debía ser, a pesar de su profesión de periodista.

En la tarde del veintidós de julio de mil novecientos cincuenta y dos, John Foreman tuvo una inesperada llamada telefónica. Una voz anónima, hablando en inglés con un fuerte acento árabe, le explicó que durante la madrugada siguiente iban a producirse importantes acontecimientos y que querían contar con él como testigo. Foreman siempre parecía estar dispuesto y aceptó inmediatamente a pesar de los riesgos.

Aquella misma tarde a última hora, cuando ya había comenzado a anochecer, un automóvil lo recogió en una terraza cercana al hotel donde residía.

El Cairo parecía el de siempre, una ligera calima polvorienta llenaba las calles. El coche tuvo que detenerse varias veces para dejar pasar unos rebaños de ovejas, cabras e incluso unos dromedarios. John Foreman pensó que era muy difícil hacer avanzar a aquel país y que a pesar del juvenil impulso de su amigo Gamal Abdel Nasser, todo permanecería igual, porque la corrupción llegaba a todas partes. Era una situación demasiado compleja, con tantos intereses entremezclados y además, meditó desanimado, hacía demasiado calor.

El vehículo, un Studebaker negro, cuadrado, pasado de moda, lleno de

polvo, cruzó la entrada del cuartel de caballería cercano a Heliópolis. Foreman se dió cuenta de que la situación no era normal, allí se respiraba un ambiente de tensión, lo que evidentemente indicaba que ocurría algo anormal. A aquella hora todos, incluso los militares, deberían estar cenando, quizás tomando café o té, fumando sentados en los soportales. Pero en lugar de eso, vió soldados corriendo de un lugar a otro y grupos formados junto a unas ametralladoras. Unas hogueras encendidas en el patio creaban una extraña atmósfera que le hizo recordar sus tiempos de corresponsal durante la guerra.

Foreman suspiró. Aquello debía ser lo que se venía murmurando desde hacía unas semanas. Un golpe militar contra la monarquía de Faruk, que pretendía terminar de una vez por todas con un gobierno débil, corrupto y demodé, dirigido por aquel depravado rey gordito, eternamente sonriente, escondido tras sus gafas oscuras de cristales redondos que le daban un aire perversamente infantil.

El coche se detuvo con un brusco frenazo frente a la oficina de reclutamiento. Meditó que aquel era un lugar absurdo para un levantamiento militar. Foreman no comprendía como su amigo quería asumir aquellos riesgos. Si algo salía mal, Faruk daría un escarmiento para demostrar ante el mundo una fuerza de la que verdaderamente carecía.

El soldado le precedió silenciosamente; cruzaron una oficina de administración, luego caminaron por un largo y oscuro pasillo que olía a especias, como si alguien estuviera cocinando en un lugar muy cercano. Llegaron frente a una puerta cristalera. El ordenanza que le acompañaba la golpeó con los nudillos, al cabo de unos instantes la puerta se abrió y el soldado le cedió el paso.

Foreman entró en una gran sala que le recordó a un aula escolar, pintada de color azul claro. En el techo una claraboya rota indicaba que aquel lugar apenas si se utilizaba. Una docena de militares lo observaron con desconfianza, el único vestido de civil era precisamente Gamal Abdel Nasser. También fue el único que le sonrió, como si estuviese lleno de seguridad en lo que estaba haciendo.

Después de una rápida presentación que apenas duró un minuto, Foreman creyó que se habían olvidado de él. Los oficiales discutían

apasionadamente en árabe y apenas podía seguir lo que decían. El que más gesticulaba era un general al que conocía por referencias, Mohamed Naguib. Sin embargo, pronto se dió cuenta de que el que llevaba la voz cantante era Nasser, al que todos los demás, incluso sus compañeros de mayor graduación, parecían respetar.

Cuando Nasser comenzó a hablar, todos los demás permanecieron en silencio; habló largo rato, lo hizo despacio, sin levantar la voz, mirándolos a los ojos, uno a uno, como si quisiera confirmar su lealtad. Todos eran conscientes de que se estaban jugando algo más que el honor y que si no actuaban firme y decididamente, podían terminar colgados en el mismo patio de armas del cuartel donde se hallaban conspirando.

Pero tenían algo muy importante a su favor y Nasser lo dijo en inglés, como si desease que su invitado no perdiese el más mínimo detalle. El pueblo estaba harto de soportar penurias, humillaciones, continuas decepciones. La gota de agua era el último cambio del gobierno títere que había sustituido al de los wafd. El vaso de la paciencia popular se había colmado y parecía que sólo los Oficiales Libres eran capaces de tomar las riendas, antes de que el caos invadiese definitivamente el país.

Foreman pudo escuchar las órdenes de Nasser. Para el líder, la disciplina era lo más importante e insistió varias veces en que todos tenían que hacer exactamente lo que allí se había decidido. Incluso sincronizaron los relojes. Foreman se apercibió de un detalle importante; la hora elegida, al minuto, era la del reloj de Nasser. Cierto que era un Omega de oro, pero hasta el propio Naguib ajustó las manecillas de su reloj.

Alrededor de las once y media de la noche la reunión se disolvió. Sin embargo, Nasser le pidió que se quedase con él y Foreman lo hizo gustosamente. Sabía que al lado de aquel hombre iba a encontrarse en el ojo del huracán y era para eso por lo que había ido hasta allí.

Un ordenanza trajo una bandeja con bocadillos y café. El típico café espeso y dulzón que tomaban con deleite todos los egipcios, saboreándolo mientras dejaban pasar lo único que les sobraba en aquel país, tiempo. A Foreman personalmente le gustaba más el té,

pero pensó que aquella noche iba a ser muy larga y que era más apropiado el café.

A pesar de la extraña amistad que los envolvía, no existía demasiada confianza entre los dos hombres. Gamal Abdel Nasser era un hombre simpático y sonriente, pero sabía mantener las distancias. Además Foreman estaba impresionado, sabía que estaba junto al hombre fuerte del país. Nasser había organizado su estrategia de tal manera que él y sólo él llevase el control de todo lo que iba a ocurrir. Un enorme teléfono militar le mantenía permanentemente comunicado, pero sólo sonó un par de veces y en ambas ocasiones Nasser respondió con monosílabos.

Finalmente Foreman se atrevió a preguntar. ¿Qué iba a ocurrir con el rey? ¿Cuál sería la reacción de Inglaterra y Francia que eran los verdaderos amos financieros de Egipto? ¿Y los islamistas? ¿Qué pasaría con la Hermandad Musulmana de la que tanto se estaba hablando últimamente?

Nasser sorbió despacio su café, como si aquel torrente de preguntas no le afectase directamente. Luego miró su reloj de nuevo y le pidió disculpas. Un minuto para contestarle. Foreman no entendió hasta que sonó el teléfono de campaña. Nasser asintió brevemente y dió unas órdenes concisas. Luego lo colgó, casi con parsimonia y sorbió las últimas gotas cargadas de azúcar.

Se dirigió a Foreman hablando lentamente. Parecía querer que entendiese bien el sentido de sus palabras. Hablaba un inglés muy correcto, aunque con el inevitable acento de los cairotas. Empleaba frases cortas, exactas, mientras le miraba fijamente a los ojos. Le dijo con absoluta convicción que el rey partiría para el extranjero esa misma madrugada. Concretó su destino. Italia. Allí podría seguir gastando el dinero que tenía en sus cuentas en los bancos suizos e ingleses. En cuanto a la integridad física del monarca, no le pasaría nada; otra cosa sería algo absurdo. No deseaba crear sangre de mártires. Eso sólo sería una tremenda estupidez.

A aquella hora el rey debía estar terminando de cenar en su pequeño yate atracado en el Nilo, cuando en unas horas volviese a su palacio sería el momento de comunicarle su nueva situación. Preferían hacerlo

así, porque Faruk en aquellos instantes estaba cenando con varios embajadores, entre ellos el de Francia y de momento no deseaban tener un altercado internacional. Le obligarían a abdicar en favor de su hijo, que tenía sólo seis meses. Inmediatamente se proclamaría la República. Una república socialista, precisó.

Nasser sirvió más café. Parecía no tener prisa ni tampoco la más mínima preocupación. Foreman le observaba sin querer perderse detalle. Siendo consciente de que tenía el privilegio de ser testigo presencial de un cambio histórico, que había tardado mucho tiempo en llegar. Aquel pueblo había demostrado que tenía una enorme paciencia. Una paciencia de siglos que finalmente también se había agotado.

Nasser prosiguió su explicación. Inglaterra y Francia tendrían que aceptar que el mundo estaba cambiando. La guerra mundial había alterado el orden de las cosas. Los Estados Unidos y Rusia eran ya los indiscutibles nuevos amos. Él no deseaba enfrentarse a las grandes potencias. Pero tenía en mente una idea importante. ¿Había oído hablar alguna vez de una nueva organización de los países no alineados? No. Claro que no. Ese nombre se lo había dado por teléfono su amigo Josip Broz. Tito. Era un buen nombre que resumía muchos conceptos. Egipto sería uno de los líderes de esa nueva organización de países. Hartos de imperialismo, de explotación, de deudas millonarias, remarcó con energía.

La República Arabe Unida, ese era el futuro. Miró detenidamente a Foreman para ver que impacto le causaba el nombre elegido. Luego prosiguió, haciendo gestos con las manos, indicando que aquella idea se iría extendiendo. No sólo Egipto. También Siria, Sudán, Libia, probablemente Irak, después todos los demás países musulmanes. Miró directamente a los ojos de Foreman. No. No era un visionario. Egipto estaría a la cabeza. Eso estaba escrito.

Hizo una pausa, como si quisiera separar los conceptos, o como si quisiera precisar bien lo que iba a decir. En cuanto a la Hermandad Musulmana, ciertamente habían colaborado en el pasado, podrían seguir haciéndolo en el futuro siempre que aceptasen las reglas del juego. Algunos de sus líderes eran excesivamente integristas, pero eso

era comprensible. Era como una respuesta a los intentos de laicismo, de corrupción, de destrucción del alma musulmana. Terminó con una frase que pretendía ser lapidaria, mientras se endurecían sus rasgos. "La política está ligada a la esencia misma del mensaje de El Corán. Eso no podemos olvidarlo".

Inmediatamente Nasser se incorporó. Miró de nuevo el reloj, debían partir, había llegado la hora. Insistió en que Foreman lo acompañase. Para éste se trataba de un riesgo asumido y aceptado de antemano y no lo dudó. Aquellos eran momentos cruciales en la historia de Egipto y del mundo islámico. Era plenamente consciente de que aquella noche iban a ocurrir los más transcendentes acontecimientos desde los tiempos de Mahoma. Las naciones árabes debían elegir su destino. Muchas de ellas no eran más que tribus de beduinos sin ningún sentido de las fronteras ni de las banderas que les habían impuesto los colonizadores de sus tierras.

Salieron al exterior, acompañados por un comandante de artillería y un pelotón de soldados elegidos que hacían las veces de "guardia de corps".

Un automóvil como el que lo había llevado hasta allí, quizás algo más moderno, escoltado por una camioneta llena de soldados a las órdenes de un capitán y por dos tanquetas de procedencia alemana, vestigios de la guerra mundial, les acompañaban.

Eran ya cerca de las dos de la mañana. El Cairo se hallaba extrañamente silencioso. A pesar de la hora apenas había bajado la temperatura. Foreman que no terminaba de acostumbrarse al clima, pensó que estaba haciendo demasiado calor incluso para aquella ciudad. Circularon un rato junto al río, habían tomado una estrecha carretera que seguía la ribera apenas a medio metro por encima del nivel del Nilo. El palacio de Faruk no se hallaba demasiado lejos de allí. Nasser encendió un cigarrillo después de ofrecerle uno a Foreman, que lo rechazó con la cabeza. No sabía lo que podría llegar a ocurrir, pero pensó que en cualquier caso se sentía seguro junto a aquel hombre.

Tardaron menos de media hora y para cuando llegaron a los alrededores de la mansión, Foreman pudo comprobar que estaban

tomados por una compañía al mando de un coronel, el cual a pesar de tener la misma graduación que su compañero - pensó que eran prácticamente de la misma edad - se dirigió a Nasser como si se tratase de alguien de rango muy superior. Le dió el parte mientras se cuadraba. Todo estaba controlado. No tendrían el más mínimo problema para acceder al interior del palacio del rey, que por supuesto ya se hallaba dentro.

Apenas terminaron de hablar cuando Nasser dió la orden. Había llegado el momento. El coronel hizo una señal con el brazo y el convoy se dirigió hacia la entrada del recinto, donde unos soldados de guardia que evidentemente habían sido elegidos por los golpistas, presentaron armas y les franquearon la puerta que los vehículos cruzaron sin detenerse, haciendo rechinar los neumáticos en la gravilla.

Inmediatamente los soldados tomaron posiciones en el jardín. Foreman se dió cuenta de que todo aquello había sido ensayado hasta el menor detalle y miró con respeto hacia la figura de anchas espaldas que le precedía.

Alguien había llamado por teléfono al palacio unos minutos antes y el rey, en pijama, pero impecablemente peinado, como si no hubiese tenido aún tiempo de acostarse, abrigado con una bata de damasco verde, les recibió en un pequeño salón. Junto a él se encontraba el jefe de su guardia personal y un mayordomo.

Nasser fué explícito. Habló con firmeza, mientras le decía que los militares acababan de tomar el poder. No se trataba exclusivamente de la Organización de los Oficiales Libres, sino de todo el ejército. Absolutamente todos los regimientos habían dado su plena conformidad. Nadie había puesto el menor reparo. Con aire del que se sabe ganador, le dijo a Faruk que el gobierno revolucionario, al que él representaba, lo había depuesto como primer mandatario y que esperaban su inmediata abdicación a favor de su hijo.

Faruk hizo un esfuerzo por parecer inconmovible, pero no pudo evitar un leve temblor en su labio inferior. Foreman comprendió que aunque aquello era algo anunciado desde hacía meses, el rey nunca había terminado de creérselo. Incluso aquella misma noche, el embajador de

Francia le había transmitido el interés de su gobierno en aumentar las relaciones, no sólo comerciales, sino culturales. Eso lo sabía John Foreman por su posición como corresponsal.

Todo el mundo permaneció en silencio. Foreman pensó por un instante que como en las grandes tragedias había llegado el momento en el que el desenlace era inminente. El aire en aquella sala era tan denso que parecía posible cortarlo con un cuchillo. Entonces Nasser estiró el brazo hacia el rey Faruk y en su mano apareció un documento, que el jefe de la guardia personal recogió al ver el gesto de asentimiento de su rey.

Nasser extrajo su estilográfica de la chaqueta. Faruk hizo como que no veía aquel gesto y se acercó a una mesita auxiliar, se agachó ligeramente y sin leerlo, quizás queriendo dar la impresión de que no le importaba lo que en él se decía, rubricó el escrito. Foreman observaba con toda la atención que podía y pudo ver un ligerísimo gesto de alivio de Nasser, como si se hubiese relajado por un instante, al ver cumplido sus deseos.

El rey Faruk se retiró casi inmediatamente sin dirigir la palabra a nadie. Ni tan siquiera parecía molesto o preocupado. De hecho, en El Cairo se comentaba últimamente que era el propio rey el que deseaba marcharse, para poder vivir tranquilamente el tipo de vida que le gustaba sin tener que dar cuentas a nadie. Por otra parte, dinero le sobraba para hacerlo. Foreman reflexionó que Cleopatra había sido mucho más digna que aquel rey de opereta.

Luego en apenas unos minutos abandonaron el palacio, aunque un destacamento permaneció de guardia en la puerta. Algo importante había cambiado en Egipto y mientras se dirigían al Ministerio de Defensa, siguiendo el camino por el que habían llegado hasta allí, Foreman veía los grandes edificios de la otra ribera del Nilo, convencido de que había presenciado el fin de una época.

A partir de aquella noche, Nasser se convirtió en el hombre más importante de Egipto y probablemente, por su situación, de todo el Mediterráneo. Eso, también lo transformó en alguien casi inaccesible. Una compañía militar lo custodiaba día y noche. El ejército no deseaba que su líder pudiese sufrir un nuevo atentado y aunque

Mohamed Naguib era formalmente presidente y también primer ministro de la república, todos eran conscientes de que la verdadera revolución sólo podría llevarla adelante Nasser.
Pero curiosamente de entre todos los extranjeros en el Cairo; ingleses, franceses, americanos, incluso rusos, el único que parecía tener libre acceso a Gamal Abdel Nasser, era John Foreman, el periodista americano.
Por una extraña paradoja, el corresponsal de prensa había renunciado a serlo, a pesar de ser el único que se hallaba muy cerca de la verdadera noticia. Pero una extraña y especial atracción unía a aquellos dos hombres tan distintos y con una cierta frecuencia el líder revolucionario llamaba a su amigo norteamericano para cambiar impresiones con él.

Al cabo de unos meses de la revolución de Nasser, David terminó la carrera en Harvard. Debido a su brillante curriculum pudo ingresar directamente en el cuerpo diplomático. Y sin pedirlo, sin desearlo aparentemente, se vió de pronto en la embajada americana en El Cairo. El lugar exactamente en el que deseaba estar. Eso no era lo normal, de hecho, tendría que haber ingresado mediante un examen, después habría permanecido no menos de un año en el servicio, practicando en los Estados Unidos.
Sin embargo, estaban ocurriendo muchas cosas en el mundo y en aquellos momentos parecía que no había suficientes diplomáticos de carrera para ocupar todas las plazas que se estaban creando. Fue por eso por lo que a nadie le extrañó lo que había ocurrido y David se convirtió en el miembro más joven de la embajada. Su padre, que de alguna manera también había ejercido su influencia para que David volviese a El Cairo cuanto antes, quiso entonces que conociese personalmente a Nasser.
Inicialmente David rechazó el ofrecimiento paterno. A fin de cuentas, no podría hacer algo así sin la autorización de su jefe directo, el embajador. Tampoco creía que esa especial relación lo beneficiase, porque por aquellos días, nadie creía que Nasser durase mucho en el

poder. Él había escuchado a un amigo de la embajada británica, que aquello no podía continuar así y menos aún con las pretensiones de aquel hombre que estaba obsesionado por evacuar inmediatamente a los británicos de la zona del canal.

Una tarde, su padre insistió tanto, que David por no oírlo más lo acompañó de mala gana.

Cuando padre e hijo se introdujeron en el vehículo que les había enviado Nasser, ninguno de los dos sabía con certeza hacia donde se dirigían. David se quedó sorprendido del hecho, sin embargo su padre sonrió, con la experiencia de haber ido a otras citas similares.

Era apenas mediodía. Apenas salieron de los jardines, que como un oasis rodeaban la residencia, una ola de calor seco los envolvió. En pocos minutos el coche salió de la ciudad y tomó la dirección de Ismailia, una ciudad estratégicamente situada junto al Canal de Suez. El viaje duró casi dos horas y ambos permanecieron en silencio, como si no tuviesen nada que decirse. David meditó que había demasiadas cosas que lo separaban de aquel hombre de apariencia pulcra y ascética, e incluso llegó a preguntarse interiormente si realmente tenían algo en común.

Para cuando llegaban al lugar donde se encontraba Nasser, David Foreman había cambiado de criterio y le pareció aquello mucho más emocionante que lo que estaba haciendo cotidianamente. Pensó que se lo mencionaría más tarde al embajador y comenzó a disfrutar de la situación.

Finalmente llegaron a lo que parecía ser un campamento militar. David se asombró de la dimensión que aquel lugar parecía tener. No tenía ni idea de que existiese un ejército egipcio de tal envergadura. Comprendió, casi por intuición, que Nasser no estaba haciendo una apuesta en falso, aunque era evidente que de ninguna manera podría enfrentarse a un ejército tan potente como el británico. Pero en modo alguno era un enemigo a desestimar. Las tiendas de lona se extendían por la llanura y entre ellas se apreciaba una gran actividad. Camiones repletos de soldados, dejando una nube de polvo amarillento tras de ellos, cañones antiaéreos, pequeños blindados de color arena aparcados en largas hileras.

De pronto David se sintió confuso. No entendía bien el motivo de aquella cita. Tenía a su padre por un hombre hermético porque nunca habían sido capaces de conocerse, aunque él no se sentía culpable por ello. Sólo últimamente, desde que había vuelto de Estados Unidos su padre parecía querer acercarse a él. Le había hablado de Nasser, hasta hacía poco tiempo un hombre desconocido y, de repente, el líder de aquel país, al que él consideraba también el suyo. No podía olvidar todos aquellos años de su infancia cuando su madre aun vivía, viajando con ella constantemente, arriba y abajo del Nilo, con la oportunidad de conocer aquella cultura tan diferente a la supuestamente suya.

El vehículo se detuvo con un brusco frenazo, delante de una tienda enorme, que destacaba sobre las otras, no sólo por su tamaño, también por el color blanco de la lona que denotaba que apenas se había usado.

Su padre se bajó del coche sin dirigirle ni una palabra y él le siguió sin saber muy bien lo que pretendía.

Dos enormes sargentos de artillería de tez muy oscura se cuadraron cuando cruzaron el umbral y David se asombró al notar la diferencia de temperatura que había en el interior. Le pareció extraño en una tienda de campaña, pero aquel era un lugar fresco y acogedor, umbrío y le fue difícil acostumbrar sus ojos a la penumbra. Su padre, en cambio, no dudó y penetró hasta el fondo, allí la tienda de lona se transformaba en una especie de gruta, un bunker al que se accedía por una rampa que se hundía suavemente bajo las ardientes rocas. Le pareció evidente que su padre conocía el camino, como si ya antes hubiese estado allí.

Se cruzaron con varios oficiales que parecían ocupados y que apenas les prestaron atención y se dió cuenta de que se hallaban en una especie de laberinto subterráneo. Nunca había oído hablar de aquel lugar; después supo que era el cuartel general desde el que Nasser estaba preparando la nueva política egipcia con respecto al arma más importante que Egipto poseía. El Canal de Suez.

Comenzaron a descender por unos escalones tallados en piedra y al hacerlo, vió que no era un trabajo reciente. Aquel lugar olía de una

manera especial, que no era desagradable, pero si distinto. Una emanación que ya había notado al entrar en algunas de las tumbas de los faraones, lo que había hecho frecuentemente en su primera juventud, sobre todo con su madre, que en su tiempo había sido una de las mejores especialistas en excavaciones de todo el mundo.

Un soldado portando un arma automática les precedía y el largo subterráneo escasamente iluminado parecía no tener fin. Cruzaron una sala donde un grupo de oficiales parecían trabajar sobre lo que le pareció una gran maqueta del propio canal. Luego siguieron descendiendo y en una parte del largo pasillo en pronunciada rampa, vió pintadas en las paredes varias esvásticas nazis y frases en alemán. Era evidente que aquel lugar debía haber sido utilizado también por las tropas de Rommel unos años antes y nadie se había molestado en borrar aquello. Para los egipcios no tenía demasiada importancia, a fin de cuentas, también ellos estaban sojuzgados por los ingleses. Por otra parte pensó que los árabes habían simpatizado tradicionalmente con los alemanes.

Aquel laberinto bajo tierra le pareció interminable. Era un lugar increíblemente grande. Una última puerta metálica se abrió en el momento exacto en que llegaron a ella, como si alguien les estuviese esperando. John Foreman entró con decisión en la gran sala. Al fondo, Nasser sentado en un sillón frente a una larga mesa llena de mapas y documentos levantó la vista para observarlos detenidamente mientras se acercaban. Sin levantarse, alargó el brazo para saludar a su viejo amigo, luego hizo lo mismo con David. Se disculpó por no poder incorporarse. Mencionó que el culpable era su médico. Pero no tenía importancia, sólo era una dolencia pasajera. Le había dicho que debía permanecer en reposo y que no fumase aquellos deliciosos cigarrillos americanos, Pall Mall. Añadió con sorna, que no pensaba hacer ni lo uno ni lo otro, pero al menos debía aparentar que le hacía caso, porque si no, su amigo el doctor podría llegar a enfadarse con él. Luego sonrió y David pensó que aquel hombre se ganaba a los que tenía alrededor por su enorme personalidad y su atractiva sonrisa.

Nasser se dirigió a John Foreman con afecto. Luego lo miró a él y David se sintió desplazado y también un poco violento, sin saber muy

bien lo que estaba haciendo allí. Aunque sólo era el tercer secretario de su embajada, tenía la convicción de que era, ante todo, un diplomático.
Permanecieron silenciosos unos instantes, sólo Nasser hablaba por teléfono en árabe contestando una llamada. Lo hacía pausadamente, empleando su arma fundamental, la paciencia. Parecía el único que no estaba nervioso, porque era evidente que algo muy importante estaba ocurriendo. Para David no era difícil intuirlo.
Sin embargo, más tarde comprendió la razón por la que su padre había forzado aquel encuentro. Deseaba que conociese al líder egipcio y no quería demorarlo.
Nasser se mostró muy interesado. Al menos en apariencia. Hizo varios comentarios elogiosos sobre Foreman. También sobre los Estados Unidos. Con toda naturalidad cambió impresiones con ambos, como si también David fuese para él un viejo amigo de siempre. Luego, dirigiéndose a él directamente, le rogó que se mantuviese en contacto y de improviso, como si hubiese agotado el tiempo que les tenía reservado, se despidió de ellos cordialmente.

Deshicieron el camino por los mismos pasadizos. Antes de salir de allí un suboficial les ofreció una limonada que ambos aceptaron gustosos. Enseguida unos soldados les acompañaron hasta el coche.
Volvieron por el mismo camino, pero con el sol de frente, lo que sin embargo parecía no molestar al conductor. Su padre miraba por la ventanilla hacia el sur y prácticamente no le dirigió la palabra hasta que se encontraban entrando en Heliópolis. David estaba muy molesto por aquella actitud. A fin de cuentas él había hecho lo que su padre deseaba, incluso contra su voluntad.
Más tarde, cuando llegaron a la residencia de John Foreman, su padre se volvió hacia él, lo miró intensamente durante un instante y le tendió la mano. David se la estrechó. No comprendía nada de lo que estaba ocurriendo. Cuando el coche volvió a arrancar para dirigirse a la embajada, no pudo evitar pensar en la extraña relación que siempre había mantenido con su padre.

Fue al día siguiente cuando empezó a comprender. El propio embajador le mandó llamar muy temprano, apenas eran las seis de la mañana y David pensó que eso no era normal. Antes de que le dirigiese la palabra, sabía lo que había sucedido; un criado había encontrado muerto a su padre. Como todos los días a las seis en punto, tenía orden de despertarlo, pero ese mañana lo encontró tendido sobre el suelo de mármol. Todas las evidencias eran las de un ataque cardiaco.

Mientras todo terminó, el velatorio, el duelo, el entierro, David comprendió claramente por que su padre había forzado aquella reunión. De alguna manera había querido pasarle los poderes. Deseaba que su hijo mantuviese también aquella especial relación que él había tenido con Nasser, porque era evidente que había intuido que iba a morir inminentemente.

David no pudo llorar. Nunca había sentido el menor cariño por su padre. Por otra parte, era ley de vida y lo único que pudo pensar era que John Foreman había consumido la suya sin aprovecharla. Decidió entonces que él pondría los medios para que no le sucediese algo similar.

Cuando David terminó su larga narración, comprendí perfectamente la especial predilección que Nasser sentía por él. Era evidente que relacionaba directamente a David con los momentos más importantes de su vida y con un hombre, John Foreman, que le había ayudado a hacerse respetar en el extranjero gracias a sus crónicas y que además jamás le había fallado. Medité que a pesar de su clarividencia y su intuición, Nasser no se había dado cuenta que David se parecía muy poco a su padre. Que extraña manera tenía el destino de intervenir en la historia.

David no era el tipo de hombre al que le gustase intimar con los demás. A pesar de lo abierto que parecía, se reservaba siempre lo que le interesaba y utilizaba el increíble atractivo que poseía para que los demás le contasen todo lo que sabían.

Por ello, a partir del momento en que vi con mis propios ojos como se comportaba con Sarah, conmigo mismo, con los que le rodeaban, tuve dentro de mí la inquietante sensación de sentirme engañado por esa dualidad que en un principio me había parecido una virtud.
Por otro lado, mi primera admiración se tornó recelo y malestar, porque aunque volviese a nacer jamás sería capaz de emplear la argucia y el engaño, tal y como David demostraba continuamente. Reflexioné que aquel hombre pasaría por encima de todos los que se interpusieran en sus fines. Cualquier precio le parecería válido para llegar hasta donde se había propuesto y eso producía muy dentro de mí, un leve escalofrío, porque también por primera vez había llegado a penetrar en el alma humana. Lo que hasta entonces me había parecido algo natural, de pronto se había transformado en una elección continua y no sabía bien si sería capaz de moverme en el estrecho camino que yo mismo me había trazado.
Curiosamente, a pesar de todo lo que habían intentado imbuirme a lo largo de una estricta educación puritana, había tenido que ser alguien como David el que me hiciese comprender la diferencia entre el bien y el mal, la continua elección ética.
Tampoco Sarah pareció alterarse en lo más mínimo, incluso su afecto por mí se volvió en apariencia más profundo e irónicamente, más sincero. Reflexioné que tenía mucho que aprender y que probablemente la equivocada educación que había recibido me impedía comprender del todo el nuevo mundo que ante mí se había abierto.

A los pocos días Sarah desapareció de El Cairo. Según Carla Mattei, se hallaba en Roma con unos parientes. Yo no las tenía todas conmigo y llegué a dudarlo, pensando que no quería verme o incluso que sólo quería estar con David. Pero tampoco éste parecía tener ninguna referencia y poco a poco el intenso trabajo en la embajada me fue absorbiendo y a causa de él llegaba al hotel tan cansado, que no me apetecía salir con David de juerga como pretendía hacer todas las noches, hasta altas horas de la madrugada.

Efectivamente, debido a la falta de personal, pronto ascendí a segundo secretario e incluso el embajador me propuso el traslado a otra legación. Pero insistí tanto en quedarme y debían estar tan satisfechos con mi trabajo, que finalmente logré quedarme. En modo alguno quería irme de El Cairo, de Egipto y volver a Europa. Creo que en aquellos momentos se me hubiese hecho insoportable.

Y eso fue así porque me parecía que había en mi vida un antes y un después. Como si hubiese tenido una revelación y de entre las grises brumas en las que había transcurrido mi infancia, mi juventud, hubiese aparecido el luminoso cielo azul de aquel país, con la íntima convicción de que el paraíso no podía tener otro color.

Comprendí tan vívidamente como el destello de un fogonazo, que la vida era algo tan breve, tan casual, que había que tomar inmediata, instantáneamente lo que nos ofrecía, porque la más leve duda nos podía impedir alcanzarlo de nuevo.

Por aquellos días Nasser era ya presidente de la Cámara de los Diputados y también ostentaba la Cartera de Interior. En El Cairo todo el mundo sabía que no se movía ni una mosca sin su consentimiento y que Mohamed Neguib no era más que un presidente títere de los deseos y voluntades del verdadero Rais.

Pero lo que Nasser deseaba obtener sobre todas las cosas, era el control del Canal, algo de lo que los británicos en modo alguno querían oír hablar. Eran plenamente conscientes de que perder aquella arteria vital para su imperio, era algo definitivo. Por supuesto que había importantísimos intereses económicos, pero creo con absoluta certeza, que fue una de las pocas veces en que el sentido histórico se anteponía a cualquier otro. En mi embajada ocurría algo parecido y aunque manteníamos múltiples contenciosos con los ingleses en todo el mundo, a fin de cuentas éramos socios en aquel asunto y teníamos que intentar llevar una política común, lo que no era nada fácil y eso en la pequeña parte que me tocaba, me hacía trabajar más de la cuenta.

El Cairo era en aquellos momentos algo así como el filo de una navaja,

un lugar donde se palpaba la tensión entre dos modos de ver la vida. También, de otro lado, allí coexistían el universo de los políticos, los banqueros, los militares y el del resto de los ciudadanos que parecían no alterarse por nada, ni por nadie.
Tenía la impresión de vivir en una especie de atalaya, desde la que podía vislumbrar el nuevo orden que estaba cerniéndose sobre el Mediterráneo y del que aquel coronel llamado Gamal Abdel Nasser, parecía ser el líder indiscutible e indiscutido. No sólo de la nueva República Arabe Unida, o como se oía y se leía en los medios de comunicación, con el nuevo y pomposo nombre en árabe "El Gumhuriyya El'Arabiyya El Muttahinda", porque para aquel pueblo tan tradicionalista y aparentemente tan sencillo, estaba claro que el único destino de Egipto era liderar a todo el mundo árabe. De alguna manera volver a tomar las riendas que nunca debían haber perdido.
David se ufanaba ante mí de su íntima relación con aquel hombre. Pero la verdadera dimensión de aquella extraña conexión se me relevó más tarde. No lo llegué a creer hasta que pude verlo con mis propios ojos.

Nasser había dado un plazo a los ingleses para que se retirasen del canal. Eso los tenía enfurecidos, ya que en modo alguno aceptaban que se les emplazara.
Incluso los periódicos británicos se mofaban de Nasser. Parecía algo absurdo. Aparecieron viñetas en las que se veía un ratón tocado con el fez intentando amedrentar a un elefante tocado con la corona imperial. Nosotros los franceses, por alguna extraña razón manteníamos una postura más ambigua. Oí a mi embajador referirse a aquella situación y para mi sorpresa, mencionó Abukir y Alejandría, como si la extraña mezcla de amor y odio que sosteníamos desde siempre con los ingleses, se manifestase de nuevo una vez más entre nosotros.
Se eligió la embajada de los Estados Unidos intentando encontrar un lugar neutral, pero pensé que se trataba de algo más, como si toda la política del Mediterráneo a partir de entonces tuviese que pasar por

los americanos. Allí nos encontramos. Tuve que asistir como segundo secretario, llevando un pesado portafolio lleno de informes que me iba pidiendo el primer secretario de la embajada o incluso el propio embajador.

Era curioso ver aquella mesa, artificial, cuadrada, enorme, Nasser no la había aceptado de otra manera, con las cuatro legaciones, los anfitriones americanos, los egipcios, los británicos y nosotros, todos mirándonos como si fuésemos niños jugando a ver quien se llevaba el gato al agua.

Aunque David seguía siendo sólo tercer secretario de la embajada americana y en una reunión de aquellas características ni tan siquiera se le hubiese convocado, por alguna razón, quizás la especial y conocida relación de su padre con Nasser, se le había dado incluso un protagonismo que en absoluto le correspondía por su posición jerárquica en la legación. De hecho el Rais quiso que le acompañase un par de veces cuando se retiró a parlamentar tanto con los británicos, como con los americanos. Estaba claro, al menos para mí, que nosotros los franceses estábamos allí ejerciendo un papel de meros comparsas. Lo que los españoles llaman con acierto, hacer de convidado de piedra.

Aquella situación me demostró que David no exageraba y que si no se podía hablar de influencia, sí al menos de una especial predilección que evidentemente se había trasladado de padre a hijo.

Fue la primera de una larga de serie de negociaciones, donde se demostraba el verdadero liderazgo de Gamal Abdel Nasser y en las que se pudo comprobar como la figura del presidente Neguib se iba difuminando rápidamente.

Una noche en la que habíamos quedado para dar una vuelta por los clubs de las orillas del Nilo, en la época en que Sarah estaba supuestamente en Roma, David se disculpó a última hora diciéndome que fuese yo con otros amigos, ya que él no podía ir. No dijo lo que le había ocurrido, pero incluso por teléfono le noté muy nervioso y preocupado.

No fue hasta al cabo de unos días cuando volví a verle. Era sábado por la noche y de nuevo como era nuestra costumbre debíamos vernos

para cenar. David durante un largo rato se mantuvo silencioso jugando con el mechero mientras nos servían unos martinis. No me miró a los ojos ni una vez y eso me pareció raro, porque no era su forma natural de ser. No porque fuese muy noble y sincero, sino porque sabía disimular perfectamente cuando le interesaba.

Fue al terminar de cenar, mientras observábamos una cascada de fuegos artificiales sobre el río, cuando me lo contó. El día anterior alguien había ido a buscarle a la embajada; pero no subieron, le esperaron en la calle y cuando salió, después de terminar el trabajo, le abordaron. No había sido un secuestro. Era cierto que le habían coaccionado, pero él les demostró que no sólo no sentía ningún temor, sino que además tenía interés en ir a donde quisieran llevarle aún sin saber siquiera de que se trataba.

Le creí. Esa forma de ser era exactamente la que él tenía. Su particular forma de ver la vida, sin importarle el riesgo, como si estuviese convencido de que nada podría ocurrirle.

David parecía disfrutar con la intriga que me producía su narración. Me pareció natural que lo contase, pero ya siempre notaba en él un rictus de superioridad que empezaba a desagradarme.

Me explicó que le habían llevado en un coche que les esperaba dos calles más arriba. Confesó que a partir de entrar en el vehículo empezó a sentir una cierta intranquilidad, porque se dio cuenta de que todos ellos eran árabes vestidos al estilo tradicional, lo que le pareció anormal, que además lo miraban de reojo con una expresión siniestra que no le gustó. Meditó que él tampoco debía agradarles a ellos y se encogió de hombros. A fin de cuentas, en el “rol” que él mismo había creado, le interesaban las emociones por encima de cualquier otra cosa.

Me miró fijamente, haciendo una estudiada pausa mientras bebía una copa de vino, como queriendo analizar la impresión que todo aquello me causaba.

Prosiguió su narración, hablando más bajo. Intentando un tono melodramático. Le habían llevado hasta lo que parecía una antigua mezquita en las afueras. Allí uno de ellos, el que parecía de más edad, le acompañó hasta la puerta sin dirigirle la palabra. Entró más

intrigado que decidido, porque no sabía lo que se iba a encontrar allí, pero reflexionó que si hubiesen querido matarle, para entonces ya estaría muerto.

Un hombre mayor, le pareció un jeque, se encontraba sentado en una especie de salita, previa a la gran sala de rezos. El hombre le saludó, hablando en árabe, pidiéndole disculpas por la forma en que le habían hecho ir hasta allí. David murmuró que no tenía importancia, pero él mismo notó que sus palabras apenas eran audibles y pensó que por primera vez en mucho tiempo estaba emocionado. Era exactamente la clase de situación con la que había soñado cuando preparaba las oposiciones a la escuela diplomática. Luego la realidad le había demostrado que su trabajo cotidiano era una aburrida, monótona y ambigua burocracia sin fin que parecía impedirle progresar.

El jeque le pidió que se sentase frente a él, en un diván de patas doradas que pretendían simular las garras de un león. Era la típica mezcla de elementos sobrecargados, casi barrocos, en total contraste con el ambiente sencillo, de habitaciones cúbicas con paredes encaladas de añil.

El jeque lo observaba con detenimiento, quizás dudando de si podía llegar a confiar en él. David se daba cuenta de aquel sentimiento, pero por otra parte quería participar de aquel extraño juego, que lo redimía de la insoportable rutina de la embajada

El hombre se presentó a sí mismo como el jeque Ali Hussein y cambiando el tono, como si quisiera congraciarse con él, le dijo que había conocido a su padre. De hecho, durante una época, se podría decir que casi habían sido amigos. Eso había ocurrido en la Universidad de Al-Azhar, cuando John Foreman decidió aprender árabe. Y no sólo eso, sino que también se empeñó en estudiar El Corán a fondo. David asintió, recordaba aquello perfectamente.

Le explicó que se habían comprendido a pesar de todo lo que les separaba. Una especie de barrera aparentemente infranqueable que muy pocos occidentales eran capaces de saltar, pero que en aquel caso había sido posible por el empeño de John Foreman. Un hombre educado en los principios del liberalismo occidental, sin problemas económicos, pero también sin los enormes prejuicios que llenaban a

muchos de sus compatriotas, capaz de conectar perfectamente con un hijo de campesinos que había llegado a ser profesor de teología de El Corán, en la universidad más prestigiosa del mundo islámico.

El jeque hablaba en tercera persona, como si aquellos recuerdos tuviesen tanto tiempo, que incluso él se viese como otro personaje con el que ya ni tan siquiera se reconocía.

Pero tenían algo en común. Ambos estaban acostumbrados a llegar hasta el final. A no dejar las cosas a medias. John Foreman había sido capaz de percibir la importancia de aquel universo radicalmente distinto al suyo y se le permitió, no sólo acceder a él, sino también explicarle el punto de vista musulmán sobre lo que estaba ocurriendo en el Islam.

Pero John Foreman había muerto. Sin embargo David seguía allí y todo el mundo había podido ver como el Rais lo aceptaba y le otorgaba su confianza. Hizo una pausa antes de aclararle que él, como verdadero creyente, no simpatizaba con Nasser, no compartía en absoluto su ideología sobre el futuro del mundo árabe. Nasser había tomado un camino equivocado, el único panarabismo posible era el islámico y la única verdadera democracia era El Corán. Era una pena que Hassan Al Banna hubiese muerto hacía apenas cuatro años. El fundador de los Hermanos Musulmanes, tenía las ideas muy claras y su aspiración de imponer un gobierno islámico teocrático a los musulmanes de todo el mundo era compartida por multitud de fieles. Por mucho que consiguiese Nasser, sus logros no harían más libres a los musulmanes. Era obvio que las influencias del colonialismo, en el que evidentemente vivían, seguirían durante largo tiempo. Dependerían de la ayuda exterior. La verdadera, la única solución, era la propuesta de Al Banna.

El jeque hablaba sin mirarlo. Sus negras pupilas parecían perderse en el infinito, como si estuviese viendo un mundo al que David todavía no pudiese acceder.

Prosiguió lentamente, intentando explicarle que la vía revolucionaria elegida no iba a aportarles mayor libertad. Sabía que el ideario del coronel Nasser pasaba por abolir los tribunales de la Sharia y por reconvertir la universidad islámica - hizo un gesto despreciativo con la

mano derecha y la boca - en una institución parecida a las europeas. ¡Qué equivocación! Al Azhar no soportaría aquello. ¿Cómo podría creer aquel hombre que su poder le iba a permitir someter a los ulemas y transgredir la ley islámica? Eso era algo imposible.

David lo escuchaba pensativo. Empezaba a comprender que su conversación con el jeque no era casual. Había algo mucho más profundo en todo ello. Apenas hacía dos días que su jefe, el embajador había hablado con él. Le había invitado a comer en privado y creyó en el primer momento, que quería darle el pésame por su padre, un gran colaborador de la política americana en Egipto.

Pero luego, durante el transcurso de la comida, resultó que de John Foreman sólo hablaron de pasada. Casi por compromiso. Lo que el embajador quería saber eran sus verdaderos sentimientos sobre el Islam. Eso le pareció extraño y estuvo a punto de mentirle, pero finalmente no lo hizo. Le explicó que su padre había influido en su criterio. Hablaron largo rato y el embajador se mostró muy comprensivo. Incluso dijo que también él se sentía muy atraído por aquella religión.

Sin embargo, mientras escuchaba al jeque, se dio cuenta de que todo encajaba. Supo también, que lo que más le convenía, era aparentar que no se había dado cuenta de la manipulación que pretendían hacerle entre unos y otros.

El jeque estaba hablando cada vez más claro. Le dijo claramente que necesitaban un hombre como él. Alguien inteligente, aunque haciendo una pausa remarcó que lo más importante para ellos era que comprendiese que el Islam desde los dos puntos de vista. El de los creyentes y el de Occidente. Por supuesto que sabía que David no era musulmán, pero había vivido inmerso entre ellos toda la vida y al menos en apariencia seguía el ejemplo de su padre, de John Foreman, que también quiso aproximarse, casi integrarse.

Tenía que aceptar, debía hacerlo. Había llegado el momento del cambio. El mundo occidental había creado una terrible situación de tensión y recelo en contra del Islam. Iban a ocurrir muchas cosas en el futuro. En el propio Egipto las aguas de la política oscilarían como las del Nilo. Nasser estaba intentado en Egipto algo más ambicioso que lo

que Ataturk había logrado aparentemente en Turquía.
El jeque movía incansablemente las negras cuentas de un rosario entre sus largos dedos. Sus ojos oscurísimos parecían refulgir con la pasión y David se sintió casi conmovido. Pensó que él también tenía una misión que cumplir y que había sido elegido para ella. Además intuía que tenía el respaldo de su propio país, y eso le hacía sentirse inmune, tal y como era su propia filosofía vital.
El jeque le tomó de la mano, como queriendo transmitirle sus razones de una manera muy directa y cercana. David que había recibido parte de su educación en uno de los barrios de El Cairo, que hablaba el árabe con fluidez y que conocía las reacciones más íntimas de los cairotas, no se asombró por ello. Más bien le pareció que aquel hombre deseaba mostrarle su amistad y su confianza y quizás también quería de alguna manera comprometerlo.

El jeque apenas si le dejó intervenir, sólo al final de la reunión le hizo algunas preguntas sobre cuál iba a ser la postura de los Estados Unidos con respecto a Nasser.
Se despidieron dándose la mano. De alguna manera David se sintió comprometido con ellos aunque no lo manifestó directamente.
Salió de aquel lugar convencido de que su vida iba a cambiar, pero sin saber demasiado bien lo que podría llegar a ocurrir. En el coche, a la vuelta, los mismos árabes que le habían acompañado le observaban, mirándole de reojo, con igual hostilidad. Meditó que aquella gente no aceptaba la injerencia constante de los europeos en su vida. Por definición, todos los que no eran árabes eran infieles y por tanto, gentes dudosas.
Le dejaron en un lugar muy cercano a donde le habían recogido. Estaba oscureciendo y algunas farolas comenzaban a lanzar una pálida y amarillenta luz. Las calles empezaban a animarse aunque todavía hacía mucho calor y David pensó que necesitaba una ducha. Un leve e indefinible perfume le envolvía y pensó que quizás podría llegar hasta la misma mezquita siguiendo el rastro entre los otros miles de aromas de aquella ciudad. Pero eso era algo imposible y sonrió, al sentir de

nuevo a su alrededor la vibrante y amistosa vida de El Cairo.
Terminamos de cenar. David me observaba para ver el efecto que aquello me había hecho. Yo no estaba sorprendido, porque ya me había acostumbrado a su forma de ser y de entender la vida. David atraía los problemas, las aventuras, las circunstancias complicadas. Eso no fue más que otro paso más en el tortuoso y extraño camino que al final le conduciría hasta su exilio en París.

Louise me estaba tocando el hombro. Me había estado llamando para comer, pero debía encontrarme tan abstraído que no pude escucharla. Sentí un escalofrío, mientras permanecía en el jardín el sol había cambiado de posición y había permanecido demasiado tiempo sentado a la sombra del gran tilo.
Mi ama de llaves me observaba con preocupación. Ella mejor que nadie, podía comprobar de que manera me afectaba todo aquello. También la, para ella, inquietante aparición de Camille en Ginebra. Desconfiaba de los extraños y quizás se había vuelto algo posesiva. Pero se le podía perdonar porque era mi única familia. Luego me introduje en la casa, mientras el viejo mirlo que habitaba en el tilo, lanzaba un agudo chillido de alegría al comprobar que de nueva era el amo del jardín.

6. LA TORMENTA

Intenté varias veces ver de nuevo a Camille pero no la encontré. Incluso volví a París, obsesionado por el pensamiento de que ya era demasiado viejo para todo aquello y que debería conformarme con la austera y casi ascética vida que llevaba en Ginebra. Los distantes días de mi vida en El Cairo, en Túnez, en Argel, en Estambul, me parecían un sueño vertiginoso, algo lejano en el tiempo y también en la distancia, como si no se tratase de mi propia historia, sino de algo que me hubiesen contado, porque algunos de entre aquellos sucesos me parecían ya sólo fogonazos; destellos tan fugaces que era incapaz de centrar las imágenes y apenas percibir a los protagonistas de las historias en las que había participado y que como un patchwork o un centone, componían mi vida, ahora comprimida en el recuerdo, todo lo más con la melancólica certeza de que todo aquello, que una vez fue real, desaparecería conmigo, con la generación de la que formaba parte, dejando sólo un leve poso que el tiempo se encargaría de borrar definitivamente.

Pero a pesar de aquellas nostálgicos pensamientos, era consciente de que Camille estaba siendo para mí como un revulsivo que había refrescado aquellas viejas imágenes, trayéndolas desde algún lugar donde debían reposar entre otras miles y destacándolas, para hacerme ver que no había tanta distancia entre la realidad y el recuerdo, entre lo que realmente fue y la parte mínima de aquellos sucesos que pude entonces almacenar en mi memoria.

Camille me había hecho intuir que gracias a ella podría llegar no sólo a comprender algunos episodios incomprensibles, casi enigmáticos, sino incluso a ver una porción de aquella realidad, desconocida hasta entonces para mí. Porque nunca hasta aquel momento había podido comprender que existía otra parte de verdad en la que no había participado personalmente, pero que inconscientemente afectaba a la parte que había vivido directamente y podía por tanto ayudarme a comprenderla.

Tenía la extraña sensación de necesitar un lazarillo. Mi particular

forma de entender la vida se veía radicalmente alterada por la aparición de Camille y eso me producía una sensación de inquietud. También el diario que me había entregado y al que no le había prestado en principio ningún interés o al que quizás decidí no hacerlo, porque en alguna parte, muy dentro de mí, sabía que era preferible no leerlo.

De hecho, a cada instante pensaba que abrirlo o no, no iba ya a alterar en modo alguno todo lo que una vez ocurrió, pero temía que quizás sí conseguiría alterar la parte de mi vida que me quedaba por vivir y debido a ello no estaba demasiado seguro de que esa decisión fuese positiva.

Pasaron los días y también las semanas. Finalmente llegué a sentir tanta turbación, tanto desasosiego, que casi desesperado llamé a Camille, con la determinación de verla lo antes posible, aunque para conseguirlo tuviese que volar a Nueva York. Esperaba que ella comprendiese mi situación. A fin de cuentas, ella misma de alguna manera había provocado todo aquello.

El simple hecho de poder hablar con Camille, me tranquilizó. Tuve la misma sensación que el enfermo que sintiéndose mal logra hablar y escuchar al médico, aunque éste no le proporcione ningún remedio. Fue para mí como una especie de placebo psicológico.

Contestó que no debía tomarme la molestia de viajar hasta los Estados Unidos. Pensaba permanecer próximamente unos cuantos días en París y allí quedamos citados. Al colgar el teléfono, comprendí que sobre todo necesitaba demostrarle que no era todavía un inválido. Aparentar, sólo eso, que era capaz todavía de cualquier cosa. Creo que Camille aceptó al darse cuenta de mi verdadera situación. Mientras me recomendó que terminase de leer el diario. Le aseguré que así lo haría y nos despedimos como si nuestra relación fuese ya casi familiar.

A fin de cumplir mi promesa por una parte y también porque finalmente la curiosidad había hecho presa en mí, aquella misma noche me senté en mi sillón preferido de la biblioteca. Debía aceptar que no podía huir más de aquellas páginas, que eran, a fin de cuentas, el testamento de David y además estaba convencido que después de

todo, lo había escrito sólo para mí.
Encendí la lámpara y su luz verdosa me envolvió. Suspiré al ver mis manos arrugadas, manchadas por lo que se antojaba el óxido de los años. El paso del tiempo me obsesionaba cada vez más, haciéndome ver mi verdadera situación. Luego, con una absurda sensación de temor, comencé a leer de nuevo; en el fondo necesitaba no sólo saber lo que realmente había ocurrido, sino también, más que ninguna otra cosa en el mundo, poder recuperar mi tranquilidad perdida.
Volví a releer las páginas que una vez yo mismo había escrito. No pude dejar de emocionarme. Nunca había aceptado el brutal ritmo que nos imponía la vida. El hombre joven, fuerte, animoso, que había escrito un día aquellas páginas había desaparecido definitivamente. Pero sin embargo el diario me estaba revelando muchas cosas que en su día me pasaron desapercibidas. Cada vez estaba más convencido que Camille lo había leído en profundidad e incluso tenía la intuición de que conocía muchos datos y circunstancias que no figuraban en aquellas amarillentas y estropeadas páginas.
Aparté la vista un instante del diario, mientras pensaba que Camille era también un enigma para mí; a fin de cuentas, de alguna manera ella era también el resultado de aquella turbulenta historia de hacía cuarenta años. Luego, pensativo, seguí de nuevo con aquel viejo libro, mientras salía un rato al jardín a seguir leyendo, aprovechando uno de los raros y extraordinarios días de Ginebra en que el sol brillaba en el cielo azul.
A pesar de todo, no podía concentrarme. Mi cabeza pasaba de Sarah a Camille y de Camille a Sarah. Ella había muerto finalmente y aunque lo sabía, no pude evitar conmoverme de nuevo. Había significado para mí más que ninguna otra cosa en el mundo. Suspiré. A veces deseaba desaparecer yo también, porque aquella intolerable sensación de inquietud, de desasosiego, no me permitía vivir y si eso era todo lo que me reservaba el futuro, prefería terminar cuanto antes. Era preferible no pensar, pero también era inevitable hacerlo.
Ella había ido realmente a Roma, pero sólo de paso hacia la Universidad de Oxford, donde estaba a punto de licenciarse en Historia. Desconocía el motivo por el que Carla Mattei me había

ocultado su destino. Recuerdo que entonces me pareció entonces algo infantil.
Fue al comenzar con la parte del diario escrita por David, cuando leí que la verdadera idea de Carla Mattei era que su sobrina y también su heredera, abortase en una clínica de Londres. Sarah hizo como que se sometía a los deseos de su tía y desapareció de El Cairo. David que era mucho más perspicaz que yo, fue capaz de dar con ella, convencido como estaba de que el hijo por nacer era suyo. Reflexioné que en la mayor amistad y confianza que les unía, quizás Carla Mattei terminó por confesarle la verdad.
Así fue realmente como Camille vino al mundo. Después al cabo de unos meses, Sarah la dejó con sus tías en Roma y volvió otra vez a Egipto manteniendo su secreto, al menos para conmigo.
Mientras leía aquellas líneas me sentía estúpido. Como siempre ocurría en todos los melodramas, había alguien que no se había enterado de la película; ese era yo. No me cabía en la cabeza que se hubiesen portado así conmigo. ¿Por qué no me lo habían dicho? Intenté volver de nuevo a la lectura, esperando encontrar la explicación a aquel comportamiento, pero me sentía tan alterado que opté por dejarlo y acostarme, aunque estuve largo rato dándole vueltas a la cabeza mientras conseguía dormirme.

Esa misma mañana, muy temprano, apenas eran las ocho, alguien llamó por teléfono. Un tal Thomas Scott. Mencionó que era un viejo amigo de David Foreman y que quería decirme algo de interés. Tantos años sin saber de David y de pronto volvía para invadir completamente mi vida, como si su muerte sólo hubiese servido para resucitar viejos fantasmas.
El hombre dejó un teléfono donde poder localizarlo. Pero yo no tenía muy claro lo que debía hacer. Incluso intenté hablar con Camille, pero no se encontraba en Nueva York, ni tampoco en París. No tenía ni la menor idea de donde podría hallarse, pero en un primer momento pensé que debía hablar con ella antes de hacer nada. Por la tarde el teléfono volvió a sonar, era de nuevo Scott que insistió en verme lo

antes posible. Debo confesar que me hallaba intrigado y nos citamos en una conocida cafetería cercana a mi casa.

Mientras caminaba hacia ella, pensé que todo aquello era algo inevitable. Me obsesionaba pensar que nunca, hasta el final, podría librarme de David y de todo el enigmático mundo que lo rodeó. ¡Qué extraño era el destino! Había vivido una gran parte de mi vida absolutamente convencido de que todo había terminado. Incluso creía haber olvidado gran parte de lo que ocurrió. Me parecía imposible que aquello estuviese sucediendo otra vez.

Me senté en el café. Una pareja de mi edad me observó detenidamente, parecían no tener otra cosa que hacer y ellos estarían convencidos de que a mí me ocurriría lo mismo. Los miré con conmiseración, porque tenía la certeza de que había una diferencia esencial entre ellos y yo. Mi vida había sido rica en sucesos, en historias casi increíbles, en insólitos personajes y ese bagaje lo llevaba dentro de mí. Medité que a pesar de todo, no me cambiaría por nadie.

Sentado allí, no pude evitar pensar en la enorme diferencia entre una elegante y silenciosa cafetería de Ginebra y cualquier animado café de El Cairo. En Suiza habíamos perdido algo fundamental: el aliento vital. Poco a poco, nos habíamos convertido en seres egoístas, encerrados en nosotros mismos, sólo preocupados por nuestro nivel de confort, de seguridad, de riqueza, algo que me parecía miserable. Sentíamos hostilidad por los niños que gritaban mientras subían las escaleras corriendo alterando el silencioso orden que nos habíamos impuesto, por los negros, los árabes, todos los extranjeros, por todos los que no eran exactamente igual que nosotros.

Por contraste, en El Cairo de entonces todo lo nuevo era bienvenido. Cuando viví allí, aún en los difíciles y complicados años del nasserismo, las gentes eran amables, cordiales, humanas. Cuando un mendigo, un desheredado, quizás un leproso entraba en una cafetería, en un comercio, en una barbería, no salía sin una limosna. Todos éramos conscientes de que podíamos ser él y además El Corán exigía la caridad con el desconocido, con el miserable, con el hambriento. Al menos para mí, eso valía para creyentes y no creyentes.

De pronto sentí el impulso de levantarme y marcharme. No deseaba

saber nada más de David Foreman. No podía aceptar que siguiese influyéndome, una y otra vez. Comprendí que si seguía allí no lograría librarme de él, por otra parte tenía poco tiempo por delante y no podía malgastarlo.

De hecho, decidido a abandonar todo el asunto, me incorporé y el camarero que ya se dirigía hacia mí, se quedó mirándome, esperando a que me levantase del todo, creyendo quizás que deseaba cambiar de mesa. Pero en el mismo instante vi acercarse a un hombre alto, extremadamente delgado, de tez pelirroja, con el rostro plagado de manchas oscuras. Aparentaba alrededor de sesenta años y prácticamente antes de que me viese, supe que se trataba del individuo que me había citado.

También él se dirigió directamente hacia mí y se presentó como Thomas Scott. Desde el primer instante, no me ocultó que pertenecía a la CIA. Eso no me extrañó en absoluto, porque aunque desconocía si al final David había llegado a pertenecer a la Agencia, sí sabía que había tenido una importante relación con ella.

Scott tomó asiento frente a mí. El camarero se acercó y ambos al unísono pedimos café exprés. La coincidencia me hizo sonreír, porque con David me ocurría lo mismo. Scott comenzó su explicación diciéndome que hacía mucho tiempo que me conocía. Exactamente desde el año mil novecientos cincuenta y cuatro. Pensé para mí que entonces él sería muy joven. Mencionó que David Foreman le había hablado bastante acerca de mí.

Algo nervioso le pregunté que era lo que deseaba. Añadí que no tenía demasiado tiempo. Creo que entendió el mensaje, porque fue directamente al grano. Quería el diario de David Foreman. No me explicó como sabía que obraba en mi poder. Sólo deseaba que se lo entregase cuanto antes.

Sobre todo me sorprendió su exigencia. No me dió ninguna otra explicación y a la vista de ello le contesté con rotundidad. No tenía la menor intención de dárselo. En modo alguno conseguiría aquel diario. Creo que quizás incluso me excité, lo que no era frecuente en mí.

Scott no me pareció un hombre paciente, pero debió comprender que había dado con la horma de su zapato y a partir de ese momento

cambió de táctica. Sorbió lentamente el café, meditando lo que iba a decirme y yo simplemente, esperé.
Empezó a hablar con una voz monocorde, en un tono muy bajo, como si no quisiera que nos oyesen.
En mil novecientos cincuenta y cuatro, a pesar de su falta de experiencia y de su juventud, había sido designado para ser el enlace entre la CIA y David Foreman. No conocía entonces nada sobre el mundo árabe, acaba de ingresar en la Agencia, parecía gozar de la confianza de sus superiores por lo metódico de su trabajo, sus pulcros informes y su entrega personal. A pesar de ello, a él mismo le sorprendió la designación y el que lo enviaran a un lugar tan crítico como era entonces Egipto.
El propio embajador le presentó a David en su despacho en la embajada. Fue asignado a él como una especie de ayudante, pero con la orden implícita de ganarse su confianza para luego informar a la Agencia sobre todo lo que David Foreman hacía y decía.
Me aclaró que no dudaban de David. Era sólo la forma de trabajar de la Agencia, una especie de método de control que evitaba otros problemas añadidos.
Desde el primer momento comprendió que su objetivo no era nada fácil. David era extremadamente inteligente, además tenía una gran capacidad para la simulación y sobre todo muy pocos escrúpulos. Recordaba que sintió al instante una gran admiración por él a pesar de las dificultades.

Thomas Scott se quedó mirándome. Luego intentó explicarme que se trataba de un juego a varias bandas, donde nadie era capaz de saber si lo estaba ganando o perdiendo. Pero en definitiva era su trabajo y además de ganarse el sustento, en aquellos momentos estaba finalmente convencido de servir a su patria. También me aclaró que eso ya había cambiado.
Siguió su narración en un tono impersonal. Tuve la impresión de que aquella historia la había contado muchas veces. Era como si se la supiese de memoria, casi como si la tuviese grabada en su mente.

Pero enseguida reflexioné que a mí me ocurría exactamente lo mismo y escuché su relato con un gran interés, porque en el fondo era como si yo me la estuviese contando a mí mismo. Conocía gran parte de lo que decía, aunque no todos los detalles.

Cuando Scott llevaba apenas unos días intentando controlarlo, David tuvo su primera relación con los Hermanos Musulmanes. Pero eso no lo supo directamente, porque David no se lo dijo nunca. Fue el propio embajador el que le aclaró la situación. Debía vigilar y proteger a David, pero en principio aquella gente no iba contra él. Más bien al contrario.

David comenzó a reunirse frecuentemente con miembros de la Hermandad. Eran reuniones secretas, porque la CIA no quería romper ni lastimar la magnífica relación que también mantenía con Nasser. Por otra parte, en aquellos días, David creía no sin razón, ser el centro de un universo de intrigas y contactos. Empezó a considerar a los islamistas como gente mucho más preparada intelectualmente de lo que había pensado y además los creía comprender perfectamente, porque se preciaba de la educación recibida en su infancia en El Cairo y en algunos aspectos casi se sentía más cerca de ellos, que de los propios y distantes criterios de Washington.

Un día se quedó sorprendido por el intento de atentado contra Nasser. En el fondo de su alma, David no creía que se tratase más que de baladronadas, típicas de los árabes. El suceso fue prácticamente coincidente con la firma del acuerdo del Rais con los británicos y aunque el líder salió indemne, pudo comprobar que Nasser se dió cuenta asombrado de que no todo el mundo compartía su mismo sueño.

Vi que Scott estaba intentando justificar su demanda, de una parte me quería demostrar que realmente conocía a David. Pensé que si era así, debía conocer perfectamente la relación entre David Foreman y yo. Incluso, ¿por qué no?, lo que había ocurrido entre nosotros.

Por eso me resultaba absurda su petición. ¿Qué contenía aquel diario que fuese de tanto interés para la Agencia? Sólo había leído una parte de él y no había encontrado todavía nada de particular.

Se lo pregunté directamente y Scott levantó ligeramente sus manos, como pidiendo tiempo. Asentí, no tenía otra cosa que hacer y había cambiado de opinión. Quería saber más. Además lo que aquel hombre me estaba explicando, empezaba a interesarme profundamente a pesar de mi primera impresión.

Scott me explicó que entonces no quería reconocer que realmente espiaba a David. Para él sólo era un trabajo, aunque hacerlo le costaba un gran esfuerzo físico y mental, porque el sujeto de su constante vigilancia no era en absoluto un hombre normal. La propia dificultad hizo que también creciese su admiración hacia él. David era de ese tipo de personas para las que los problemas y las contrariedades eran un estímulo adicional.

A partir de su relación con los Hermanos Musulmanes, David comenzó a hacer una vida muy irregular, pero en la embajada nadie parecía preocupado ni molesto por ello. Viajaba cuando quería y podía pasarse un montón de tiempo sin aparecer por allí. Por otra parte y aunque todo el mundo sabía que disponía de una importante fortuna personal, incluso comenzó a vestir mejor, como si por algún motivo le preocupase su apariencia o como si pretendiese ser distinto a la mayoría. Una vez cuando Scott se lo preguntó, le contestó que su padre y su abuelo habían hecho exactamente lo mismo y eso al menos era cierto.

Fue entonces, en el momento en que menos se lo esperaba nadie, cuando Nasser sufrió el atentado. Al que le pareció más incomprensible fue al propio Rais. Inmediatamente se inició una investigación para saber quien estaba detrás de aquello.

Aunque la Hermandad Musulmana negó tener nada que ver con el asunto, parecía evidente que habían sido ellos. Todos los indicios apuntaban a la organización secreta. A los pocos días, David estuvo reunido una mañana entera con Nasser y lo vio indignado, parecía sentirse como traicionado. Para el Rais aquello era algo terrible, porque para él, sobre todas las cosas, aquel acto le restaba fuerza y

credibilidad a los ojos del mundo. A fin de cuentas en París, en Londres, en Nueva York, el mundo musulmán era un continuo, geográfica y espiritualmente. Si los propios musulmanes atentaban contra él, nadie en Occidente entendería su verdadera posición.
Nasser le preguntó directamente a David, porque curiosamente, aunque el embajador le acompañaba, parecía mantener el diálogo exclusivamente con David Foreman. ¿Sabían algo de todo ello los Estados Unidos? David le miró fijamente a los ojos mientras negaba con la cabeza. Si así fuese, Nasser hubiese sido el primero en saberlo.

Scott me contaba todo aquello como disculpándose. A David no le costaba trabajo mentir. Él también estaba cumpliendo con su trabajo. Una tarea difícil y delicada como pocas y más en aquella complicada situación.
A pesar del atentado y quizás a causa de él, la popularidad de Nasser no podía ser mejor. Los periódicos cairotas comenzaron a publicar chistes y dibujos alusivos al enfado de los ingleses y al temor de los franceses a perder su enorme inversión. Todo el mundo los comentaba en el café, riéndose de la situación, donde por primera vez un egipcio era el que marcaba la pauta.
Eso sin embargo pareció hacer feliz a Nasser y David también se benefició de aquello, porque su situación política y personal era ya inmejorable. Todo el mundo empezó a ver un esplendoroso porvenir para aquel joven diplomático que no había cumplido aún treinta años y que como Napoleón, también parecía haber conquistado las pirámides.
Nasser comenzó a ser enormemente popular en el exterior. Las principales revistas occidentales empezaron a hablar de él. Una mañana David le llevó la revista Time. Una enorme foto de la portada mostraba en detalle el rostro de Nasser, como reconociendo que al final, los árabes habían encontrado de nuevo un líder para todos ellos. El Rais se mostró feliz al verla y palmoteó repetidamente la espalda de David, como si quisiera demostrarle su agradecimiento por algo en lo que David no había participado en modo alguno. A partir de aquel

día, cada vez que llegaba un periodista americano o europeo, alguien del Ministerio de Interior llamaba a David para saber si debía o no ser recibido por Nasser.

Scott me miró gravemente como queriendo sopesar mi reacción. Asentí, había quedado demostrado que conocía perfectamente a David, pero todavía no me había dicho nada que se refiriese a la misteriosa razón por la que necesitaba el diario. Sin embargo, aquel hombre comenzaba a caerme bien, era una especie de camarada de otra época y decidí hacer un trato con él. Yo terminaría de leerlo. Después lo fotocopiaría y le entregaría la fotocopia. El original lo guardaría en una caja fuerte bancaria. Además le advertí que esa era mi última oferta, porque después de todo yo era el legítimo propietario de aquel diario. Pero eso sí, le garantizaba que nadie más iba a ver aquel cuaderno. Nunca más.
Scott me miró sonriendo irónicamente. Dijo que por él estaría bien. Era un buen trato; pero tenía el encargo de llevarles el diario a aquella gente de Washington. No sabía por qué era tan importante, ya que no lo había leído. De todas maneras, aunque sin muchas esperanzas les llevaría mi proposición.

Aunque prácticamente sólo había hablado él, Scott murmuró que estaba encantado de conocerme y que esperaba poder seguir charlando de nuevo conmigo. Eran las típicas frases de despedida y nos dimos la mano como viejos amigos. Luego se levantó y lo contemplé mientras se alejaba ágilmente dando largas zancadas.
La tarde estaba cayendo, pero a pesar de ello me quedé un rato sentado viendo a la gente caminar. Sentía añoranza del mundo árabe, mucho más de lo que yo mismo quería reconocer. No sólo era una parte importante de mi vida debido al tiempo que había vivido en aquellos lugares, también habían sido los momentos más transcendentes, de mayor valor humano y de mayor interés que había disfrutado

Me levanté y comencé a andar hacia mi casa. Una ligera brisa anunciaba el otoño. Pero mientras caminaba junto al lago tomé una decisión. Quería volver a ver las pirámides, navegar de nuevo por el Nilo, tomar café en una terraza de El Cairo, conversar con la gente. Volver a amar la vida, aprovechar a fondo el tiempo que me quedase útil. Luego con el corazón animado por aquella esperanza, corrí a refugiarme de las gruesas gotas de lluvia que comenzaban a caer a mí alrededor.

7. LA CONTRADICCIÓN

La aparición en escena de Thomas Scott y la aportación que hacía a la historia estaba recomponiendo un enorme puzzle. Mis recuerdos, Camille, el diario, Scott. Todo iba encajando para conformar la personalidad de David Foreman.

Había pasado mucho tiempo, incluso David había muerto, pero el misterio que rodeó su marcha, podría decir, su exilio de El Cairo, nunca se había desvelado. Quizás había llegado ya el momento.

Hacía buen tiempo. La mañana invitaba a permanecer en el jardín y a pesar de Louise, que huía del aire libre como de la peste, me senté en la terraza para seguir con la lectura del diario, con más interés si cabe después de la conversación con Scott, porque necesitaba conocer la versión directa de David sobre lo que había ocurrido.

Sin embargo, era increíble cómo me podía sumergir en los recuerdos. El solo hecho de abrir aquel cuaderno, era como si sus páginas me sugestionasen. Eran unos recuerdos tan vívidos que de nuevo me parecía estar allí. De hecho, durante el tiempo que estuve leyendo el diario, hubo muchos momentos en que confundía la realidad con el pasado y me abstraía de tal manera que no sabía bien lo que surgía de la lectura y lo que era producto de mis evocaciones.

David se quedó mirándome fijamente mientras sorbía el espeso y dulzón café al que también nosotros nos habíamos aficionado. Sus ojos brillaban por la excitación que había sentido también al contármelo. Era ya algo más que un simple diplomático. No quería emplear la palabra espía, ni agente, pero la idea de estar jugando a tres bandas; su propia embajada, su especial relación con el nuevo régimen, con Nasser y a partir de aquel momento, además, su relación con los islamistas.

Él no veía nada malo en todo aquello, muy al contrario, estaba convencido de que iba a poder colaborar con su país de una manera

más eficaz. Cualquier cosa, antes que seguir en aquel anonimato, en aquella vulgar y monótona vida, para la que obviamente no estaba llamado.
Hizo una pausa. Nunca lo había visto tan excitado. Ni siquiera podía apartar sus ojos de los míos, como queriendo estudiar mi más oculta reacción. Deseaba conocer que pensaba yo de todo aquello, aunque por otra parte, mi más íntima convicción era que no le importaba nada de lo que yo pudiese pensar sobre él. No quiero decir que entonces lo considerase un defecto, más bien admiraba aquella postura y la envidiaba incluso, porque me estaba convenciendo de que era el camino correcto para llegar a ser alguien en la vida aunque me veía incapaz de seguirlo por el momento.
Alguien había llegado desde Washington. No me podía decir quien, pero sí que se trataba de alguien con una gran capacidad ejecutiva. El recién llegado se había reunido con el embajador y luego lo habían hecho llamar.
Cuando entró David en el despacho del embajador, los dos hombres le miraron sonrientes. Sin embargo, David se dió cuenta que la del embajador era algo forzada aunque hacía lo que podía por disimular.
Le saludaron tan cordialmente como si fuesen viejos amigos. Incluso le gastaron bromas sobre su conocido éxito con las mujeres. El embajador le sirvió una copa. Luego ambos se pusieron muy serios, mientras el enviado de Washington hablaba.

El Departamento de Estado necesitaba un contacto, alguien como David. Alguien de confianza total. El hombre tuvo un recuerdo para su padre, John Foreman. Parecía incluso emocionado. Luego sin pausa, volvió a lo que le interesaba. Dijo que por supuesto que lo ayudarían, tendría todo el apoyo de los servicios de inteligencia, de la CIA, de la propia embajada. No se le asignaría una misión específica. Muy al contrario, se le dejaría en libertad para ir a su aire. Sólo se le recomendaba profundizar en sus relaciones con el régimen y también con los integristas.
El enviado insistió en que alguien tenía que hacer de contrapunto a

Nasser. No había nada de malo en apoyar a los ultra ortodoxos. Allan Foster Dulles opinaba que podían ser una eficaz barrera anticomunista. Debía apoyarlos, incluso económicamente. ¿Qué podría ocurrir? Con total certeza, nada que pudiese afectar al mundo occidental y menos aún a los Estados Unidos. Le animó a convertirse en una pieza fundamental en el inestable puente entre occidente y el mundo islámico.

Luego, en voz más baja, que a David le sonó casi paternal, dijo que no era una tarea fácil. Habría momentos ingratos, difíciles, imposibles a veces. Pero alguien tenía que hacerlo. Alguien como él. Además y eso no era en absoluto lo más importante, remarcaron, se le proporcionaría una muy generosa cuenta corriente de la que podría disponer, sin tener que dar explicaciones a nadie.

Al escuchar aquella proposición, David reflexionó que no le interesaba el dinero en sí mismo, pero ciertamente, contando con él podía llevar a cabo muchos de sus sueños. Aunque eso no fue lo que le hizo tomar la decisión final, colaboró en ella. En la embajada todos sabían que no tenía ningún problema económico y que por tanto el dinero no iba a ser un señuelo para él. Pero la sensación de poder, de dominio que le proporcionaba poder disponer de él de esa manera, era casi lo más importante.

Recordé que me lo contó con la prepotencia que la situación le daba. No le presté demasiado interés, porque sabía que si lo hacía estaba perdido. Mi postura no pareció alterar sus convicciones. Noté que simplemente me observaba estudiándome detenidamente, para ver si veía en mi rostro algún gesto de fascinación.

En ese punto el diario cambiaba y se hacía más impersonal. Era como si David, al escribirla, se hubiese concienciado de que estaba siendo testigo presencial, incluso en algunos momentos protagonista, de una historia apasionante y que tenía el deber de recogerla lo más objetivamente que pudiese.

Muchas veces pensé que ese gesto le honraba. Al menos no había tirado el diario a un lado e intentó seguir lo que yo empecé con tanto

ahínco.

Al poco tiempo Nasser demostró con hechos lo que pensaba sobre Inglaterra y también sobre Francia. En mayo del cincuenta y cuatro dio un audaz golpe de timón y se nombró a sí mismo primer ministro, sin prácticamente ninguna objeción por parte de Mohamed Naguib y con la benevolencia de las propias potencias.

Comenzó entonces una ardua y casi imposible labor de negociación, porque el interés primordial de Nasser era que los británicos evacuaran inmediatamente la zona del canal. Aquel verano fue caluroso en todos los sentidos. A pesar de que nosotros, los franceses, parecíamos no contar en un principio, fue precisamente nuestra embajada la que se convirtió más tarde en el centro de la durísima pugna. Aquello ya no era en modo alguno un acuerdo, sino una especie de batalla abierta.

También fue entonces cuando David comenzó a viajar permanentemente. En su diario parecía entusiasmado. Escribía que se estaban creando las nuevas naciones. Y era cierto que surgían de acuerdos diplomáticos o esa era la impresión que existía, tanto en Europa como en los Estados Unidos.

Y esa sensación de omnipotencia, de que unas cuantas personas privilegiadas, desde unos lejanísimos centros de poder, pudiesen manipular de aquella manera el mundo, le llenaba de anhelos, porque de alguna manera, creía firmemente que ese era también su destino.

Estuvo en Siria, en Irak, en Transjordania. Luego, durante una temporada nadie supo de él, hasta que un compañero de su embajada, Frederick Caruso, me confirmó que se hallaba a caballo entre Washington y Langley. Le pregunté, de broma, si creía que se estaría entrenando para agente de la CIA. Caruso me miró torvamente y se despidió casi sin contestarme.

Pensé entonces que iba a dejar de verlo definitivamente. Parecía que David había dado ese difícil salto, fruto de la oportunidad y de la ambición, que a veces se da entre diplomáticos de carrera.

Tanto Sarah como David parecía haberse eclipsado. Todo volvía a su

estado normal. Apenas si creía tener tiempo para algo más que trabajar en el malhumorado ambiente de la embajada sometida en aquellos días a una gran tensión. Sarah no era más que un lejano sueño y ni tan siquiera Carla me daba alguna pista sobre ella.

Sin ellos El Cairo era menos luminoso. Además, justo en aquellos meses tuvimos una temporada de continuas tormentas de arena, que llenaban la atmósfera de un finísimo polvo procedente del desierto, lo que me hacía lagrimear permanentemente cuando caminaba por las tardes de vuelta al hotel. Me sentía malhumorado y confuso, porque me parecía haber retrocedido a la situación anterior. Sólo que ya había probado la fruta prohibida y tenía la incómoda sensación de hallarme justo en la puerta del paraíso, sólo que en la parte exterior.

Tuve que hacer entonces un viaje a Europa. Algo mucho más profundo de lo que se barruntaba en el ambiente se estaba produciendo y mientras volaba en el "Súper Constellation" que me llevaba hasta París y que luego seguía vuelo a Nueva York, tuve tiempo de meditar sobre el cambio tan profundo que estaba suponiendo el proceso de descolonización, que apenas se estaba iniciando, pero que ya intuía como una enorme borrasca, un horizonte lleno de nubarrones, que con total certeza, iban a complicar la ya difícil situación de unos pueblos tan complejos, histórica y políticamente.

Recuerdo con precisión que el avión iba medio vacío. El asiento a mi derecha estaba vacío. Pensé por un momento en levantar el apoyabrazos y colocarme en una postura más cómoda. Pero justo en ese instante, repentinamente, un hombre se sentó a mi lado. Se presentó ceremoniosamente a la manera árabe como Saad Al Hakim, profesor de teología en Al-Azhar, la universidad milenaria de El Cairo. Intenté a mi vez presentarme, pero el hombre en tono misterioso, dijo que sabía perfectamente quien era yo, al tiempo que hacía un gesto que quería ser un guiño de complicidad.

Estaba claro que aquel encuentro no era casual. De hecho como supe más tarde a través de los servicios de inteligencia de mi embajada, que se mostraron muy interesados por el asunto, aquel hombre también había comprado el billete del asiento junto al mío.

Me preguntó casi susurrando, como si no deseara que nos oyera

alguien, si había oído hablar del jeque Ali Hussein. Asentí, ese nombre estaba sonando cada vez más. Era uno de los líderes de la universidad y alguien con quien se debía contar a nivel político en un futuro próximo.

No se sorprendió cuando le contesté. Lo hice para demostrarle que conocía bien el país. O quizás porque quería terminar con él cuanto antes, pero sin ofenderlo. A pesar de mi interés por mostrarme sereno, yo mismo noté que me hallaba algo exaltado y nervioso. Le dije que por supuesto que había oído hablar de él. De hecho David Foreman me había explicado la reunión que había tenido con él. Tampoco me extrañaba lo que estaba ocurriendo, hacía tiempo que esperaba que sucediese algo semejante. Me quedé mirándolo fijamente, porque realmente estaba interesado en saber hasta donde quería llegar.

Saad Al Hakim parecía estar más nervioso que yo. De hecho noté como le sudaban copiosamente las manos. Él se debió dar cuenta de que lo estaba observando y eso me hizo sentirme violento. Entonces no tuve otra ocurrencia que pedirle a la azafata que nos trajese algo de beber. Pidió zumo de naranja y yo, aunque apenas bebía alcohol, con ánimo de poner las cosas en su sitio, pedí un martini doble.

Durante un largo rato ambos permanecimos callados. Pero no podía dejar de pensar rápidamente en por qué me habían elegido a mí. De alguna manera intuía lo que estaba ocurriendo. Aquella gente, los islamistas de Al Azhar, estaban intentando algo, tal y como había quedado claro con David. Yo tenía otro criterio muy diferente, pero no quería enseñar mis cartas antes de ver las suyas.

El profesor Al Hakim que había notado mi indiscreta mirada a sus palmas sudorosas, rápidamente me explicó que era la primera vez que volaba y eso le tenía algo nervioso. Luego, como queriendo olvidarse de su estado, hizo un esfuerzo por concentrarse y empezó a explicarme lo que ellos creían que estaba ocurriendo en Egipto y en el mundo islámico.

Para él, el corazón intelectual del Islam era precisamente la cátedra de teología de Al Azhar a la que pertenecía. Allí, los dirigentes ulamas trabajaban por interpretar El Corán, los principios de la Sharia, además realizaban escritos admirables desde hacía más de mil años y

ese esfuerzo, nadie lo dudaba, había creado las bases del mundo musulmán. Cierto que Damasco y Bagdad también tenían una enorme importancia. Pero afirmó que el corazón era indudablemente El Cairo. Eso era algo irrefutable.

Vi como bebía con fruición el zumo. Debía tener la boca seca, porque en aquellos momentos el avión se estaba moviendo más de la cuenta. Probablemente estábamos cruzando un frente tormentoso y aquella situación de inestabilidad no propiciaba el diálogo. A pesar de la tensión, sonreí para mí mismo al darme cuenta de que tenía una gran ventaja sobre él. Había hecho mi servicio militar como piloto de aviación poco después de terminar la guerra mundial y me sentía en mi elemento. Estaba disfrutando con aquella pequeña ventaja que el destino había puesto a mi disposición y más relajado hice como que me sentía muy interesado por lo que me estaba explicando.

Pero aquel nervioso individuo no era ningún cobarde y hablaba con la determinación que le proporcionaba una fe ciega. Noté como apretaba los dientes mientras decía que Nasser pretendía alejar a Egipto de El Islam. Murmuró apasionadamente que en eso se estaba equivocando. Bien era cierto que había que reconocerle algo positivo. Había librado al país del círculo vicioso en que se había convertido el Wafd, el repugnante partido único con el que los británicos habían estado engañando al pueblo desde mil novecientos veintidós. Falsificando las elecciones o gobernando dictatorialmente, según el capricho del rey o de los ingleses.

Hizo una pausa y movió ambas manos hacia arriba. Al menos Nasser era más claro. Y aunque había que ayudarle a terminar de expulsar a todos los soldados extranjeros del canal, no se podía consentir que convirtiese a Egipto en un sistema democrático, algo falso e incomprensible para el pueblo egipcio, para el que El Corán era la única guía.

Después de aquella disertación permaneció un largo rato callado. Tanto, que pensé que quizás se habría mareado definitivamente con los bruscos movimientos del avión. Pero no, sólo parecía concentrado en sus ideas. Quizás intentado explicarme lo que pretendía de mí.

Estaba oscureciendo y debíamos estar sobrevolando Sicilia. Se

encendieron las luces interiores. Ambos mirábamos al frente, a fin de cuentas éramos unos perfectos desconocidos, no teníamos nada en común. Vivíamos en universos paralelos que no tenían muchas posibilidades de encontrarse, porque la forma de entender la vida en cada uno de ellos era ancestralmente distinta.

Pensé que debía haber agotado su discurso. Reflexioné aliviado, que quizás fuese así y que ya no volvería a dirigirme la palabra hasta que aterrizásemos en París. En ese caso, ambos nos separaríamos de nuevo y al cabo de unas horas incluso me habría olvidado de aquel encuentro. De nuevo el avión se movía y le oí suspirar débilmente. Como si quisiera ocultarme sus sentimientos o pretendiese darme una imagen que no correspondiese con la realidad.

De improviso - casi me sorprendió - murmuró, hablando en un tono casi inaudible. Dijo que deseaban que me reuniese con ellos en París. Sabían la clase de hombre que era yo y me respetaban por ello. Añadió que necesitaban gente que les apoyase desde fuera. En modo alguno podían arriesgarse a que un nuevo acuerdo, como el Sykes-Picot, o una nueva Declaración Balfour, traicionase la visión de libertad islámica que los árabes deseaban para todos sus pueblos.

Volvió a insistirme en su teoría. Nasser estaba absolutamente confundido y su panarabismo era algo equivocado y dañino para el mundo islámico. Sin darse cuenta pretendía volver a la era de la ignorancia y eso, los verdaderos creyentes, no lo podían consentir.

De nuevo noté que me observaba con detenimiento, como si quisiera conocer cuál era mi reacción ante sus palabras. Aparentemente no me sorprendí. Al menos, conscientemente intenté que no se me notara demasiado. Pero lo que aquel hombre, que representaba el ala más radical de los islamistas, me estaba diciendo subliminalmente, era que pretendían asesinar al presidente Nasser.

En un gesto compulsivo y rígido, pulsé el botón para llamar a la azafata para pedirle otro martini. Luego, como pude, me disculpé con mi acompañante y caminé por el pasillo hacia el aseo. Notaba como la cabeza me daba vueltas vertiginosamente. Lo que aquel hombre me estaba proponiendo martilleaba mi cerebro. Me miré al espejo y perturbado, comprobé que tenía el rostro abotargado. La noche

anterior apenas había dormido, ultimando los numerosos documentos que necesitaba para la reunión de París. Aquel hombre que representaba a una parte importante de los musulmanes egipcios, pedía la ayuda de la embajada para asesinar al nuevo líder. Recordé lo que me había contado David. Según él, había una conspiración para cambiar las cosas sin importar el costo. Noté que me transpiraban las palmas de las manos y por primera vez en mucho tiempo, tuve miedo.
Pensé en cambiarme de asiento. No quería volver a hablar con Al-Hakim. Lo único que deseaba en aquel instante era olvidarme de aquella conversación. Inmediatamente recapacité y comprendí que con eso no conseguiría nada. Tampoco me iba a arriesgar a denunciarlos, de ninguna manera quería convertirme en mártir de la causa y por otra parte, estaba plenamente convencido de que aquella gente tenía mucho más poder que el que aparentaba.
Medité por un instante si no sería el mismo David el que me estaba forzando a través de ellos. Si no les habría hablado de su relación conmigo. De mi posición en la embajada de Francia.
Cualquier cosa era posible tratándose de David y en aquel instante comprendí que me hallaba al borde de un profundo abismo. El vértigo me envolvió en el sentido literal de la palabra y no me sentí bien. A pesar de ello intenté hacer un esfuerzo por sobreponerme, salí del aseo y miré hacia mi asiento, el hombre no estaba ya allí, debía haber vuelto al suyo. Me dirigí hacia el mío tambaleándome por el pasillo. El avión daba grandes sacudidas entre unas nubes negras rotas sólo por los cegadores destellos de los relámpagos. Nos hallábamos justo en el corazón de una gran tormenta.

Tuvimos tan mal tiempo durante el resto del viaje, que llegué a París prácticamente agotado, tanto que creí que había caído enfermo. Pero lo que verdaderamente estaba sucediendo era que tenía los primeros síntomas de una especie de depresión que me acompañaría durante muchos años, cada vez que me alejaba de Oriente.
Al día siguiente me sentí mucho mejor. A primera hora me acerqué a la embajada y entregué los documentos. Me encontré con que tenía

cuatro días de inesperadas vacaciones porque la conferencia que iba a tener lugar, finalmente se había suspendido.
Tenía muy claro lo que iba a hacer. Alquilé un coche. Un Citroën negro. Decidí ir a Ginebra y una vez allí, aprovecharía para arreglar algunos asuntos particulares.
Mientras me iba alejando rápidamente de París, me iba sintiendo mejor. No podía dejar de darle vueltas a la cabeza, pensando que de aquella profesión sólo me gustaba el sitio en el que trabajaba, aunque empezaban a preocuparme cosas como el encuentro en el avión. No quería verme implicado en asuntos de esa naturaleza. Estaba convencido de que David había intervenido y que él y yo teníamos personalidades muy diferentes. A él le encantaban las circunstancias dramáticas, de hecho las provocaba a cada paso. Yo pretendía pasar desapercibido y en mi fuero interno no sabía bien si era prudencia o cobardía. Nunca había presumido de valiente.

Me detuve a comer en los alrededores de Dijón. Llevaba conduciendo desde las nueve de la mañana y me encontraba fatigado. Era un pequeño hotel cerca de la Cartuja de Champmol, un lugar tan cargado de historia que me sentía como abrumado.
Al entrar en el comedor, observé que se encontraba totalmente vacío. Quizás era todavía muy temprano. Pero a pesar de ello, parecía un lugar acogedor.
Elegí un lugar frente a la ventana. El paisaje era increíble, se veía a lo lejos la confluencia de dos pequeños ríos. El ambiente era tan distinto a lo que estaba acostumbrado, que aún a mi pesar debía reconocer su increíble encanto.
Apenas me había sentado cuando entró una mujer sola, elegantemente vestida, se acercó a una mesa cercana al tiempo que me hacía un ligero saludo con la cabeza. Lo que me pareció normal porque éramos las dos únicas personas en todo el comedor.
De pronto la dama sonrió y se dirigió directamente a mí. Me preguntó si no me molestaría que compartiésemos la mesa. Sin dudarlo me levanté al tiempo que extendía mi mano presentándome. Ella hizo lo

propio, mientras me daba su nombre. Marie Rostard de Latour. Añadió que era profesora de historia del arte en la Universidad de Ginebra.
El hecho de que yo estuviese trabajando en Egipto le pareció una coincidencia asombrosa, porque apenas hacía una semana que ella había vuelto de El Cairo, en un viaje de varios profesores.
A ambos nos apasionaba el tema y mantuvimos una interesante conversación durante la comida. Pude darme cuenta de que se trataba de una mujer preciosa y además muy culta. De hecho sentí un poco de vergüenza al ver que Louise conocía mucho mejor que yo la historia antigua de Egipto. Pero pareció no darse cuenta de ello y más bien al contrario, la veía como asombrada, incluso admirada de lo que le explicaba sobre aquel universo que era El Cairo.
Es evidente que no podemos controlar las circunstancias. Mientras terminábamos la comida comenzó a llover, al principio un chubasco primaveral que inmediatamente se convirtió en una fuerte tormenta. Me di cuenta de que proseguir el viaje era incluso arriesgado. Marie pensó lo mismo y ambos tomamos la decisión de permanecer aquella noche allí, ya que otra opción era absurda, al ver que la tormenta no tenía trazas a amainar.
Pasamos el resto de la tarde hablando de Egipto, de Oriente, de la falsa visión orientalista que se tenía en Europa sobre aquel mundo. Ambos estábamos de acuerdo en casi todo y de una manera natural me fui sintiendo atraído por Marie. Mentiría si no dijese que sentí que a ella le ocurría lo mismo, quizás la especial atmósfera en la que nos hallábamos, lo propició.
En el momento en que nos besamos por primera vez, me olvidé de todo. Hasta ese instante no había podido dejar de pensar en Sarah, en que debía haber sido ella la que se encontrase allí conmigo en lugar de Marie, por bella e inteligente que ésta fuese. Pero debo reconocer que a partir de aquel momento, no pude pensar en nada más.
Estaba oscureciendo muy deprisa, probablemente a causa de la tormenta y sin tener que justificar nada, de una manera natural ambos nos dirigimos hacia la habitación que habíamos tomado. Mientras subíamos la pronunciada escalera, casi de caracol, la luz de los relámpagos que penetraban por las ventanas recortaban el cuerpo de

Marie, que me precedía y pensé que la deseaba, que iba a ser mía muy pronto y esos pensamientos me excitaban todavía más.
Hicimos el amor apasionadamente. Las oscuras vigas de roble que me habían rozado la cabeza al entrar en el dormitorio, hacían aquel lugar hermoso y acogedor. Alguien, previsoramente, había encendido la pequeña chimenea y una agradable temperatura nos envolvía, mientras la tormenta descargaba su furia y las rachas de viento impulsaban el aguacero contra los cristales.
Fue paradójicamente en aquellos momentos cuando me sentí extranjero. El mundo en el que había crecido se había ido alejando de mí, me parecía algo totalmente ajeno, como si yo fuese realmente un extraño en aquella tierra. Pero Marie era una experta amante y sumergido en el placer pensé que todo lo demás no tenía apenas importancia.
En aquellos instantes, Egipto me pareció algo así como un sueño, como si mi vida hubiese seguido siempre allí, entre Francia y Suiza y de repente el tiempo hubiese dado un brusco salto; todo me parecía irreal.
Me relajé, pensando que lo único cierto era Marie que además a pesar de su aparentemente tranquila personalidad, era una apasionada mujer.
Cuando desperté a la mañana siguiente, ella ya no estaba. No tenía ni idea de la hora a que se había marchado. Sólo recordaba que trabajaba en la Universidad de Ginebra y que podría encontrarla allí. Me extrañó que no se hubiese despedido de mí, pero sí me di cuenta de que alguien había hurgado en mi equipaje. No sabía lo que había ocurrido, pero me quedé preocupado. ¿Quién era realmente Marie Rostard? Llegué a pensar obsesionado por el encuentro del avión, que quizás me estaban siguiendo desde que había salido de El Cairo.

Después de permanecer dos días resolviendo asuntos personales en Ginebra, sin tiempo más que para trabajar y trabajar, sin poder pensar en ninguna otra cosa, volví a París. Para cuando quise darme cuenta, estaba de nuevo en el avión, volando hacia Egipto. De vuelta en El

Cairo, pensé que el enigmático profesor de Al-Azhar era poco más que un chiflado y sin darle más importancia al asunto, al poco tiempo me olvidé de él.

Nos hallábamos ya en octubre. Tenía conocimiento de que se iba a firmar el acuerdo para que las tropas inglesas abandonasen la zona del canal. Todo el mundo en El Cairo, a todos los niveles mostraba una extraña tensión y en las propias embajadas nadie terminaba de creerse que aquello fuese a resultar fácil. El día de la firma, los periódicos de El Cairo hablaban de Nasser como del nuevo líder de todo el mundo árabe. Había conseguido negociando, lo que al principio parecía imposible. Que los ingleses se sometiesen a los deseos de los egipcios.

Sin embargo, los islamistas y entre ellos la Hermandad Musulmana, repartieron octavillas por las calles acusando a Nasser de traidor, sólo porque el acuerdo permitía utilizar la base del canal en tiempos de guerra.

Tuve la impresión de que no habían logrado nada con ello. La prensa oficial, es decir, todos los periódicos, alababan insistentemente la figura del Rais. En todos los titulares se hacía hincapié a que finalmente el mundo árabe había encontrado el líder que andaba buscando desde hacía siglos.

De hecho, en apenas dos años, había librado a Egipto de una monarquía corrupta y había puesto a los ingleses en su sitio. Eso no era más que el principio. La revolución panarabista pretendía terminar con las monarquías de todo el mundo árabe y los militares del partido Baat ya estaban tomando buena nota de todo ello en Irak. Se empezaba a hablar en la prensa de la “Nación Árabe”, como la continuación natural de la Liga Árabe creada en el cuarenta y cinco.

En El Cairo estaban todos eufóricos. Menos en las embajadas de Gran Bretaña y en la de Francia. Sin embargo los americanos parecían satisfechos con la situación. Ellos estaban jugando una partida a largo plazo y todo lo que estaba ocurriendo no era demasiado malo para sus fines. En los mismos días, una compañía como ARAMCO estaba tomando posiciones de futuro en Arabia Saudita y necesitaban demostrar a la familia Saud que se podían controlar los afanes republicanos de Nasser.

Sin embargo, todo era una gran contradicción, de una parte la pugna religiosa y tribal entre las monarquías. Hachemitas contra saudíes. Jordanos contra palestinos. Judíos contra todos. De otra, la dificultad de instaurar una democracia en el mundo musulmán. Finalmente, el problema de las sectas islámicas y de entre ellas, la Hermandad Musulmana, con su nueva definición del integrismo. Intuí lo complicado que iba a ser el futuro. Los integristas no admitían la discusión política. Para ellos la Sharia, la ley coránica, era indiscutible. El concepto de democracia chocaba frontalmente con El Corán.

Finalmente un día Sarah volvió. Había estado fuera mucho tiempo, tanto que cuando la vi por primera vez después de su vuelta, me pareció otra persona. Estaba más delgada, sus rasgos se habían afilado y su piel, que recordaba dorada por el sol de Egipto, se había vuelto blanca como la leche.

También me pareció distinta cuando hablé con ella. Tampoco eso me extrañó mucho. Estaba totalmente convencido de que ella estaba enamorada de David. Había visto con mis propios ojos como hacían el amor apasionadamente y después de eso había poco que aclarar.

Sin embargo, no quería reconocer que seguía enamorado de ella. Era la mujer más bella y más inteligente que había conocido nunca. Lo de Marie apenas había sido más que una aventura pasajera. Además Sarah, con su especial forma de ser, me convertía en el ser más desgraciado del mundo, porque me trataba de una manera que para cualquiera que nos observase podría confundirse perfectamente con el amor. Era tierna, dulce y apasionada. Esa combinación podía volver loco a cualquier hombre y precisamente por ello, no podía más.

Tomé la decisión de hablar con David cuanto antes. Tendría que dejarme el camino libre, aunque tuviese que humillarme. Pero día a día, se me hacía más y más insoportable aquella situación. Seguíamos saliendo juntos alguna vez, pero él había ido modificando poco a poco su comportamiento y su inicial amistad. El compañerismo para conmigo, se había ido transformando en superioridad, lo que para mí,

que entonces estaba como ciego, no era más que su intención de apartarme definitivamente de Sarah.

Una tarde, a los pocos días de volver Sarah, había quedado con ella en casa de Carla. Quizás llamar casa a la mezcla de un palacio árabe y una gran tienda de antigüedades era un eufemismo. Mientras iba hacia allí me sentía intranquilo, porque Sarah se estaba alejando de mí a pesar de todos mis esfuerzos y también, definitivamente, la amistad con David se había enfriado, apareciendo en su lugar una situación de tensión y malestar que me preocupaba.

Sin embargo, por alguna extraña razón, Sarah me recibió cariñosamente. Desde antes de su ausencia no la había visto así. Aquella ambigüedad me volvía loco. Para cualquiera podría parecer que ella estaba locamente enamorada de mí. Aquella noche ni tan siquiera me permitió entrar en las habitaciones privadas de Carla para saludarla. Me tomó de la mano y me llevó directamente a su apartamento. La mansión estaba configurada alrededor de un gran patio con una fuente de piedra en su centro. Todo él estaba lleno de macetas, cuajado de todo tipo de flores y especies tropicales y unas altísimas palmeras sobresalían por la parte superior, por encima de la azotea. Subí con ella, casi arrastrado, hasta la tercera planta, en donde una gran galería abierta hacía las funciones de sala de estar sobre el patio. Era un lugar maravilloso desde el que se veían los tejados y las azoteas del barrio de El Khalili. El silencio sólo lo rompía las lejanas llamadas de los muecines en las mezquitas.

Sarah comenzó a besarme, acariciándome apasionadamente y a pesar de ello no podía dejar de sentir tristeza, porque hasta que no me convenciese de que sólo me amaba a mí, no podría recobrar la felicidad.

Recuerdo como un sueño lo que después ocurrió. Creo que ambos llegamos rápidamente a un estado de excitación inusual, quizás el momento se prestaba a ello y antes de darme cuenta, estábamos haciendo el amor sobre uno de los amplísimos divanes que parecían pensados exactamente para ese fin.

Sarah llevaba la iniciativa y aunque yo sabía que hasta allí no subía nadie, sentía una cierta inquietud por si de pronto aparecía una criada o incluso la misma Carla.

Pronto me olvidé de todas mis desaventuras, ambos nos hallábamos en un estado de apasionamiento y desinhibición como nunca antes habíamos sentido. Era una sensación maravillosa y en un instante de lucidez, hasta me sentí culpable de haber dudado de Sarah. Pensé que ella también podría sentirse celosa de mi comportamiento en el hotel de Dijón si hubiese sabido lo que allí ocurrió. Todo había cambiado en unos minutos y ya tenía claro que Sarah me amaba y que lo que ocurría era que también ella sufría el extraño magnetismo que David irradiaba y que trastocaba sus verdaderos sentimientos. No me cabía en la cabeza que pudiese sentir por él nada mejor que lo que me estaba demostrando a mí.

Permanecimos largas horas tendidos en el diván. Sarah seguía besándome y acariciándome, mientras susurraba que había sentido una sensación maravillosa. A mí me ocurría lo mismo y podía entenderla perfectamente.

Puedo decir que en aquellos instantes me sentí como transportado en el tiempo; comprendí mejor la época de los antiguos faraones. Únicamente en aquel clima, en aquel país tan singular, podía llegarse a una sensación como la que yo percibía. En aquel momento no me importaba David ni nadie, sólo la cercana textura de la aterciopelada piel del pecho de Sarah que bajaba y subía ligeramente al ritmo de la respiración. Reflexioné que podría permanecer de aquella manera durante mucho tiempo, sin echar de menos nada más, oyendo el débil rumor del agua de la fuente del patio, el murmullo ligerísimo que ascendía como en pequeñas oleadas de los cercanos callejones de El Khalili, la música barroca que sonaba permanentemente en el pick-up de Carla Mattei. Todos aquellos sonidos se mezclaban en mi mente como una melodía que servía de fondo para las sensaciones y los sentimientos que sentía por Sarah.

Nos quedamos allí toda la noche. Nadie subió hasta aquella terraza, pero no pude dormir profundamente porque la excitación de los sentimientos me lo impedía. Sarah en cambio sí lo hizo, abandonada

en su confianza hacia mí me inspiraba una ternura como nunca antes había notado, quizás sólo alguna vez cuando era todavía demasiado pequeño para comprender nada más que el puro afecto. Después, durante largo tiempo, mi vida había estado al margen de todo lo que no fuese la disciplina, el rigor y un implacable y estúpido puritanismo que me impedía, a mi vez, sentir nada.

Medité que el tiempo transcurrido entre mi primera niñez y mi llegada a El Cairo, cuando había conocido a David y a Sarah, era como un sueño profundo, del que apenas recordaba algo más que la ausencia de amor. Con ellos, sin embargo, había conocido la belleza, la luz, el verdadero amor. Todo aquello que conformaba la auténtica vida.

Ahora David estaba quedando al margen. Aunque en modo alguno podía olvidar que había cumplido su misión. Me había abierto los ojos y eso, pasase lo que pasase en el futuro, no podría olvidarlo y siempre sería algo importante a su favor.

El tiempo me convenció de que eso eran sólo buenos deseos. Pero en cambio, su personalidad había cambiado tanto, que no me recordaba al mismo compañero con el que había compartido aquellos momentos de amistad y placer. Me parecía encontrar a alguien distinto, con el que ya no me unía nada y que muy al contrario, se había transformado en un competidor y en alguien en quien no podía confiar.

Creía haber vencido en la particular batalla en que nos habíamos enfrentado. A partir de esa noche no tenía la menor duda, Sarah era mía y él ya no podría hacer nada por separarnos. Estaba seguro de ello, no tenía más que abrir los ojos y ver la maravillosa y cálida piel de Sarah, que era algo así como mi nueva tierra prometida.

Amaneció y oí cantar de nuevo al muecín. Una ligera vibración sonora comenzó a llenarlo todo. El Cairo se despertaba. Me levanté y caminé hacia una ventana que miraba hacia el este. Por encima de miles de azoteas que formaban un horizonte interminable, vi salir el disco rojo que anunciaba otro nuevo día de intenso calor.

Me desperecé. Tenía la certeza de que no iba a ser un día como el anterior. Sabía, porque en la embajada estábamos advertidos, que en apenas unas horas Nasser iba a anunciar el decreto para que las tropas

inglesas evacuaran inmediatamente el canal de Suez.

Todo aquello había pasado hacía muchos años. Demasiados. Sin embargo lo que creía olvidado llenaba mi mente y mis sentidos como si hubiese ocurrido hacía unos segundos. Esa sensación no me había ocurrido nunca, o al menos de una manera tan vívida.

No pude por menos de pensar que el tiempo era algo sin sentido, algo demasiado subjetivo para ser real.

A pesar de todo me sentía bien. Mucho mejor que en los últimos años y pensé que podría invitar a Camille a viajar conmigo por el Nilo. Eso era una magnífica idea y entré en casa decidido a llamarla inmediatamente por teléfono.

8. EL APRENDIZ DE BRUJO

Abrí el diario con la intención de proseguir su lectura, ya que lo que estaba sucediendo hacía crecer mi interés por él. No podía leerlo objetivamente, porque lo que allí se decía también lo había vivido yo. David empleaba una narración en primera persona, utilizando un lenguaje simple y directo, pero que a mí me parecía apasionante, porque me hacía volver a revivir sucesos que creía olvidados. Me acomodé en un sillón desde el que veía el jardín y lo abrí lentamente.
En aquella parte el diario, escrito directamente por David de una manera casi telegráfica, narraba una parte sustancial de la Conferencia de Bandung, en la que se creó la organización de los países no alineados. Aquello había sido algo tan importante en el mundo de mitad de siglo, había influido tanto en como evolucionó después, que su lectura me entusiasmaba, quizás porque conocía bien, no sólo al que lo había escrito, sino también a muchos de los personajes de los que allí se hablaba.
Incluso la letra era rápida, forzada, como si en aquellos momentos David apenas hubiese tenido tiempo para dedicárselo, pero al menos mantenía el esquema de lo ocurrido y sobre todo, se entreveía su carácter y su ambición.

4 Abril 1.955: He hablado telefónicamente con Nasser. Estaba eufórico. Va a Bandung como un líder. He leído fragmentos de la prensa de Nueva York y de Washington y todo el mundo da por hecho que su liderazgo es indiscutible. Sin embargo, ha sido sincero conmigo. Siente un gran recelo de los Hermanos Musulmanes, porque son los únicos que le plantean una oposición donde más le duele. Se ha dado cuenta, tal y como le advertí, que no puede convertirse en el Atatürk de Egipto y del mundo árabe. Me ha contestado con un tono de ironía, que ni los turcos, ni los iraníes son árabes y que no se debe intentar establecer comparaciones.

6 Abril 1955: Sé que Nasser está preparando las maletas. Su secretario particular me ha pedido que yo vaya con la legación americana. Sé que eso le da una cierta seguridad. No sé si voy a poder hacerlo, estaba previsto mi viaje a Bagdad para otro asunto, pero voy a intentar entrar en la expedición, porque intuyo que puede ocurrir algo muy importante en Bandung.

7 Abril 1955: Definitivamente no sólo tengo que ir a Bandung, sino que debo hacerlo de manera inmediata. Es curioso que para llegar hasta allí deba dar la vuelta al mundo. El Cairo - París - Nueva York - Washington - Los Ángeles - Honolulu - Guadalcanal - Yakarta - Bandung. Voy a llegar demasiado justo al comienzo de la conferencia y también pienso que va a ser el viaje más largo de mi vida. Nasser tiene programado un recorrido hacia el Este mucho más corto. Creo que sale mañana. El embajador me ha dicho que allí van a estar también, entre otros muchos, Nehru, Chu En Lai y Sukarno.

14 Abril 1955: Acabo de llegar a Bandung después de un viaje infernal. Aquí hace bastante calor. Quizás sea que lo noto más por la humedad. Estoy acostumbrado al clima extremadamente seco de Egipto. Tampoco estoy habituado a la altura (más de setecientos metros), ni a la lluvia, ni la selva que lo rodea todo. Mañana empieza la conferencia y todavía no he tenido tiempo de leer las ponencias.
De todas maneras Nasser me llamó para comentarme sus tres teorías básicas; anticolonialismo, pacifismo, neutralismo. Creo que todo no es más que palabrería y además, o mucho me equivoco o él lo sabe igual que yo.
A los islamistas no les va a sentar muy bien el nuevo concepto de panarabismo. Nasser cree en las nacionalidades y ese es un sentimiento artificial para los musulmanes. Más que eso, como dicen ellos es “kufr”, es decir una herejía. En el fondo, para ellos Nasser es un hereje. Pero en definitiva es el hereje que en este momento lidera a

gran parte del Islam.

15 Abril 1955: Hoy ha comenzado la conferencia. Los Estados Unidos no participan directamente, pero tienen observadores entre los que me cuento. Es paradójico que estemos “observando”. Tengo toda la impresión de que además estamos haciendo el papel de “aprendices de brujo”. En cualquier caso, Nasser se ha convertido en un líder indiscutible también para el resto de los países presentes, que desde ahora van a llamarse oficialmente “no alineados”.
Siento una extraña sensación dentro de mí. Empiezo a notar que los acontecimientos van a desbordarnos. Es como vivir el fin de una época y ser consciente de que por un azar del destino, uno puede llegar a influir en todo ello.

16 Abril 1955: Hoy ha intervenido Nasser en el pleno de la conferencia. Su intervención ha sido un éxito clamoroso. Ha hablado primero del panarabismo. La construcción de una serie de naciones árabes unidas por una política común. Una política anticolonial, neutralista y pacifista. Ha abierto incluso la posibilidad de que otros países no musulmanes se incorporen activamente.
Después de la conferencia he tenido una extraña llamada telefónica. Se ha presentado como un colaborador de Ali Hussein. Increíblemente, hasta aquí llegan los Hermanos Musulmanes. (En esta zona a los que practican el Islam, los llaman “moros”). Quería hablar conmigo lo antes posible y hemos quedado citados para el día veinte.

17 Abril 1955: Hoy es día de descanso en la conferencia. Me ha invitado Nasser a comer y mi sorpresa ha sido mayúscula, porque el otro invitado era nada menos que Nehru. Creo que él también se ha sorprendido, pero luego, cuando Nasser me ha presentado como un amigo personal, hemos estado hablando los tres de política. De repente he pensado por qué no podría llegar a ser yo presidente de los

Estados Unidos. Quisiera poder hablarles de tú a tú.
Durante la comida, Nehru ha hecho un largo comentario acerca de que ha llegado la época de los neutrales y de la paz. Ha dicho que los americanos y los rusos se comportan como dos ciegos que se temen, encerrados en una habitación llena de luz. En ella hay una sola puerta que da al exterior, pero tiene dos cerraduras y cada uno tiene una llave. Nunca serán capaces de salir hasta que se sienten a negociar. Si pudieran verse, perderían el temor, pero están ciegos. Alguien tiene que ayudarles a entenderse. Creo que se refería a que ese alguien son los países de la conferencia. A Nasser le ha gustado mucho la historia.
Ambos me han preguntado en confianza, sobre lo que piensan los Estados Unidos de todo lo que está ocurriendo. Les he contestado que el símbolo de los Estados Unidos es el águila, que se caracteriza por su agudeza visual.
Nasser se ha reído a carcajadas. En cambio Nehru me ha mirado fríamente. Luego enseguida me he retirado, porque sabía que querían hablar en la intimidad.

20 Abril 1955: Tal y como habíamos quedado, hoy me ha llamado el jeque Abd Allah. Nos hemos reunido en un pequeño hotel a las afueras de Bandung. Un lugar excepcional por su belleza. Desde la veranda se percibían volcanes humeantes en el horizonte, emergiendo de las selvas. Parecía un lugar irreal, absurdo para hablar sobre todo de Egipto.
Abd Allah es sirio. Es un hombre de piel blanquísima y por eso lleva siempre un amplio sombrero metido hasta los ojos. En cuanto nos hemos reunido, ha comenzado a hablar en árabe de su visión del islam. Es imposible centrar a esta gente. Rezumaba odio hacia Nasser. Ha dicho que es un hereje y un enemigo del Islam, al que había que eliminar. Le he preguntado por que pensaba así y también por qué me lo decía precisamente a mí.
Me ha contado que sabía quien era yo y cuales eran mis ideas. De eso le había informado Ali Hussein. Yo estaba cerca de Nasser, era americano. Pero estaban seguros de que no los traicionaría. Me ha

dicho que el mismo hecho de poder hablar conmigo en árabe empleando los giros cairotas, le proporcionaba una gran sensación de seguridad.
Me ha explicado que Egipto volverá algún día a la verdadera fé, porque el pueblo no está pervertido. No importa que sus gobernantes hayan cogido el camino equivocado. Nada se ha perdido todavía.
Luego su gesto ha cambiado, se ha endurecido mucho. Me ha dicho que Nasser debe morir, antes de que pueda dañar la auténtica fé.
Por un momento he pensado que quería que yo lo supiese, como si estuviese pidiendo una especie de acuerdo tácito. Un poco más tarde se ha levantado de improviso y se ha marchado sin decir nada. He vuelto al centro en una especie de carrito tirado por una bicicleta. Es posible que en Egipto sean más pobres que aquí, pero para mí es evidente que allí hay otro sentido de la dignidad.

25 Abril 1955: Mañana se cierra la conferencia. Hoy han intervenido Nehru y Chu En Lai. China no tiene nada que ver con las posturas panarabistas. Sólo han hablado del pacifismo, de neutralismo y de comunismo. Ellos creen que es lo mismo; no sé si son ingenuos o malvados.

27 Abril 1955: Finalmente estoy volando hacia Manila de vuelta a casa. Debo permanecer unos días en Washington para hacer un informe y después volveré a El Cairo. Allí me siento en casa. Todos hemos podido ver que Nasser no solo es un extraño ejemplar de socialista, también quiere convertirse en un líder mundial. Una vez que se ha probado el poder, no se puede volver atrás.

David tenía razón. No se podía volver atrás. A él le había ocurrido. Se encontró con una ola favorable y no pudo, ni quiso bajarse de ella sin darse cuenta de que como todas las olas, terminaba rompiendo violentamente contra unos acantilados.

Cerré el diario. Me sentía cansado. Me puse a pensar en Camille. ¿Sabría ella toda la verdad? No podía creer que habiendo leído el diario y siendo hija de Sarah no supiese con certeza lo que había ocurrido. Por otra parte, tampoco yo tenía derecho alguno a dudar de ella. Necesitaba verla cuanto antes y pensé en llamarla por teléfono.

Como si fuese telepatía, en aquel mismo momento Camille me llamó desde París. Se encontraba en el piso que había sido de su padre. Me invitó a ir y no lo dudé, porque noté un cierto tono apremiante en su voz.

Aquella misma noche cogí el expreso nocturno de Ginebra a París. Llegaría muy temprano, pero eso no me importaba, al contrario, me encantaba pasear por los mercados a primera hora, cuando todavía había muy poca gente por la calle. Me recordaba los viejos tiempos.

¿Cómo se podían complicar tantos las cosas? ¡Por Dios bendito! Todo aquello estaba ya muerto y enterrado. Nasser, Faruk, Sadat, Eisenhower, Nixon, Gromyco, todos ellos habían desaparecido. Todos los protagonistas de una historia que pronto también sería sólo polvo.

Y sin embargo David Foreman seguía allí. Como el único protagonista. Porque a pesar de haberlo visto con mis propios ojos, comenzaba a dudar de si realmente habría muerto. Era una tremenda casualidad que, como una cinta de vídeo, todo el proceso estuviese rebobinándose lentamente.

Me enfadé conmigo mismo. ¡Qué estupidez! Debería quemar el maldito diario. Olvidarme de todo y ver sólo a Camille como una hija pródiga. Tampoco al final, tenía mayor importancia que fuese hija de David, mía o de cualquier otra persona, un anónimo desconocido. Estaba allí y eso sólo bastaba.

El diario. Ese pequeño libro de tapas de cuero cuarteado, pero que aún olían a tanino tenía la culpa de todo. Esa idea empezó a obsesionarme y me desveló. Encendí la pequeña lámpara del compartimento del coche cama que velozmente me acercaba a París y lo saqué de la cartera, preocupado por si lo había dejado olvidado. Últimamente se me olvidaban demasiadas cosas y tenía que repasar las listas una y otra vez, porque había perdido la confianza en mi memoria. Curiosamente recordaba los sucesos de hacía cuarenta años con total

precisión, veía las imágenes ralentizadas, nítidas, perfectas. En cambio dudaba de lo que había hecho hacía apenas dos minutos ¡Qué absurda paradoja era la vejez!

Un ligero y rítmico traqueteo era lo único que me indicaba que me hallaba en el tren. Quería saber más de aquella historia, antes de ver de nuevo a Camille. Poder hablar de igual a igual, porque ella debía saberlo todo. No sólo la versión del diario. También ella me había confesado las larguísimas conversaciones que mantuvo con su padre pocos días antes de la muerte de éste. Y no debía olvidar a Sarah. A fin de cuentas, Camille era su hija y había mantenido una relación íntima, absoluta con ella. Sarah fue una de las principales protagonistas de aquella extraña y dramática historia.

Pero no podía leer. No podía concentrarme. Los recuerdos me asediaban, impidiéndome pensar en nada más. Eran como fotografías de alta definición, formando un enorme puzzle mal montado, que estaba pidiendo a gritos que lo ordenasen de nuevo. Apagué la luz y me quedé mirando los fugaces destellos que la persiana no podía ocultar del todo. Destellos rápidos, incansables, que aparecían y desaparecían como mi propia conciencia. Debí dormirme. Pero aquello era demasiado real para ser un sueño.

El tren frenó violentamente y me desperté con la boca seca y algo de jaqueca. Lo quise achacar a lo mal que dormía cuando viajaba. Pero sabía que eso no era más que una excusa.

En la estación cogí un taxi para ir directamente a casa de Camille, quería hablar con ella cuanto antes. Subí al piso en el antiguo ascensor de cristal y madera. Tuve la fugaz impresión de que alguien conocido bajaba por la escalera. Pensé que se trataba de Thomas Scott. ¿Qué estaba haciendo allí?

Me abrió la puerta Camille. No tenía servicio, ya que sólo utilizaba el piso esporádicamente cuando venía a París. A pesar de que me sonrió, la vi demudada. Le pregunté que ocurría y contestó que no me preocupase, estaba bien. No mencionó a Scott, aunque yo tenía la certeza de que había estado con ella.

Tenía preparado el desayuno, pero ninguno de los dos lo probamos. Camille era una mujer fuerte, pero era evidente que lo estaba pasando mal. Nunca antes la había visto así. Nos quedamos expectantes, porque ambos necesitábamos explicaciones. Camille sirvió unas tazas de café y noté que le temblaba la mano. Cuando alargué la mía para cogérsela, de pronto se echó a llorar, sollozando débilmente.

Se sentó frente a mí con aspecto muy serio. Algo estaba ocurriendo, la estaban sometiendo a una tremenda presión, querían el diario. Sin poder reprimirme, algo que hacía mucho tiempo que no me ocurría, maldije en voz alta a Scott y a todos ellos. Se lo daríamos. A fin de cuentas, para qué lo necesitábamos nosotros. Al diablo con el maldito cuaderno.

Camille comenzó a hablar suavemente. No lloraba, pero tenía la voz trémula. Tenía algo que explicarme, quería que yo lo supiese. Había decidido no decirme nada, pero nunca se había podido imaginar que las cosas llegasen a aquel extremo.

Luego lo dijo claramente, como masticando las palabras, David Foreman, era un traidor. Su padre había traicionado a los Estados Unidos, a Egipto, a su familia, incluso a sí mismo. Se quedó mirándome a los ojos. No me sobresalté, pero aquello confirmaba las sospechas que siempre había tenido. Luego poco a poco, Camille fue explicándome las circunstancias de aquella increible trama.

Inmediatamente Camille se puso en pie y se dirigió a la mesa de despacho. De ella extrajo unas hojas sueltas que me acercó. Me di cuenta de que se trataba de páginas que habían sido separadas, arrancándolas del mismo diario.

La miré detenidamente al darme cuenta de la intensa emoción que la embargaba. Luego ella hizo un leve gesto, como pidiéndome que leyera aquellas páginas.

La letra de David era clara, pequeña, pulcra. Comencé a leer mientras Camille se sentaba silenciosa frente a mí.

Carla Mattei me dijo una vez que nunca debía confiarse todo a un tercero y mucho menos a un diario. Pero quiero tener la certeza de

que algunas cosas no se olvidarán, aun cuando yo muera. Quizás el tenerlas escritas es de alguna manera una especie de seguro. En cualquier caso, quiero hacerlo.

¿Por qué ayudé a los soviéticos? ¿Y por qué no hacerlo? También lo hice con los egipcios, con los islamistas, y obviamente con mis compatriotas los americanos.

Nasser no quería en modo alguno una hegemonía de los Estados Unidos en la zona. Ya la había tenido con los ingleses y había sido una época oscura y difícil para el país. Faruk, al igual que Fuad, eran sólo títeres de los británicos.

Fue mi padre. John Foreman quien me marcó el camino. Él fue quien llevó a los Oficiales Libres la oferta de Al Banna para unir sus fuerzas contra el control inglés y contra una monarquía irresponsable.

Tenía yo dieciocho años cuando el gobierno egipcio asesinó a Al Banna. Eso significó la afirmación definitiva del islamismo, al que sólo faltaba un mártir.

Por entonces mi padre mantenía ya una buena relación con los Oficiales Libres y también con la Hermandad Musulmana, que si bien se había creado para purificar y revitalizar el Islam, tenía ya importantes aspiraciones políticas. De hecho, la guerra mundial hizo que algunas acciones clandestinas contra los ingleses se realizasen en conjunto por ambas organizaciones.

¡Qué extraño es el destino! Mi padre era un hombre religioso. Un baptista convencido, que al igual que se ocupaba de la delegación de un influyente periódico americano en El Cairo y en Oriente Medio, también podría haber sido misionero y con toda seguridad hubiese puesto el mismo esfuerzo y la misma fé.

Pero el destino hizo que se encontrara en el lugar donde se estaba cociendo el futuro del mundo árabe y él no quiso otra cosa que mantener su criterio ético sobre las circunstancias. Por eso Al Banna confió en John Foreman hasta que murió asesinado y por eso Nasser quiso que fuese testigo de su especial revolución.

Después fui yo el que se encontró en medio de la tormenta. Siempre había tenido un especial magnetismo para atraer los conflictos y eso no cambió después de la muerte de mi padre.

Por otra parte, Nasser me había confiado sus más íntimos pensamientos. Él era plenamente consciente de la enorme dificultad para impulsar un socialismo pragmático desde el corazón de la cultura musulmana. Tenía que tener mucho tacto si no quería encontrarse con la universidad de Al Azhar frente a él. Intentó atraerse a los líderes de la Hermandad Musulmana, convencerlos de que el mundo estaba cambiando. Sabía, gracias a sus servicios de información, que yo había "heredado" una buena relación con ellos y me utilizó cuando le convino. Pero aquella gente no parecía dispuesta a integrarse en un sistema que iba contra su propio concepto del mundo. De hecho, la única posibilidad que veía Al Banna era "la umma", la unión musulmana, donde el concepto de nación no tenía sentido y donde los términos socialismo y democracia eran abominables herejías.

Luego aparecieron los Estados Unidos. Alguien tenía que tomar el relevo y crear una nueva "Pax Americana". Fue el entonces embajador en El Cairo el que convenció a mi padre para que yo estudiase en la Escuela Diplomática. Eso no le disgustó. Muy al contrario, porque de hecho era su vocación frustrada y me envió a Harvard donde estuve cinco años y más tarde a Washington, donde él tenía buenos amigos.

Todo el mundo le felicitó por mis calificaciones. Le aseguraron un brillante porvenir para su hijo. ¡Qué estupidez! Yo no quería transformarme poco a poco en un burócrata gris, sin otra posibilidad que hacer un gran matrimonio con otra rica heredera y pasar por un buen hombre toda mi vida. No, no era esa mi intención.

Había visto como se puede morir por una idea. De hecho Nasser había discutido con Al Banna lo que tenía que llegar a ser Egipto después de sacudirse el yugo de los ingleses. Lógicamente, no se pusieron de acuerdo. Coincidían en expulsar al rey, expulsar a los ingleses, a los franceses, pero en nada más.

Por eso cuando el primer ministro de Faruk, el bajá Noqrashy, murió en un atentado en diciembre del cuarenta y ocho, el gobierno decidió contestar, asesinando al líder islamista.

Los americanos no sabían en qué clase de avispero se estaban metiendo. De hecho el problema de Palestina se veía entonces como una hoguera que llegaría a extinguirse y se creía que de aquellas

brasas saldrían una serie de países que llegarían a ser “democráticos”. Esa teoría demostraba que no habían comprendido nada. De hecho, hubo quien pensó seriamente que era más fácil llegar a trasladar la nación judía a la Argentina.
Los turcos, el imperio otomano, había creado en Oriente Medio a lo largo de cientos de años, una forma de imperio que se basaba en la dictadura, el nepotismo, la policía secreta, la tortura. Después los ingleses establecieron el gobierno de la fuerza y de los cañones. Cuando tomaron el relevo los americanos, vinieron con legajos de papeles, con tratados, con conferencias. Eran, debía decir éramos, unos ingenuos.
Pero no era tanto el intento de pacificar la zona, de equilibrarla, como el evitar que los soviéticos se apoderasen de ella. Egipto era una sensible frontera de la guerra fría.
La desilusión vino después. Se había hecho una diplomacia de bisturí, empleando todos los medios para lograr ese fin. Pero no se podía hablar con Nasser. Era indomable. Además hablaba de cosas peligrosas, de socialismo, de neutralismo, de una entelequia a la que él llamaba panarabismo. Alguien en el Congreso decidió que había que eliminar esa amenaza. Aunque eso significase establecer relaciones con los Hermanos Musulmanes. Los expertos en islamismo vaticinaban una República Árabe Islámica, en la cual las ideas de aquel hombre no eran compatibles ni tenían el menor sentido.
Ahora sé que fue por eso por lo que Ali Hussein me llamó. Yo era demasiado joven, demasiado inexperto, pero tenía algo importante en mi haber, era el hijo de John Foreman. Para Nasser también eso era fundamental.

El veintisiete de julio de mil novecientos cincuenta y seis, Gamal Abdel Nasser quiso demostrar a Occidente lo que pensaba sobre la postura de los Estados Unidos, que le habían retirado su confianza y con ella los fondos para la construcción de la presa de Asúan. Era el día de la conmemoración de la revolución de Egipto. Una fecha señalada, donde todos esperaban una proclamación de otro tipo, pero

nunca algo tan grave como la nacionalización del Canal de Suez. Para Inglaterra, para Francia, era cortar un paso de vital importancia en el mundo. En las cancillerías, nadie podía creer lo que estaba ocurriendo. ¿Cómo podía aquel pequeño dictador retar así a las potencias que siempre habían dominado aquel país?

Yo debía encontrarme en la embajada. Todos sabíamos que era algo inminente que el Rais no quería esperar más. Quizás no podía hacerlo.

Carla sabía más de lo que aparentaba. Tenía muy buenos contactos. Por allí pasaban todos los que merecían la pena, políticos, artistas, escritores. Aquella noche me había invitado, como otras tantas veces, y allí estábamos los dos, hablando como viejos amigos, con una copa de vino francés en la mano.

Recuerdo que Carla se dirigió a la esquina del salón donde nos hallábamos. Una pieza inmensa barroca sobrecargada, repleta de muebles, algunos de ellos con un dedo de polvo. Pero era un lugar bello, culto, interesante y más para mí, que siempre había estado rodeado de lo justo y además colocado exactamente. Aquel abigarramiento al principio me aturdía, luego comprendí que aquella atmósfera aparentemente caótica sostenía un orden de belleza superior.

Carla manipuló un enorme aparato de radio. Estaba localizando la emisora estatal, la que Nasser había hecho montar hacía pocos meses. Pude oir el timbre inconfundible de aquel hombre. Hablaba en árabe, lentamente. Aunque ambos lo entendimos perfectamente, Carla lo traducía de corrido “A mi pueblo. A todos los egipcios donde quiera que os halléis. Os anuncio que en esta misma hora, el Boletín Oficial de nuestro Estado, publica la ley que nacionaliza la compañía del Canal de Suez y los agentes de mi gobierno toman posesión de ella. La presa de Asúan será pagada con los ingresos de nuestro canal. ¡Yo, Gamal Abdel Nasser, en nombre del pueblo egipcio, tomo el canal!

Carla apagó la radio. Sonrió, caminó hacia la mesa y cogió su copa. La levantó y brindó por Ferdinand Lesseps. Hice lo mismo, convencido de que el reloj de la historia había dado otra señal. Luego me despedí de Carla. Tenía muchas cosas que hacer en la embajada.

En esa misma época llegaron a Egipto los soviéticos llamados por los islamistas. Para los verdaderos musulmanes eran sólo un medio, el brazo perfecto. Nunca habría posibilidad de que los marxistas contaminasen a los creyentes. Eran sólo aliados temporales contra un enemigo común. El mundo occidental.

Comunistas e islamistas habían estado junto en las cárceles. Con Nasser iba a ocurrir lo mismo y los comunistas iban a tener mucho tiempo en prisión para intercambiar ideas.

La tesis de que el mejor aliado de los islamistas iban a ser los soviéticos, ateos y marxistas, fue de Ali Hussein. Lograron establecer una estrategia a largo plazo para que los rusos establecieran una influyente relación con el Rais.

Allí entré yo. Probablemente sólo porque estaba en el lugar adecuado, en el momento justo. Por eso no fue el mérito mío. Y era una pena que se perdiese un trabajo tan meticuloso. Nasser no supo exactamente lo que había hecho, pero se mostró muy satisfecho de cómo cambió la postura soviética desde que entré en el asunto.

Me había ganado la confianza del primer secretario de la embajada soviética. Eso no fue nada fácil, porque eran muy lentos en sus reacciones, muy desconfiados. Stalin había dejado su huella. Pero Ali Hussein, en quien ellos confiaban, me avaló y después de algunas reuniones se mostraron de acuerdo en tener lo que llamaba eufemísticamente “intercambios ideológicos”.

Por otra parte, yo había redactado para la CIA, un extenso informe confidencial, sobre la política de futuro de Nasser. Era, según mi dossier, un socialista de izquierdas, filo comunista en su política exterior, aunque por su bien no iba a tolerarlo dentro del país. Era también algo megalómano y por su especial posición como “caudillo” del mundo árabe, jamás tendería la mano a Israel. Ese testimonio colaboró en frustrar las esperanzas de los Estados Unidos en cuanto al futuro. Decidieron entonces bloquear las ayudas para el desarrollo del país, incluido el de la presa de Aswan.

Además y eso fue un error radical de Nasser, nuestros servicios

secretos detectaron que los asesores técnicos rusos estaban realizando determinados trabajos en todo el país.
No me sentí responsable de aquello, tampoco sentía gratitud por él. Había aprendido lo frágil que era la amistad de los poderosos. Él también me utilizaba a mí y no estaba dispuesto a esperar que como Júpiter me lanzase un rayo fulminante. Por otra parte, Nasser jugaba al mismo juego y no quería en modo alguno una nueva dependencia de los americanos, ni de nadie. Él sabía perfectamente lo que significaba la guerra fría y como podía convertirse en alguien imprescindible. En eso era verdaderamente hábil.
La cuestión fue que los soviéticos empezaron a mantener una magnífica relación conmigo, que se fue solidificando a lo largo de los años.
Sin embargo, me costó trabajo conseguir lo que me pidieron. Vladimir Radchenko era un hombre muy meticuloso y sabía lo que quería. Me reuní varias veces con él. Carla Mattei había tenido una juventud muy turbulenta y había conocido a Lenin en Zimmerwald y mantuvo con él una buena amistad hasta que dejó Suiza y ella también partió para Egipto. Eso había sido una especie de aval para ella y también, por otra parte, mantenía vivos los recuerdos, las pasiones y el amor de Carla por todo lo ruso. Ella decía constantemente que no entendía de política, pero nunca la creí.

En la última reunión, precisamente en el decadente palacio de Carla, donde uno podía comprender perfectamente los estragos del paso del tiempo y los avatares de la fortuna, porque Carla había comprado y seguía haciéndolo, todo lo que de valor le ofrecían. En algunos de sus salones convertidos en almacenes, uno no sabía bien si se encontraba en un anticuario, en un museo o en una pesadilla donde no había posibilidad de hallar la puerta. Allí en aquel escenario fue donde tuve la reunión con Vladimir y con otro personaje, al que me presentó como un colaborador, pero yo estaba seguro que era un comisario político, pensé que probablemente pertenecía al KGB. No pregunté más que lo preciso.

Aquel era un buen lugar para algo así. Tenía al menos cinco puertas a distintas calles y callejones de El Khalili. Siempre había gente entrando y saliendo y por dentro era como un laberinto en el que lo más fácil era perderse. Además Carla Mattei era encantadora y no nos ponía ninguna traba a circular por allí como por nuestra casa. Lo utilicé mucho, hasta que las cosas se complicaron demasiado y entonces no quise comprometerla.

Vladimir sabía que nosotros, los americanos, teníamos un importante y valioso dossier sobre la presa de Aswan. Era cierto. Se habían hecho miles de fotografías aéreas, trabajos de topografía, de geología, de ingeniería. También existía un informe secreto sobre lo que iba a ocurrir con todos los yacimientos arqueológicos, con las innumerables ruinas, valiosísimas que quedarían sepultadas por las aguas si aquella presa gigantesca se construía.

Pero además se había valorado el impacto político de todo aquello, también el financiero. Era un trabajo impresionante, muy bien realizado técnicamente, como todo lo que financiaba el Departamento de Estado. Alguien lo había bautizado como el Informe Champollion y los soviéticos que tenían una amplia información sobre aquel dossier, pensaron que si lo obtenían, podrían dar un importante golpe a la política americana en la zona.

No sólo se trataba de un trabajo costosísimo. Era imposible de realizar de nuevo, salvo que las circunstancia políticas cambiasen mucho y eso no parecía ser así. A los rusos les apremiaba poseerlo si pretendían llegar a tener la llave de Oriente Medio. Y esa llave se llamaba Egipto.

Querían valorar el apoyo tecnológico para construir la presa. Eso sólo lo podían hacer si el Informe Champollion llegaba íntegro a sus manos. Eso era lo que pretendían de mí y ese era el verdadero motivo por el que nos habíamos reunido en casa de Carla Mattei.

Hablábamos en confianza. Toda la que podía existir entre gente como nosotros. Ambos sabíamos que era algo tremendamente arriesgado, casi imposible. Más tarde o más temprano aquello se sabría. La certeza de que es imposible mantener un secreto para siempre es un axioma de los servicios de inteligencia y eso sería el final de una carrera o quizás algo más. Había que ponerle un precio a la operación. Ellos

siempre empleaban ese término.

Me ofrecieron dos millones de dólares en una cuenta numerada en Suiza. Entonces eso era muchísimo dinero, aún para mí. Pero el estalinismo se había acabado y Nikita Serguéievich Jruschov necesitaba retomar el prestigio entre los países del Bloque de Bandung. Precisamente a partir de entonces se les llamó "El tercer mundo". Jruschov era un hombre arriesgado, intuitivo y rotundo que a veces se excedía en sus funciones, en su poder. ¿Pero se puede hacer verdadera política de otra manera?

Dos millones de dólares. Con eso podía tapar perfectamente el pequeño agujero que mi agente de bolsa había abierto en mis cuentas. Cierto que me gustaba jugar a bolsa. Eso lo había heredado de mi abuelo, que se había hecho rico en Wall Street. Pero nadie podía prever algo tan intangible como aquello y en una mala racha estuve a punto de perderlo todo. No se lo dije a nadie y mantuve el tipo, porque siempre se desconfía de los ricos venidos a menos, como si el perder la fortuna heredada lo marcase a uno con un sello indeleble que pusiese "incompetente". Prefería no comentarlo.

Tampoco creo que eso lo supieran los rusos. Aunque es cierto que sabían mucho más de lo que aparentaban y siempre lo utilizaban al final. Pero eso no lo sabían. No podían saberlo. Fue curioso sin embargo que yo hubiese perdido cerca de un millón de dólares. Era algo así como reponerse y dejar las cosas un poco mejor que antes.

Pero a pesar de todo, no lo hice por dinero, quizás sea difícil de creer, pero es la pura verdad. Lo hice porque algo dentro de mí me impulsaba a ello. Tampoco era revancha, ni siquiera como mucho más tarde dijeron, "paranoia". No, fue algo consciente, voluntario, meditado.

Acepté. Desde el momento en que lo hice, supe que había dado un salto en el vacío, como el que se arroja en plena noche al océano desde un acantilado del que no conoce la altura. Esa sensación era emocionante, irrepetible, única.

Hablamos después de los detalles. No querían hablar de dinero, pero

me explicaron el procedimiento. Quizás debería viajar a Suiza para abrir una cuenta y confirmar el ingreso de la primera parte del pago. Un millón de dólares. El resto lo ingresarían cuando les entregase el dossier. Me pareció justo y no tenía ningún motivo para dudar de ellos. Cerramos el trato con la condición de que lo haría cuando pudiese, tenía que programar la forma de hacerlo. Ellos me proporcionarían ayuda técnica si yo se la requería.

Luego se fueron. Me quedé sentado entre las antigüedades. Se escuchaba un concierto de Paganini. El violín llegaba de algún lugar, quizás un patio o un salón en la planta baja. A Carla le encantaba la música clásica italiana y casi siempre tenía puesto un disco a todo volumen.

No quería pensar en las dificultades. Sabía que podría lograrlo y de hecho había conseguido ya lo más difícil. Aquella gente no era nada fácil de convencer. Sonreí. Luego me levanté y caminé por entre aquel maremágnum, viéndome reflejado en los espejos. Pensé que debía hablar con Carla, agradecerle todo lo que estaba haciendo y la busqué por toda la casa, pero aquel lugar era demasiado grande. Intenté dar con ella, localizando desde donde venía la música y subí a la última planta.

Aquel era un lugar más ordenado, donde al menos los muebles, los objetos estaban colocados siguiendo un criterio estético. Salí a una amplia terraza que rodeaba a un patio. Allí, me llevé una enorme sorpresa. Sobre una especie de *chaise longue*, vi a Sarah haciendo el amor apasionadamente con Charles. Ambos estaban completamente desnudos. No pudieron verme, estaban demasiado absortos y durante un largo rato me convertí en un voyeur sin pretenderlo, porque una especie de morbosa atracción me impedía marcharme.

No creía que Sarah pudiese llegar a enamorarse de Charles. Era un hombre apocado, demasiado tímido y racional. Ver aquellos cuerpos moviéndose voluptuosamente, vibrando por el placer que estaban obteniendo en lo que hacían, saboreando el placer de la lujuria, me excitó. No podía comprender como Charles había cambiado tanto, jamás lo habría tenido por un buen amante. Era, lo creía hasta aquel momento, un hombre gris, un funcionario exacto, incluso me reía de

él, porque su segunda nacionalidad le había marcado definitivamente. Pero estaba equivocado.
Permanecí un rato sin moverme, casi sin respirar, no quería irme, aunque me sentía por momentos más y más furioso. Era evidente que ambos me habían engañado. Sarah era una extraordinaria amante, su sangre italiana la marcaba. Pero lo que estaba contemplando era un recital de deseo, de pasión sexual y quizás estúpidamente, me sentí engañado.
Di unos pasos hacia atrás muy despacio para evitar que me oyeran y bajé por una escalera que llevaba directamente a la salida. Había oscurecido y las calles se llenaban de gente, las terrazas estaban repletas de hombres contemplando estáticos a los que pasaban. Todo estaba lleno de vida, se palpaba la alegría de vivir, de pertenecer a aquel privilegiado mundo. Pero mientras caminaba rápidamente, me juré a mí mismo que Sarah sería mía de nuevo. No podía ser de otra manera.

Levanté la vista de los papeles amarillentos y algo arrugados. Debían haber estado escondidos en algún lugar. Con seguridad David los había escrito y más tarde los arrancó del diario, sin atreverse a romperlos. Esa absurda relación denotaba su compleja y variable personalidad.
La clave de todo la tenía Carla Mattei. Las hojas arrancadas del diario que yo había comenzado y del que se apoderó David para terminarlo.

Una mañana Camille recibió una llamada telefónica en su piso de París, donde se encontraba realizando pequeños arreglos y redecorándolo con la idea de convertirlo en su casa definitiva. Era su prima Carlota, la hija de Carla Mattei, tenía algo para ella.
Se trataba de unas cuantas hojas sueltas, dentro de un sobre cerrado en el que sólo estaba escrito, “Sarah”. Carlota las había encontrado en su casa de Roma, dentro de una de las muchas cajas de documentos y libros que habían llegado desde El Cairo, enviados por el albacea

testamentario tras la muerte de Carla. De eso hacía ya casi quince años, pero increíblemente nadie se había molestado en abrir las cajas. Un conjunto de circunstancias familiares habían impedido acceder a todo el legado. Finalmente habían llegado hasta ella, buscando entre los documentos había encontrado el sobre y pensó que quien debía tenerlo era realmente Camille, como hija de Sarah.

Aunque era su única prima, no habían tenido casi relaciones. Quedaron en verse más a menudo. Carlota iba a París con frecuencia por su trabajo. Luego se marchó dejando el sobre marrón encima de una mesita del salón. Antes de abrirlo, Camille sintió una especial emoción. Aquel era el último mensaje de su padre, dirigido a su madre. Era como un mensaje desde el más allá y pensó por un instante que las cosas podrían haber sido muy diferentes, que quizás ambos podrían haber vivido juntos y felices, cambiando también su vida. Pero no. David, no podía llamarlo padre, tenía algo dentro de sí que lo impulsaba a la autodestrucción, a pesar de su personalidad tan vitalista, tan emprendedora, tan capaz. Algo no funcionaba bien en su mente y sintió un escalofrío, porque muchas veces los problemas mentales eran hereditarios.

Cogió el sobre y comenzó a rasgarlo por una esquina. De pronto paró, no sabía si abrirlo era una buena idea. Era como violar la correspondencia. Quizás lo mejor sería quemarlo en la chimenea encendida. Hacía frío en aquel octubre de París.

Estuvo a punto de hacerlo. Luego, cuando me lo contó, pensé que quizás no se habría equivocado. Había que dejar en paz el espíritu de los muertos. Aquello había terminado hacía mucho tiempo.

Luego, aferrando el sobre con sus manos, se dirigió a la ventana. Apenas se veía a nadie caminando por la avenida. Dudó por un momento de si debería dejar el sobre encima de la mesa, recoger sus cosas, cerrar la puerta y volver a los Estados Unidos. En aquel enorme piso notaba una fuerte opresión. La sensación de que la personalidad de David seguía allí, impregnándolo todo.

Pensó en llamarme, incluso antes de abrirlo. Pensó en que leerlo juntos sería importante. Pero no pudo esperar más. Algo dentro de ella le impulsaba a saber. Quizás allí se encontraba la explicación a todo lo

que estaba ocurriendo. Al extraño interés de aquel hombre de la CIA, Thomas Scott. Al enigma que había envuelto los últimos años de su padre. A lo que había ocurrido, hacía ya mucho tiempo y que había obligado a David a abandonar Egipto, a exiliarse a París. Porque eso había sido París para él. Un exilio donde cada día, cada mañana, se había sentido como extranjero, desposeído de algo tan importante como era la ilusión de vivir. De haber sido expulsado del paraíso y haber visto como sus puertas se cerraban tras de él para siempre.

Casi violentamente rasgó el sobre. No le sorprendió encontrar las páginas que faltaban en el diario. De alguna manera lo esperaba. Supo al instante que allí estaba la explicación y de pie, junto a la ventana, comenzó a leerlas rápidamente. Luego me había llamado.

Camille parecía estar sufriendo verdaderamente. No aceptaba que todo aquello había ocurrido antes de nacer ella y que no tenía por tanto más importancia que la que nosotros mismos quisiéramos darle.

Teníamos que aceptar que el deshonor que había cubierto a David no podía afectarnos. Quizás alguien pudiera creer que yo tuve alguna responsabilidad, pero eso a mí, ya no me importaba. En cuanto a ella, muy poca gente sabía que era hija de David Foreman.

Pero eso no era suficiente, no le servía de consuelo. Quería llegar hasta el final, intentar comprender los oscuros motivos por los que David había actuado de aquella manera. Porque no aceptaba que su padre fuese sólo y exclusivamente un traidor, alguien que había vendido importantes secretos de su país a una potencia extranjera. No podía creerlo y buscaba alguna explicación entre las páginas de aquel cuaderno, rebuscando en mi mente, investigando en los viejos archivos, buscando una pista, algo a lo que asirse, que demostrase que había algo más que traición, dinero y cinismo.

Era cierto que a mí también me repugnaba todo aquello. Me sentía no sólo engañado, sino también contaminado, porque habíamos compartido muchas cosas, incluso a la única mujer a la que había querido, también los mejores momentos de mi vida, algo así como si se hubiese abierto una ventana por la que entrase aire fresco y cuando me había acostumbrado a respirarlo, se hubiese cerrado de nuevo, sabiendo ya que en el exterior existía algo mucho mejor, algo distinto

que nunca más podría alcanzar.
Por eso podía comprender a Camille. Ella debía haber hablado mucho con su madre sobre todo aquello. Sarah fue una especial protagonista, alguien a quien el drama afectó directamente, pero alguien que también vivió intensamente los momentos y que conoció a un hombre singular, especial, cuando todavía no era un traidor.
Sin embargo, lo que estábamos leyendo no nos daba ningún motivo para creer otra cosa, no había tregua. Más bien al contrario, aquel diario ratificaba lo que ya intuíamos. David había elegido según su libre albedrío lo que quería hacer con su vida, aún a costa de perderlo todo, a riesgo de deshacerla, de dañar lo mejor que nunca tuvo. Y eso lo hizo plenamente consciente, con absoluta frialdad, indiferente a todo lo que no fuese su egoísmo, su sentido perverso de lo ético, su vileza.
Camille no podía aceptar aquello. Despreciaba aquel comportamiento y aún más que el propio delito, el hecho de haberlo cometido con aquella monstruosa frialdad. No aceptaba aquella herencia que la obligaría por siempre a mantenerse oculta, a no poder mencionar a su padre sin tener la certeza de que quien la escuchaba no lo supiese todo. Esa inseguridad la abrumaba y porque era consciente de que la haría distinta, introvertida y vulnerable.
Camille se había tranquilizado un poco, pero yo sabía que aquella situación no había hecho más que empezar. La invité a comer y mientras caminábamos hacia el conocido y cercano restaurante de la Avenida de Iena, pensé que era una lástima que la vida pasase tan deprisa. Todos deberíamos tener una segunda oportunidad.
Esa tarde, Camille se desahogó conmigo. A medida que hablaba, me sentí como sugestionado, como si en vez de ella, fuese de nuevo Sarah hablándome y David también estuviese allí con nosotros. De nuevo, tal y como me estaba ocurriendo últimamente, era una sensación demasiado real para ser sólo un recuerdo.

David me miraba fijamente. No podía creer lo que Sarah le estaba diciendo. Todo había terminado entre ellos. Luego ella me cogió del

brazo y con decisión, marcando las palabras le dijo a David que me quería a mí. Era algo increíble, pero había ocurrido. Comprendí sorprendido que había llegado mi turno. Era su decisión y en ella sólo habían intervenido los sentimientos.

Debía de ser así, porque él lo tenía todo. Dinero, atractivo, coraje, poder, influencia. Yo estaba muy lejos de todo eso. No se podía decir que fuese pobre, pero al lado de la fortuna de los Foreman, era un don nadie. Por otra parte, siempre había odiado mi cuerpo desgarbado, la miopía, los rasgos vulgares, mi temor, ¿Qué podía haber visto Sarah en mí? No comprendía su decisión y me aterraba que pudiera ser sólo una más de las absurdas bromas de David.

Pero recordaba minuto a minuto la noche en la terraza de la casa de Carla Mattei. Aquello no se podía improvisar ni disimular. Por primera vez en mi vida, me había sentido amado, deseado y también entregado a una pasión que me envolvía completamente.

Por otra parte, paradójicamente, aquellos eran los momentos de mayor éxito de David. La gente se volvía a mirarlo al entrar en los hoteles, en el casino, en los restaurantes de lujo. Era una especie de símbolo del triunfo. Y los que íbamos a su lado, sólo podíamos percibir como los demás se volvían a admirarlo, sin que prácticamente nada de esa fascinación fuese para nosotros.

Era por eso por lo que los claros ojos de David manifestaban una mezcla de asombro, enojo e incredulidad. Nunca antes lo había visto tan enfadado. Como si no pudiese comprender lo que estaba ocurriendo.

Pero también vi a Sarah furiosa, diría que inexorable. Y no pude por menos que recordar a Agamenón. David no insistió; Sonrió fugazmente y se levantó. Debía marcharse, sólo murmuró que nos veríamos pronto.

Me sonó a amenaza. Conocía suficientemente a David para saber que nunca se daba por vencido. Quizás no fuese amor lo que sentía por Sarah. Al menos no mi clase de amor. Pero estaba en juego algo mucho más importante. Su propia estimación. Jamás, - él me lo había dicho casi como una advertencia - había perdido un partido y yo tenía muy claro que no iba a dejar que aquel fuese el primero.

Sarah cambió su actitud en el mismo instante en que David nos dejó. Apareció de nuevo la muchacha encantadora, arrebatadora, de la que me había enamorado perdidamente. Sin embargo me quedé pensativo. Había entrevisto una personalidad radicalmente distinta, como si en ella existiese otra interior, quizás otra tercera y aflorase una u otra, según fuesen desarrollándose las circunstancias. Al comprenderlo me sentí un poco perdido, porque yo me había enamorado de la que en aquel momento me sonreía. Pero sentía un ligero estupor al ver cómo podían aparecer otras Sarah de improviso, a las que no tenía nada que decir ni por las que sentía nada, porque me eran totalmente extrañas.
Esa sensación se diluyó enseguida. Hacía una noche espléndida, las luces de la Corniche se reflejaban en el Nilo, la temperatura era deliciosa y Sarah estaba bellísima. Me olvidé de David, de la imposible burocracia de la embajada, de las amenazas de los Hermanos Musulmanes. Allí sólo estábamos ella y yo en el lugar perfecto. Todo lo demás no importaba.

Durante un tiempo todo fue bien para mí. Sarah era perfecta como compañera, como amante, incluso como consejera. Tenía una enorme intuición, una poderosa inteligencia, una increíble sensibilidad. Ya no podía recordar como era mi vida antes de conocerla. Miraba tras de mí antes de que ella apareciera y sólo veía un marasmo gris, sin color, sin belleza, sin amor.
Pero había una ligera sombra que empañaba mi felicidad, la obsesión interior, el recelo de pensar que detrás de ella, quizás manejando los hilos de todo, se encontraba David.

Recuerdo con precisión, que la última vez en que David y yo nos encontramos oficialmente, fue en la Conferencia de Sèvres, en realidad una reunión secreta en la que Inglaterra, Francia e Israel se pusieron de acuerdo para organizar un ataque inmediato contra el Egipto de Nasser. David, era ya por entonces segundo secretario de la embajada de Estados Unidos en El Cairo y asesor directo del propio embajador.

Asistió oficialmente como observador, pero yo sabía que había algo más.

Ni Inglaterra, ni Francia, ni mucho menos Israel, se atrevieron a actuar a espaldas de los americanos, aunque por un momento lo pensaron. No me cogió por sorpresa que David estuviese allí. Era su sino, esa mezcla de circunstancias y de azar, pero también influía el hecho de que era evidentemente el hombre mejor posicionado para encontrarse allí. Nadie ponía en duda, no sólo su capacidad, sino la especialísima relación de proximidad mental a Nasser, algo así como una empatía total con él. A fin de cuentas, David era el único que dominaba verdaderamente el árabe, el único que pensaba como ellos, que podía comprenderlos y que con su especial intuición, conocía de antemano cuales iban a ser sus reacciones.

Fue una decisión del propio Secretario de Estado, Foster Dulles. Quería un informe lo más completo posible, ya que su máxima preocupación era cerrar el paso a los comunistas en Egipto. Una cosa era darle una lección al coronel Nasser y otra bien distinta abrirle definitivamente las puertas de Oriente Medio a los soviéticos. Quizás el hecho de que su hermano Allan, con su feroz anticomunismo, dirigiese la CIA, contribuyó a ello.

Muchos fueron los motivos por los que David estaba allí, en Sévres, pero quizás el único que se alarmó al encontrarle sentado detrás del embajador británico fui yo. Sólo yo sabía que él había aconsejado a Nasser, apenas tres meses antes, para que no asistiese a la conferencia de Londres. David no había podido resistirse a decírmelo, porque por encima de su inteligencia, de su ansia de poder, de todo, estaba su ánimo de demostrarme quien era él.

Siempre he tenido la convicción interior de que me consideraba su antítesis, pero también y quizás por ello, su máximo rival. ¡Qué extraño! Para mí, entonces, David era alguien que no necesitaba demostrar nada. Se había ido colocando, casi vertiginosamente, en el centro del poder, de la decisión y también, como comprendí más tarde, en el ojo del huracán, de la tormenta que lo arrastraría definitivamente fuera del paraíso. Porque si alguien estaba convencido de que aquel lugar era lo más parecido al cielo en la tierra, era él.

Allí estaba, pues, David. De nuevo nos encontrábamos, no como rivales, al menos no aparentemente, sino como aliados. Aunque a nivel personal, ambos sabíamos que no era así.

Fue una conferencia muy dura. Tal vez porque era secreta y porque se estaban tomando en ella decisiones que podían volver a arrastrarnos a todos a una terrible guerra, como si el mundo no hubiese tenido bastante con la anterior, tan reciente aún en nuestras vidas.

Debo reconocer que muy al contrario que David, yo me encontraba terriblemente asustado. Nunca me he considerado un halcón, sino más bien una paloma. No creía en las guerras. Nunca, jamás he creído que sirvan para otra cosa que para llevar con ellas la muerte, la desesperación, el terror. Y eso era exactamente de lo que allí se estaba hablando. Sólo de eso. Gran Bretaña, Francia, Israel tramaban romper de una vez las hostilidades. Era una paradoja hacerlo precisamente allí, en Sèvres.

No podía hacer otra cosa que tomar notas, buscar jurisprudencia en viejos tratados, ordenar los papeles. Pero a pesar de mi impotencia o quizás a causa de ella, no estaba de acuerdo en absoluto. Era evidentemente la peor solución de entre las posibles. También una venganza contra el propio Nasser.

Sin embargo, allí todo parecía pactado. Era un verdadero complot dirigido fundamentalmente contra el Rais, con la pretensión de hacerlo caer definitivamente y no pude evitar pensar, conociendo a David, que tal vez Nasser se enterase de todo aquello antes de empezar.

Era el viejo truco de iniciar una pelea para poder intervenir en cualquier momento. Según el plan, Israel invadiría la Península del Sinaí, lo que con certeza sería repelido por Egipto. A partir de ese momento, Francia e Inglaterra dirigirían un ultimátum a los contrincantes para que detuviesen el conflicto. Israel obedecería inmediatamente, pero Egipto no podría hacerlo. Al menos no, mientras los israelíes siguiesen en el Sinaí. Esa sería la excusa para una intervención franco-británica.

Parecía sobre el papel un buen plan, una sagaz conspiración. Pero nadie parecía haber contado con la tozudez de Nasser. Por otra parte era fundamental que los soviéticos no sospecharan nada de lo que allí se estaba tramando.
Un avión nos transportó de nuevo a El Cairo. Y sentado junto a mí, David me hablaba durante el vuelo de la estupidez humana, de la enorme distancia entre las pretensiones y la realidad. Lo comprendí perfectamente, al menos en eso tenía razón.

Apenas cuatro días después, el veintinueve de octubre, comenzó la ofensiva israelí, utilizando también paracaidistas sobre el centro de la península. Parecían no tener problemas para alcanzar los objetivos previstos. Sharm El-Sheikh al sur, el canal en un punto cercano a Ismailía y también Gaza al sur de Tel Aviv.
Tal y como estaba planeado Gran Bretaña y Francia estaban dispuestas a intervenir. Al día siguiente presentaron su ultimátum y como habían supuesto, Egipto lo rechazó.
El uno de noviembre comenzó el terrible bombardeo de El Cairo, de los aeródromos egipcios, de los cuarteles cercanos a la ciudad. También de Port Said y de Ismailía.

Pero nadie había pensado en la posibilidad de que los soviéticos lo supiesen todo. Y de que mientras los paracaidistas y la infantería de marina, británicos y franceses, olvidándose de Abukir, tomaban la ciudad de Port Said, considerada la puerta de oriente, un enviado directo de Moscú, mantuviese una larga conversación con Gamal Abdel Nasser en una profunda caverna excavada en la roca de un lugar cercano a Ismailía.
Nasser comprendió que aquel era su momento y que tenía que jugar fuerte. Así lo hizo, sin saber a su vez que en aquella partida había alguien que conocía las cartas que tenían los demás. Ese era David Foreman.
Allí en el diario estaba escrito. En la mezquita donde se veía con Ali

Hussein, habló también con el primer secretario de la embajada soviética. Incluso David estaba sorprendido de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Había leído con atención la vida de Copérnico y en aquel momento, nadie podía discutirle que el mundo giraba alrededor de él. No era entonces ningún paranoico.
No le preocupó saber que podría llegar a suceder. Al leer los periódicos al día siguiente, supo que los rusos habían amenazado con bombardear Londres si los ingleses no se retiraban inmediatamente de Egipto.
Eisenhower tuvo que demostrar que estaba furioso con sus aliados. Nadie habría aceptado otra reacción y menos que nadie Nasser, sorprendido del rumbo de los acontecimientos y de la importancia que él mismo estaba tomando.

Fui en la expedición que salió de la embajada francesa en El Cairo hacia Suez, cuando ya todo había comenzado. París exigía a cualquier precio tener datos de primera mano. Tuvimos que desviarnos por una pista hacia el sur y asomarnos desde una colina para ver el canal.
A pesar de estar amaneciendo y de encontrarnos en noviembre, hacía mucho calor. Mientras ascendíamos con dificultades porque el terreno era bastante más abrupto de lo que nos había parecido desde abajo, no podía dejar de pensar en la mirada de David en el momento en que se decidió llevar a cabo el plan.
Al menos veinte mercantes ardían semihundidos en el canal. Espesas columnas de humo negro cubrían el sol en un cielo donde nunca había habido nubes.
Reflexioné en mi interior que era un triste amanecer y que los dioses de los que nos hablaba Carla a Sarah y a mí, estarían furiosos con todos nosotros.
Era un mal presagio. El embajador a mi lado miraba aquel panorama desolador con ojos melancólicos, enrojecidos y algo llorosos por las partículas de hollín que flotaban como copos de nieve a nuestro alrededor. No pudo evitar suspirar y le oí decir algo, que al principio no entendí, pero que luego, al repetirlo, comprendí que era un

nombre. Lesseps.

Unas horas más tarde, mientras volvíamos a El Cairo, escuchamos por la radio de largo alcance del vehículo, que Inglaterra y Francia habían detenido definitivamente la invasión y entonces fue cuando vi llorar de verdad al embajador de Francia. Aunque el hombre lo achacaba al irritante humo que habíamos aspirado, todos sabíamos que las cosas ya no volverían a ser nunca como antes. Era el triste final de una época imperial.

Fue Eisenhower el que habló directamente con Jruschov sobre cuales era los límites de aquel juego. Luego Anthony Edén no resistió la presión e Inglaterra tuvo que aceptar que las cosas habían cambiado y que aquel era el epílogo de la era imperial.

A pesar de encontrarse con el canal bloqueado por los numerosos barcos hundidos, el Rais se convirtió definitivamente en un líder no sólo para Egipto, también para el tercer mundo. David quedó como un héroe. Para Nasser fue un verdadero amigo, el único contacto creíble de los americanos. Para éstos, el hombre que arriesgó por ellos por encima de sus propias responsabilidades. Para los islamistas un hombre de confianza, alguien que les proporcionó la conexión con Occidente. Para los soviéticos una pieza fundamental en su política en el mundo árabe.

Aquella noche, hasta la madrugada y durante todo el día siguiente, El Cairo era una explosión de júbilo. La popularidad de Nasser no podía ser mayor. Recibió mensajes de todo el mundo y muchos de entre ellos, eran casi proclamas de su liderazgo. Hasta entonces nadie había desafiado con éxito a Gran Bretaña y a Francia.

David se encontraba en un estado de tremenda excitación, estaba exultante. Todo lo que estaba ocurriendo era perfecto para su estrategia. Parecía tener todos los ases de la baraja en su mano. Además había intuido que sus propios compatriotas lo iban a dejar abandonado a su suerte a las primeras de cambio.

Sin embargo a pesar del júbilo popular, las semanas siguientes significaron una brutal represión. La policía y el ejército montaron

una operación orquestada por el Ministerio del Interior, aunque todo el mundo sabía que detrás de ella se hallaba el propio Nasser. Comenzaron a arrestar a todos los comunistas conocidos, a los socialistas, luego a los miembros de la Hermandad Musulmana. Con estos últimos parecían implacables. El Rais les culpaba de la situación, ellos habían iniciado la guerra, la campaña de desprestigio contra el régimen y contra él personalmente. Había llegado el momento en que tenían que pagar por ello.

David de nuevo se arriesgó. Sacó del país, en una pequeña avioneta que los soviéticos pusieron a su disposición, a Ali Hussein y a otros tres importantes líderes islamistas. Estaba jugando con fuego, pero eso formaba parte de la partida. Por otra parte, se sentía, como siempre, protegido por los dioses.

Era un juego peligroso, complejo. Él estaba en el centro. Americanos, egipcios, rusos, islamistas. No terminaba de creerse de que manera tan simple, tan sencilla, había conseguido dominar la partida.

Al cabo de unas semanas de aquellos sucesos, cuando las aguas parecían haber vuelto a su cauce, una mañana llamó a Sarah. Quería hablar con ella y conmigo. Dijo que deseaba hacer las paces, mencionó que habíamos tenido mucho en común. Le confesó que la echaba de menos. Quería volver a los viejos tiempos. Sarah no quiso darle alas. Contestó cortante, que no iba a hacer nada sin contar conmigo. Para entonces yo no sentía el más mínimo aprecio hacia él, pero no podía refrenar una gran curiosidad, deseaba saber hasta donde era capaz de llegar aquel hombre.

Decidí emplear sus mismas armas. Estaba aprendiendo a mentir. No en vano era también segundo secretario y se me confiaban labores diplomáticas. David nos invitó a volar hasta Aswan. Tenía que realizar unas gestiones a nivel privado. No entendí bien que quería decir “nivel privado”. Yo estaba de vacaciones, llamé a Sarah y le dije que estaba de acuerdo. Iríamos, ni siquiera se me ocurrió que debía obtener algún permiso de mi propia embajada.

El plan era salir al día siguiente muy temprano, volar hasta Aswan,

quedarnos todo el día allí, dormir en un pequeño hotel turístico y volver al otro día. Parecía algo muy atractivo. Mi único temor era que la personalidad de David Foreman terminase por estropearnos la fiesta.

Se trataba de una avioneta Cessna de seis plazas. Nos esperaba a las siete de la mañana con los motores en marcha en el aeródromo militar en Heliópolis. Allí estaba también David, charlando con el piloto. Cuando nos aproximamos sonrió amistosamente y tuve que reconocer que pese a todo, era un hombre atractivo, pero ya no me sugestionaba. Para entonces sabía perfectamente quien estaba detrás de aquella amplia y sincera sonrisa.

Besó a Sarah en ambas mejillas. Luego me dió la mano, casi abrazándome. David, no podía ser de otra manera. Seguiría siempre igual, sin envejecer, porque parecía alguien inalterable, como las cercanas pirámides. Luego nos subimos a la avioneta y un momento después sobrevolábamos El Cairo con rumbo sur.

David nos contó un par de anécdotas haciendo gala de sus conocimientos y de sus relaciones privilegiadas. Luego se quedó mirando fijamente el horizonte. Fue la primera vez que me pareció parecía algo cansado. Teníamos todavía casi cuatro horas de vuelo hasta Aswan. Sarah iba sentada junto a mí y me cogía la mano, en un intento de demostrarle cuales eran sus verdaderos sentimientos.

El paisaje era sobrecogedor. Desde ocho mil pies, para evitar las térmicas del Nilo, era como una estrecha franja azul y verde enmarcada en una topografía espectacular de colinas rocosas de color dorado. Las aldeas se sucedían junto a las riberas buscando la protección benefactora de aquel río inmenso y maravilloso que guardaba todos los secretos y junto al que se había desarrollado el mayor enigma del planeta. No tenía sentido nada de lo que hacíamos, ni lo que pensábamos, sin intentar entender aquel prodigio.

La nuca de David, inmóvil, parecía también tallada en piedra, mirando el vastísimo desierto arábigo hacia levante. Pensé que aquel hombre estaba marcando mi vida y que aun a mi pesar, de nuevo me estaba dejando llevar, como si no pudiese evitarlo o quizás no quisiera alejarme definitivamente de él.

Sarah miraba atentamente por la ventanilla y cuando llegamos a la altura de Karnak y Luxor casi aplaudió entusiasmada por el espectáculo. Un poco antes, el Nilo cambiaba su curso formando un amplísimo arco, de tal manera que en un momento determinado lo teníamos a nuestro alrededor, casi como si nos hallásemos sobrevolando una gigantesca isla.

Era una sensación tan profunda, tan intensa, que permanecíamos callados y la sorda y rítmica vibración de los motores parecía también haber enmudecido. Por unos minutos pude comprender el ánimo de los antiguos egipcios, afanándose por construir sus palacios, sus ciudades, sus tumbas. Querían vivir y morir allí. Permanecer para siempre en aquel lugar prodigioso, único e irrepetible, a sabiendas de lo que significaba. Como si ellos hubiesen descifrado el verdadero enigma del conocimiento, que al desaparecer con su civilización, nos habían dejado de nuevo en la ignorancia.

Habían pasado cuarenta siglos, pero no habíamos aprendido nada. La enorme sensibilidad, la increíble demostración de amor por la vida, la armonía entre cultura y naturaleza. Todos aquellos secretos estaban allí, para el que supiera leer entre líneas. El bellísimo perfil de Sarah se recortaba en la ventanilla ovalada como un antiguo camafeo y sentí dentro de mí el temor al paso del tiempo, la sensación de que aquello no podía durar mucho, porque la felicidad, por lo que sabía hasta entonces, era solamente algo fugaz, por contraste con aquellas formidables piedras que el sol del mediodía convertía en enormes lingotes de oro.

Sarah era lo único de valor que había tenido en mi vida y por ello me consideraba afortunado. Por contraste aquella sensación de vértigo, de asomarse al abismo, me asustaba terriblemente. No podía ya imaginar el mundo sin ella. Y mientras el avión iniciaba el suave descenso hasta Aswan, la tomé de la mano con fuerza, porque algo parecido al instinto me enviaba señales de alerta, advirtiéndome de que algo transcendental para nosotros iba a ocurrir inminentemente.

Aterrizamos en un aeródromo cerca de la ciudad y una nube de polvo rojizo nos envolvió. Aquello me hizo volver a la realidad. Allí nos esperaban dos vehículos todo terreno. David nos dijo, complaciente,

que teníamos uno a nuestra entera disposición. Mencionó que tenía algunas cosas que hacer y añadió que nos veríamos a la hora de comer en el hotel, el Old Cataract, precisó. Luego se despidió con una amplia sonrisa, deseándonos una buena tarde.

Fuimos hasta el hotel para asearnos un poco. Era un antiguo palacio transformado en hotel junto al Nilo. Me pareció un lugar ideal. Estaba situado frente a la isla Elefantina y pensé que no podía existir un emplazamiento mejor.

La habitación era fresca y se hallaba muy bien decorada. Volví a entrar desde la terraza y al darme la vuelta, vi a Sarah desnuda tendida en la cama, bajo un ventilador de aspas de madera que giraba lentamente.

Había hecho el amor varias veces con ella, pero nunca podré olvidar lo que sentí en aquella habitación de Aswan. Se entregó a mí como si estuviese sedienta y yo, por ese extraño mimetismo sexual, respondí como si me fuera en ello la vida. Nunca creí que se pudiesen experimentar aquellas sensaciones, aquel placer tan intenso y único.

Desde la cama, a través de la terraza, veía la isla Elefantina. Prácticamente podía ver el Nilómetro, la escalera tallada en duro granito que medía los niveles de las inundaciones y al fondo como rematando el escenario, los dramáticos acantilados de Qubat al Howa. Me sentía como un faraón, porque tenía la certeza de que también sus sentimientos, el placer, el amor, habían sido iguales que los míos. Quizás hacía cuatro mil años existió un palacio y a la misma hora, alguien estaba allí mismo, amando, gozando, mirando hacia atrás en un tiempo ya mítico, consciente de ello como yo lo estaba haciendo.

Más tarde, mientras caía el sol, que se empezaba a ocultar tras las colinas, pensé en David. Él nos había traído hasta allí, quizás había sido algo desinteresado, espontáneo. Pero conociéndolo, casi imposible. ¿Por qué? ¿Qué sentido tenía aquella excursión? No creía que fuésemos a recordar los viejos tiempos. Él, con seguridad, nos había llevado hasta Aswan por algún motivo.

Nos reunimos con David en una especie de veranda para cenar. Nos habíamos vestido formalmente y Sarah llevaba una preciosa túnica de gasa que velaba su figura, cogida con el maravilloso broche de oro y lapislázuli que le había regalado Carla. El mismo que una vez descifró Callender hacía ya muchos años.

La cena fue muy agradable. Sarah, con su preciosa y suave entonación, nos explicó que allí mismo, mis compatriotas habían vencido a los mamelucos en mil setecientos noventa y nueve. Qué forma tan extraña de llevar la civilización por el mundo. Pero Napoléon era menos diplomático. David debía parecerse a aquel hombre, sobre todo en la osadía.

David tuvo una llamada telefónica. Volvió al cabo de unos minutos y se disculpó. De nuevo debía abandonarnos. Eran gajes del oficio. Dijo que nos veríamos al día siguiente por la mañana. Luego desapareció, pero dejó olvidada su pitillera sobre la mesa. Salí corriendo tras de él; no tuve tiempo de alcanzarlo, pero pude ver que se introducía en un vehículo militar. Por la otra puerta vi entrar en el mismo coche a alguien a quien conocía. Era el primer secretario de la embajada soviética. Dimitri Tachenko.

Fue entonces cuando se confirmaron mis sospechas. Por mi embajada se había corrido el rumor de que los rusos iban a tomar el relevo de los americanos en la construcción de la nueva presa de Aswan. Nadie daba pábulo a aquella información. ¿Pero qué estaba haciendo allí David?

La respuesta me había llegado cuarenta años después al leer el diario. Fue David quien entregó aquella noche a los soviéticos un ejemplar confidencial de la nueva presa, incluyendo detalles técnicos de las turbinas y el memorándum de contraprestaciones políticas que Egipto daría a cambio de la financiación y ayuda tecnológica. Todo ello iba a ser ejecutado por los americanos, pero la postura de Nasser lo impidió, entre otras cosas, por la importante ayuda que los Estados Unidos otorgaban a Israel.

El “Informe Champollion” fue entregado a Moscú por Serguei

Evtuchenko, encargado de negocios de la embajada soviética en El Cairo. Era algo más que eso. Era sobre todo agente especial de la NKVD.

Allí estaban las claves de la más brillante operación que los soviéticos podían realizar en el Medio Oriente. La ingeniería americana había planeado la construcción de la enorme presa de Aswan. Luego cuando Foster Dulles retiró su apoyo al Rais era el momento exacto para entrar en escena y así lo decidió el Komintern de Defensa en el Kremlin.

Era algo extraordinariamente inteligente. Los soviéticos apoyarían la paz en un punto tan conflictivo como Egipto. Financiarían y construirían con su ingeniería la presa. Nadie podría objetar nada. A fin de cuentas, los americanos habían dejado el campo libre por su propia voluntad.

La presa de Aswan requería uno de los mayores movimientos de tierra que nunca se habían ejecutado en el mundo. Era algo tan enorme que parecía imposible. Las cantidades de piedra y de hormigón se medían a otra escala. Era algo casi inhumano.

Allí se instalarían los misiles intercontinentales. Los silos formarían parte de la propia estructura de la presa. Era muy sencillo justificar aquellos enormes pozos de hormigón y hierro. Se podrían instalar casi cincuenta misiles de largo alcance. Todo quedaría allí, en manos de los asesores soviéticos, de los especialistas, que irían y vendrían sin necesidad de justificar nada.

Todo estaría bajo control. Israel, el Mediterráneo, gran parte de Europa, Turquía, el Canal de Suez y también el Estrecho de Gibraltar. El Informe Champollion era el más importante dossier que nadie habría entregado al Kremlin.

Pero nadie había contado con los integristas. Nasser los había utilizado. Luego, muchos años después Anwar El Sadat quiso hacer lo mismo. Aparentaba rezar con fervor en las mezquitas. Quiso financiar la construcción de muchas de ellas. Recobrar la relación con Al-Azhar. No resultó. Fue asesinado por la Hermandad Musulmana. Y los soviéticos no estaban muy lejos. Al igual que otros, también ellos habían sido expulsados del paraíso.

Allí en aquellas páginas estaba todo. Lo que David escribió antes y después. Como los americanos financiaron a través de los saudíes a las organizaciones integristas. Él también tuvo que ver en ello. Era la forma en que las grandes compañías podrían actuar sin problemas en los extensos campos petrolíferos de Arabia Saudita. Alguien había incubado el huevo de la serpiente y quizás ya era tarde.

Allí estaba todo. La clave de una política, de unos sucesos que habían marcado el mundo en los últimos treinta años. Por eso la CIA quería aquel diario. En él estaba escrito la responsabilidad de cada uno. Egipcios, americanos, israelíes, soviéticos, integristas.

David Foreman nunca se consideró un traidor. Él sólo era un hombre que atraía las tormentas. Esa definición de sí mismo se la dió a Camille cuando ambos se conocieron en Houston. Eso me lo explicó más tarde ella en su casa en París mientras me entregaba las páginas separadas del diario. Según me dijo las había arrancado el mismo David, porque más tarde pensó que nadie podía llegar a entender su comportamiento.

Inserté las páginas en el cuaderno. Coincidían los bordes desgarrados del papel. Allí estaba la explicación de un momento crucial de la historia reciente de Egipto. Cerré un momento el diario. ¿Por qué David había actuado así? ¿Qué motivos habían llevado a un hombre con él para jugárselo todo a una carta?. Quizás, realmente, sólo era un hombre normal, que por alguna extraña razón, atraía las tempestades.

Durante muchos años había tenido la sensación de que todo había terminado, poco a poco había ido envejeciendo, convencido de que la vida era un camino de una sola dirección. Pero desde la muerte de David, lo que tendría que haber significado que se cerraba otra puerta tras de mí, se habían producido un conjunto de circunstancias que, muy al contrario, paradójicamente, me estaban haciendo revivir.

No sólo eran los recuerdos, que se aglomeraban en la mente, como si estuviesen en ebullición, como si sólo hubiesen permanecido dormidos o incluso en ese raro de catalepsia, al igual que algunos santones de la India, en los que parece que el cuerpo ha muerto, el corazón ha dejado de latir y todo ha acabado, pero que vuelven de nuevo a la vida después de pasar mucho tiempo en ese estado.

Pero no, era muy otra mi situación. Me sentía rejuvenecer, recuperar el interés por lo que hasta entonces sólo habían sido polvorientas evocaciones y nostalgia.
Era cierto que Camille había tenido mucho que ver en ello. Era tal el parecido con su madre, que incluso hasta por teléfono, me parecía tener a Sarah al otro lado de la línea.
También el diario me hacía volver atrás. A pesar de ser un libro de unas doscientas páginas, estaba escrito desde que lo siguió haciendo David, con una letra mínima, apretada y de pulcra caligrafía, que para nada hacía pensar en un hombre como él y que incluso me hubiese hecho dudar de su autenticidad si no fuese porque la recordaba perfectamente.
Sabía, con absoluta certeza que David Foreman había sido apartado del servicio en la Navidad del cincuenta y seis, poco después de la segunda guerra árabe-israelí. Pero entonces nadie habló de traición, sino sólo de pérdida de confianza. Y eso era algo bien distinto.

Pero el verdadero motivo por el que tuvo que dejarlo todo era otro. Fue algo imprevisible que no se esperaba.
Fue por entonces cuando Nasser decidió que no quería depender de las circunstancias. Tenía muchas cosas que hacer y muchos enemigos que querían impedir que las llevase a cabo. A pesar de la buena relación con los soviéticos resolvió arrestar a los comunistas, pero tuvo la delicadeza de advertirlo a la embajada de la Unión Soviética y éstos a su vez colaboraron en que determinados miembros destacados pudieran salir del país.
No hizo lo mismo con la Hermandad Musulmana. El Rais sentía verdadero odio por ellos. No podía entender como se pretendía resolver un problema político mediante la religión. Hassan Al Banna había creado en mil novecientos veintiocho una jemaa educativa y religiosa y con ese criterio él había estado de acuerdo. Hubo incluso un tiempo en que creyó que ambos podían colaborar, pero luego pensó que aquella gente ignoraba la realidad del mundo árabe, tal y como él la entendía. En cambio para aquellos fanáticos, así los

llamaba, la política estaba ligada a la esencia misma del mensaje coránico. Había intentado dialogar con ellos, pero no había posibilidad de entendimiento, porque lo único que pretendían era retornar a las raíces del Islam político. A lo que llamaban el Estado de Medina y allí no cabía la Unión Socialista Arabe que Nasser quería poner en marcha inmediatamente.

David vivió aquellos días intensamente. Cuando el decreto de expropiación de suelo, Carla Mattei fue a verle. Tenía propiedades muy extensas, casi mil quinientas hectáreas. Nasser quería dejarla en apenas el diez por ciento. No era justo. Ella creía en el futuro de Egipto y había invertido toda su fortuna allí. ¿Cómo podía aquel hombre apropiarse de lo que no era suyo? Y eso contando con que ella tenía la nacionalidad egipcia, porque en otro caso se lo habrían quitado todo por una miseria.

Pero Nasser fue inflexible. No con Carla, ella era sólo una más y tuvo suerte y también padrinos como David. ¿Pero y los otros? ¿Y los extranjeros? De la noche a la mañana se confiscaron las cuentas bancarias, incluso los muebles y las joyas. En un discurso, el Rais dijo que había que privar a los ricos de una influencia y de un estatus que no se merecían.

David parecía encontrarse por encima de todo aquello. Mantenía una relación privilegiada con el régimen, pero ello no le impedía ver también con frecuencia a Ali Hussein. Tenían conversaciones interesantes sobre el futuro del islamismo y aquel hombre, en el fondo un profesor, intentaba hacerle entender el porqué de sus motivos, de sus actuaciones. Era preferible Nasser al rey Faruk y el rey a los ingleses. Pero sólo era un paso más, al final triunfaría el verdadero estado islámico, aunque para ello tuviesen necesidad de utilizar la Yihad, la guerra santa, el combate perpetuo para lograr el estado musulmán sobre los infieles.

Ali Hussein le decía con frecuencia que había que llegar más lejos, ser más puros, más íntegros, fundamentarse en El Corán. David entendía aquello, porque a su manera él también se consideraba íntegro, por encima de unas normas absurdas.

Una tarde Hussein le dijo que Nasser estaba cavando su propia tumba.

Los verdaderos musulmanes no podían aceptar aquella forma de actuar. Le invitó, como siempre a una taza de espeso y oscuro café. Era un hombre apuesto de profundos ojos, de manos reposadas y tranquilas, al que le gustaba la sobriedad, casi el ascetismo. Hablaba convencido, como un visionario, mirando a un punto indefinido, ausentándose de la realidad. Aquello impresionaba a David. Era perfectamente consciente de que algo importante estaba cambiando también en el mundo musulmán. Hussein le explicaba, con su profunda y sonora voz de profesor, que el islamismo pretendía la implantación de una sociedad, de un régimen totalmente islámico. No necesitaban a Occidente, más aún, lo detestaban, era el culpable de la situación del mundo musulmán, del mundo árabe. Eso debía ser así, costase lo que costase. Y el primero que iba a enterarse de ello, era el propio Nasser, porque en su torpeza había puesto los primeros ladrillos, de lo que describía como fundamentalismo, al meter en la cárcel a muchos miembros de los Hermanos Musulmanes.

Aquellos mártires no iban a ser en balde. Allí se forjarían los principios de una sociedad coránica.

Fue pues de aquella manera como David Foreman empezó a comprender que el socialismo de Nasser era algo demasiado personal. En el momento en que aquel hombre desapareciese, no quedaría nada de lo que se llamaba en la prensa occidental “el nasserismo”. En cambio, se convenció de que los islamistas auténticos estaban dentro del pueblo, de las costumbres, de la sociedad. Ellos sí sobrevivirían.

Intentó convencer de ello al Departamento de Estado a través de sus informes. Sabía que John Foster Dulles los leía íntegramente y como había influido en él a través de ellos para tomar decisiones de importancia. Eso le enorgullecía. Había leído a los clásicos, a Clausewitz, a Talleyrand, incluso a Churchill y cada día que pasaba estaba más convencido de su comportamiento.

David Foreman se transformó en una especie de equilibrista sin red. El riesgo que envolvió su vida fue lo que hizo que mereciese la pena vivirla. Se sintió realizado.

Pensó mucho en el sentido que tenía la palabra traición, lo único que él entendía por tal, eran los actos contra uno mismo, pero no era el

caso. Muy al contrario, aquel increíble juego al que llamaban diplomacia y que no terminaba nunca, sí era un engaño continuo, mientras que lo que él hacía era únicamente intentar resolver los acontecimientos lo antes posible.

Por algún motivo, quizás una confidencia, quizás una duda, o incluso los celos de algún alto funcionario, de la noche a la mañana, Nasser transformó su confianza y su amistad en David Foreman, en repudio, casi en odio. David se quedó enormemente sorprendido y en cuanto le llegó el rumor de lo que estaba ocurriendo, meditó que debía enfrentarse directamente con aquello. Debía hablar con el Rais. Pero no pudo hacerlo, ni tan siquiera consiguió hablar con su secretario particular. Todas sus vías de comunicación se habían cortado de repente. Era evidente que algo importante y al tiempo desastroso, había ocurrido.

Tenía una llamada apremiante de su jefe. El embajador quería verlo inmediatamente y David sabía que no tenía otra salida que acudir. Cuando entró en la sala de visitas anexa al despacho, sabía ya lo que había ocurrido.

El embajador estuvo muy frío con él, casi hosco. Alguien, todavía no sabía quien, había informado a Nasser de la relación de David con la Hermandad Musulmana. Nasser no quería saber nada de esa secta, los consideraba unos traidores, habían atentado contra su vida y eso le parecía algo terrible, porque tenía un alto concepto de sí mismo y de la labor que había emprendido en Egipto y en el mundo árabe por evitar la dependencia de los países colonizadores, por lograr una dignidad institucional en sus relaciones con las naciones que siempre habían visto a aquel país como si fueran los amos.

Nasser estaba terriblemente furioso. Había confiado en Foreman y éste le había traicionado. Al principio no quiso creerlo, pero luego sus hombres de confianza le mostraron las pruebas. Incluso una filmación tomada desde una azotea próxima, en la que se veía a David entrando varias veces en la casa junto a la mezquita. Allí también habían encontrado las armas con las que se había cometido el atentado hacía

unos meses.
Eso no era lo peor. Nasser estaba convencido de que los Estados Unidos, probablemente Inglaterra y Francia, estaban detrás de la conspiración, así la definía, y ese convencimiento iba a ser muy difícil de cambiar. Para bien y para mal, era un hombre de ideas fijas.
El embajador suspiró. Era una lástima, una estrategia tan bien estructurada y tan costosa. Que difícil era todo. Mencionó que David debería marcharse. Lo único que conservaba era una hipotética buena relación con los islamistas. Pero, ¿de qué iba a servir ya eso?
El embajador sabía en el fondo que la culpa no era totalmente de David. Él sólo estaba siguiendo instrucciones, pero quizás tendría que haber sido menos confiado. Una estrategia muy larga y compleja, se había ido al agua, generando además un complicado conflicto diplomático.
David había jugado con fuego y al final se había quemado, consumiéndose entre las brasas de la hoguera que él mismo había ayudado a encender. Para cuando comprendió lo que había ocurrido, ya era tarde.
Tuvo que abandonar inmediatamente Egipto, presentó la dimisión como primer secretario de la embajada de los Estados Unidos en El Cairo. Debía esconderse por una época. Alguien quería incluso su vida. Luego, a lo largo de los años, muy despacio, las aguas fueron volviendo a su cauce. Nasser murió de un paro cardiaco. Más tarde Sadat fue asesinado por los Hermanos Musulmanes. Los soviéticos tuvieron que abandonar precipitadamente El Cairo. Luego hubo más guerras entre Egipto y los israelíes. Todo debió haber pasado como en una película a cámara lenta a través de los ojos de David, refugiado, escondido, asustando de haber hecho de su vida aquello. De haber despertado la magia negra, ancestral, haciendo de aprendiz de brujo, por nada. Negando su patria, su herencia, sus verdaderas creencias, en una absurda ambición desmedida que sólo había conseguido algo cierto. Oír como aquellas puertas enormes, pesadas, inviolables se cerraban tras de sí, dejándolo fuera, para siempre.
No terminaba de creerme todo lo que estaba ocurriendo a mi alrededor. A mí mismo. Era como si la muerte de David hubiese

desencadenado una tormenta. Como si todavía hubiese algo preocupante, amenazante en todo aquello, a pesar del tiempo transcurrido, como si la desaparición de David hubiese sido el catalizador de algo que parecía disuelto dentro del polvo de la historia, pero que sin embargo, se mantenía allí todavía.

No podía comprender qué sentido tenía. Deseaba que todo terminase de una vez, que Camille pudiese vivir tranquilamente, sin sentirse amenazada por algo en que ella no tenía responsabilidad algún. Estaba claro, al menos para mí que David se había llevado a la tumba la clave de algún secreto que parecía cobrar importancia precisamente con su muerte.

No me cabía la menor duda de que David había sido un espía soviético. Un traidor. ¿Qué significado tenía esa palabra? Quizás había sido fiel a sus propias ideas. A su forma de entender la vida. El que antepone una falsa imagen, el que pretende ser lo que no es. Y a pesar de todo, David no era así, quizás lo hizo por dinero, pero no sólo por ello. Tuvo que haber algo más profundo, algo que no quiso, no supo o no pudo explicar.

Necesitaba confiar en ello. Demostrarme a mí mismo que aquel hombre jovial, inteligente, valeroso, que un tiempo me sirvió de referencia y del que había imitado muchas cosas, que me había enseñado la cara oculta de la luna, como se debía amar la vida, los pequeños, mínimos placeres, no era después de todo un hombre sin escrúpulos, “un traidor” frío y calculador. No podía aceptarlo, porque hacerlo era algo así como aceptar que yo también estaba contaminado. Entonces tomé la decisión.

De acuerdo con Camille llamé a Thomas Scott. Vino a vernos inmediatamente. Le entregué una fotocopia del diario, también de las hojas que habían aparecido por azar.

Luego, delante de él, una vez que hubo hojeado el original, lo quemamos en la propia chimenea del piso de David.

No fue por miedo. A mí me quedaba muy poco tiempo. Pero mi único deseo era que dejaran en paz a Camille. Para ella todo debía ser sólo

un recuerdo. La nostalgia de lo que pudo ser. El conocimiento, la certeza, de que al menos por un tiempo sus padres poseyeron el paraíso.

Fin